ISOLINA DE VARGAS

MAYNE REID

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

© 2000 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

¡Oh tierra fecunda en que crecen el nopal y el maguey! ¡ Patria gloriosa de Moctezuma y de Malinche! Aunque me lo propusiera, me sería imposible poder olvidarte, porque, ¡ son tantos los recuerdos agradables que conservo de ti! Sin embargo, en mi memoria permanecen también grabados con caracteres perdurables cosas y sucesos de triste recordación; pero, aquéllos como éstos, todos me hacen sentir profundas emociones.

Las rosas de tus verjeles, como las de todas partes, tienen espinas; pero la pálida penumbra de los recuerdos sólo me permite ver la belleza deslumbradora de las flores obscureciendo las espinas punzantes que me ocasionaron algún dolor.

I
UN PUEBLO DE LA FRONTERA DE MÉJICO

A orillas del río Bravo del Norte, en Méjico, extiéndese un pueblecito, que, por su escasa importancia, mejor pudiera denominarse ranchería, pues, en realidad, no merece otro nombre aquel grupo de viviendas, entre las que sobresalen la iglesia, la casa del cura y la del alcalde, los tres únicos edificios de piedra que hay en el lugar.

Estos tres edificios forman los tres lados de una amplia plaza cuadrada: el último lo ocupan las tiendas o viviendas del pueblo bajo, construidas, con adobes, algunas de ellas blanqueadas con cal, y otras pintadas de colores vivos a semejanza del telón de un teatro; pero la mayoría revocadas con una tinta parda uniforme y bastante sucia; en todas hay puer-

tas macizas y ventanas sin vidrieras, pero con rejas, que no sirven para preservar de la intemperie, aunque sean un obstáculo para los ladrones.

De los cuatro ángulos de la plaza arrancan otros tantos callejones estrechos y sin empedrar, que conducen al campo. Más lejos, en los límites del pueblo, hay diseminadas algunas viviendas más endebles aun, pero de aspecto más pintoresco, construidas con troncos de yuca, cuyas ramas sirven de vigas, y sus hojas flexibles y fibrosas de techumbre. Los pobres jornaleros, descendientes de la raza conquistada, son los habitantes de estos pequeños ranchos.

Todos los edificios, así los de piedra - que ya hemos dicho que son no más que tres - como los de adobe, tienen azoteas con su correspondiente pretil.

Cuando, en las frescas tardes de aquel país delicioso, el sol oculta su dorado disco tras las elevadas cumbres de los montes, la azotea es un sitio muy cómodo para recrear la vista, especialmente si el dueño de la casa es aficionado a las flores, y la ha convertido en un jardín aéreo, donde se ostenta la riquísima flora mejicana, que goza, con justicia, de universal renombre. Es el lugar más adecuado para fumar un cigarro y tomar un sorbete. El aromático humo del tabaco, que asciende en espirales, y el aire

fresco de la tarde, contribuyen a hacer más deliciosa la bebida; allí se disfruta de la libertad de un salón, mientras la vista se distrae observando lo que pasa en la calle. El ligero pretil de la azotea defiende la vida del observador, y le permite ver sin ser visto. Los transeúntes se agitan, pasan y vuelven a pasar, sin ocuparse en mirar hacia arriba.

Estoy en la azotea de la casa del alcalde, y, como ésta es la más alta del pueblo, a todas las domino con la vista. Mis miradas abarcan mayor espacio y distinguen los principales accidentes de la campiña vagando con deleite por la espléndida vegetación de aquel terreno tropical, cuyas formas características contemplo admirado, recreándome en los grupos de cactus, de yuca y de agave. El pueblo se halla circundado por un terreno descubierto, de campos cultivados, donde el maíz agita sus sedosos penachos movido por la brisa, contrastando el color de sus hojas con el más obscuro de los pimientos y habichuelas. Este terreno descubierto no tiene mucha extensión, y en tomo suyo distínguese un laberinto de plantas leguminosas: acacias, mimosas, ingas y robinias. El lindero de este bosque está tan cerca que distingo las diferentes clases de palmeras y bromelias que lo componen, así como las hojas encarnadas de

la pita que brillan a lo lejos, semejando una orla de fuego.

Como este bosque, que está muy próximo al pueblo, produce lo suficiente para la manutención de los habitantes, éstos tienen casi abandonadas las faenas agrícolas; pero, si no son agricultores, son ganaderos, y todos los terrenos descubiertos y los claros del chaparral vense poblados de hermosos rebaños de raza española, entre los que se distinguen los pequeños caballos andaluces y berberiscos. La principal ocupación de los aldeanos es, por consiguiente, apacentar sus ganados; y sólo cultivan la tierra para sembrar y recolectar el maíz con que hacen pan, el *chile* con que lo sazonan y las habas negras que sirven de complemento a su comida. Estos tres artículos y la carne de sus selváticos rebaños, constituyen el comercio y la alimentación de todo Méjico. En cuanto a la bebida, el habitante de las altas mesetas saca su licor favorito — al que nada tiene que envidiar el *champagne* — del corazón del gigantesco áloe, mientras que el de las tierras bajas bebe el jugo de la palmera acrocomia, otro árbol indígena.

¡Oh tierra privilegiada! Ceres y Baco te protegen.

Casi a una milla de distancia, hacia el Oeste, vese brillar la luz en las aguas; es un brazo del río, en que

se reflejan los rayos del sol poniente. Forma allí un recodo, y las blancas paredes de una hacienda coronan la cumbre de una colina cuyo pie besa la corriente del gran río. Esta hacienda no tiene más que un piso, pero su extensión y el estilo de su arquitectura danle el aspecto de una gran morada; como todas, remata en una azotea, cuyo pretil es almenado, rompiendo la monotonía de su contorno algunas elegantes torrecillas que flanquean los ángulos. En la parte posterior hay una torre más grande; es el campanario de una capilla, porque todas las haciendas mejicanas la tienen. Los emblemas religiosos vense por doquiera en este país. Los cristales que brillan detrás de las rejas alegran en cierto modo el aspecto lúgubre de este edificio, que, como todas las casas de campo mejicanas, tiene mucha semejanza con una cárcel. Sin embargo, modifica esta apariencia el verde follaje que rodea el pretil de la azotea, por encima del cual sobresale la exuberante vegetación de los trópicos, entre la que descuellan las graciosas y ondulantes ramas de la palmera, que sin duda es aquí una planta exótica, cuya presencia en tal sitio revela el carácter del propietario de la finca. Aquella azotea está convertida en un hermoso jardín, entre cuyas flores es posible que viva una dama hermosa. Al

contemplar aquel florido verjel, acuden a mi mente ideas risueñas y agradables, y siento deseos de trepar a la colina y de entrar en la espléndida morada; pero, como me es imposible realizarlos, me conformo con mirar desde lejos.

El sonido de un clarín, llamándome de pronto a la realidad, pone término a mi contemplación. Es un toque de llamada que ha disipado las halagadoras ideas que me preocupaban. Separo, pues, la vista de aquella espléndida mansión y la fijo en la plaza del pueblo, donde se desarrolla un espectáculo de índole muy diferente.

II
AVANZADA DE VOLUNTARIOS

En el centro de la plaza hay un pozo con su enorme garrucha, semejante a las que se usan en Persia, sus cubos de cuero y su pilón de mampostería, cuyo aspecto es oriental, cosa verdaderamente extraña en un país de Occidente.

Sin embargo, la explicación es bien sencilla: la garrucha de Persia pasó de Egipto a las playas meridionales del Mediterráneo; cruzó con los moros el estrecho de Gibraltar, y atravesó el Atlántico con los españoles.

Pero este pozo no me distrae durante mucho tiempo, y aparto de él la vista para contemplar la escena llena de vida y actividad que se desarrolla alrededor.

Caminando en silencio y con la mirada incierta, se aproxima al pueblo el habitante de la choza de adobes, con los anchos calzones que le sacuden los tobillos, los brazos y los hombros envueltos en el abigarrado poncho, y el negro sombrero de anchas alas que le oculta casi por completo su sombrío rostro. Evita pasar por el centro de la plaza, andando casi pegado a las paredes, pero de vez en cuando dirige sus miradas al pozo con cierta mezcla de arrogancia y de pavor. Llega a una puerta que en silencio se abre por dentro; entra rápidamente, y parece satisfecho de haber escapado a la observación ajena. Un momento después contemplo a hurtadillas su faz sombría a través de los hierros de la reja.

Distingo luego en la lejanía otros pequeños grupos de gente de la misma clase, también con sus calzones, sus ponchos de colores y sus sombreros de hule; todos llevan la tristeza reflejada en el rostro, no gesticulan, y hablan en voz baja como si experimentaran la impresión de circunstancias extraordinarias.

Las mujeres, en su mayoría, permanecen en el interior de las casas; solamente hay sentadas en la plaza unas cuantas de la clase más pobre, las de pura raza india. Son revendedoras, y tienen delante sus

artículos de comercio extendidos en unas esterillas de palma; un pequeño toldo de estera de la misma clase las resguarda de los rayos del sol. Sus trajes de lana teñida, sus cabezas desnudas, su cabellera áspera y negra trenzada con cordones de lana roja, las asemejan a las gitanas europeas. A juzgar por su aspecto, son tan despreocupadas como éstas, pues ríen, charlan, dejando ver de continuo sus blanquísimos dientes, al invitar a los transeúntes que les compren sus mercancías. Sus voces, verdaderamente armoniosas, producen agradable efecto al oído.

De vez en cuando, una joven, que lleva su cántaro en la cabeza, cruza la plaza con leve paso en dirección al pozo. Acaso sea una de las bellas del pueblo, con la saya corta de vivos colores, su camisa bordada, pero sin mangas, sus pequeñas zapatillas de raso, su cabeza, pecho y hombros envueltos en el rebozo de un color gris azulado, y sus desnudos y torneados brazos. Por el centro de la plaza circulan muchas jóvenes, parecidas a ésta, que, en apariencia al menos, no participan de la inquietud de los hombres, pues, de vez en cuando, una ligera sonrisa entreabre sus labios, respondiendo a las bromas que les dirigen en lengua extraña los extranjeros que se

agrupan en torno del pozo. Las mejicanas son animosas, amables, y muy lindas.

¿Quiénes son esos extranjeros que inspiran un receloso temor a los indígenas? Son los amos. Su número, su soberbia arrogancia y su despótico lenguaje demuestran que dominan el país. Pero, ¿ quiénes son?

Jamás se ha visto en las plazas de Méjico una partida de gente más rara ni de aspecto más extraño. Son unos ochenta, pero a no ser porque todos llevan una carabina en la mano, un cuchillo en la faja y un revólver en el cinto, sería imposible encontrar la menor semejanza entre dos de ellos. Sus armas son el único indicio que revela cierta uniformidad, alguna organización; en lo demás, existe entre uno y otro toda la diferencia que puede haber entre las varias hechuras de sus trajes de paño burdo, de gruesa lana o de algodón, sus mantas abigarradas y las pieles de gamo con que se cubren.

Sus cabezas van cubiertas con gorras de piel, sombreros de castor, de fieltro o de hule de todas las formas imaginables y de grandes alas caídas; llevan descomunales espuelas de plata o de acero, rotas o enteras, atadas las unas con una correa, las otras dentro del tacón de las botas; unas son muy ligeras,

con pequeñas rodajas de diminutos dientes; las demás como el pesado espolón mejicano, de muchas libras de peso, cuyas rodajas miden cinco pulgadas de diámetro, con las que es muy fácil despanzurrar un caballo.

Sin embargo, no son mejicanos los que calzan esas botas y llevan esos calzones, esas mangas y esos ponchos; pertenecen a una raza muy diferente. La mayor parte de ellos han nacido y se han desarrollado en las plantaciones de maíz de Kentucky y del Tennessee o en las fértiles llanuras del Ohio, Indiana e Illinois; son los cazadores de los bosques, los colonos de las grandes vertientes occidentales de los montes Alleghanis, los barqueros del Mississipí, los que han poblado el Arkansas y Missouri, los cazadores de las Praderas, los viajeros de la región de los lagos, los criollos de origen francés de la Luisiana, y los colonos y aventureros de Tejas, sin que falte entre ellos alguno que otro alegre ciudadano oriundo de las más populosas ciudades del «Gran Oeste».

Entre ellos pueden distinguirse el tipo teutónico, la hermosa cabellera y el bigote rubio claro del alemán, el sonrosado color del inglés, la gravedad del escocés y la bulliciosa animación del irlandés, igualmente audaces. También pueden distinguirse el fran-

cés, ágil y diestro, con su sempiterna charla e hilaridad; el robusto suizo de aspecto marcial, y el polaco de grandes bigotes, triste, sombrío y silencioso.

Pero ¿quiénes son aquellos hombres?

Son lo diremos al fin, para satisfacer la curiosidad de los lectores el cuerpo de voluntarios que forman *la guerrilla del ejército americano,* y yo soy su capitán, su jefe.

Bajo mi mando están, efectivamente, estos elementos tan heterogéneos, quienes, a pesar de su rudo aspecto, forman una partida de hombres tan animosos, tan inteligentes, tan audaces y de tanto empuje como no los hay en Europa, ni en el resto de América, ni en toda la redondez del globo.

Muchos han pasado la mitad de su vida peleando en las fronteras con los indios o los mejicanos, en esa escuela tan excelente para formar buenos soldados, y de ellos han aprendido los demás. Otros han sido hombres de mundo a quienes la fortuna no ha favorecido; algunos no han podido encontrar un puesto en la sociedad civilizada; los demás se encuentran fuera de la ley, de donde resulta que si tengo malos materiales para *colonizar*, son en cambio inmejorables para emprender una conquista.

Sus barbas enmarañadas, sus cabellos largos y despeinados, sus rostros curtidos por el polvo y el sol, sus grandes sombreros, sus extraños atavíos; y los cuchillos, pistolas, bolsas y frascos de pólvora que penden de su cintura, les dan un aspecto verdaderamente terrible. Sin embargo, no debe juzgarse por la apariencia: a muy pocos se les puede confundir con el bandido cuyo único objeto es el pillaje, pues más de un corazón noble late bajo tan repulsivo exterior y casi todos tienen sentimientos nobles y humanitarios.

No pocos son grandes patriotas; muchos obedecen al noble impulso de extender el imperio de la libertad, y otros son impulsados por la venganza. Estos últimos son en su mayoría tejanos que lloran la pérdida de un ser querido, muerto a manos de los naturales de Méjico.

Acaso sea yo el único que carece de motivos para vivir en semejante compañía, pues la casualidad, el ansia de aventuras y de movimiento, quizás una secreta inclinación al poder, y al renombre, son las únicas causas que podrían explicar mi situación. Soy un pobre aventurero, que carece de amigos, de familia, de hogar y de patria, porque mi país natal no es ya una nación, ni se conmueve mí corazón al más

leve sentimiento de patriotismo. En suma, a nadie le interesa conocer los motivos que me han impulsado a empuñar las armas.

Confieso, sin embargo, que cuando en mis ratos de ocio acuden ciertas ideas a mi imaginación, experimento un pesar profundo.

Mis gentes han introducido sus cabalgaduras en el atrio de la iglesia, y las han sujetado a los árboles o a los hierros de las rejas; y, lo mismo que sus jinetes, estos animales forman un grupo heterogéneo de alzadas, pelajes y razas diferentes. El corcel fuerte y vigoroso del Kentucky y del Tennessee, el corredor de la Luisiana, el poney, el berberisco y su descendiente el mustang, que pocas semanas antes vagaba libre y salvaje por las Praderas, veíanse en aquel escuadrón, como igualmente la gran mula enjuta de carnes de la América del Norte, y la otra menos alta y más vivaracha.

Mi corcel es negro y de esbelta cabeza; está junto a la fuente, en medio de la plaza. Arquea graciosamente su cuello de cisne y piafa con furor, sin duda porque sabe que lo estoy contemplando.

Hace ya mas de una hora que llegamos al pueblo, donde, antes que nosotros, no había penetrado ninguna partida de americanos, no obstante haber esta-

llado la guerra en el curso inferior del río hace ya algunos meses. Nosotros venimos en calidad de exploradores, con orden de recorrer el país circunvecino hasta donde sea posible sin exponernos demasiado. Nuestra expedición tiene por objeto ponernos en guardia contra una sorpresa de los mejicanos, y combatir al comanche.

Estos siguen el *rastro de la guerra,* y han puesto un verdadero ejército en campaña, según se dice, agregándose que asolan todo el país regado por el curso superior del Río del Norte, y se han apoderado de un establecimiento, después de asesinar a los hombres, reducir a prisión a las mujeres y a los niños, y robar todo cuanto han podido llevarse.

Nuestra misión tiene por objeto someter a los mejicanos, protegiéndolos mientras los conquistamos.

III
UN CAUTIVO

Cuando reflexionaba el singular carácter de aquella guerra, interrumpió mis pensamientos el ruido de las pisadas de un caballo, que venía de lejos, de las afueras del pueblo. Aquel caballo corría a todo galope.

Al oírlo, fui rápidamente al extremo opuesto de la azotea, y miré por encima del pretil, para divisar al jinete.

Este era un joven imberbe, de notable hermosura. Tenía la tez curtida; pero, a juzgar por lo que la distancia de doscientos pasos que nos separaba me permitía distinguir, su mirada era resuelta y arrogante. Llevaba sobre los hombros una capa encarnada que se extendía hasta las ancas de su montura, y en la cabeza un ligero sombrero con galones y bellotas

de oro. El caballo era un mustang de poca alzada, bien proporcionado, de piel manchada como la del jaguar y, en apariencia, de raza andaluza.

Avanzaba el jinete al galope, sin preocuparse de los accidentes del terreno que se extendía ante él. Por casualidad levantó la vista, la fijó en la azotea en que yo me encontraba, y sin duda le llamarían la atención mi uniforme y el brillo de mi equipo, porque, rápido como el pensamiento, y cual si obedeciera a un movimiento involuntario, paró de pronto a su mustang, cuya poblada cola barrio el polvo del camino, lo cual me permitió contemplar mejor el singular aspecto del hombre y el caballo.

Precisamente en aquel momento el voluntario que estaba de centinela en aquel sitio dejóse ver y dio la voz de alto al jinete; pero éste no hizo caso de la intimación, y, volviendo grupas, hizo girar al caballo sobre sí mismo, y casi al mismo tiempo, estimulado el bruto por un espolazo, salió a galope, en dirección distinta de la que había traído al venir. Probablemente una bala habría detenido la carrera del caballo, si no se me hubiera ocurrido gritar al centinela que no disparase.

¡Aquélla era una caza demasiado noble, demasiado hermosa para caer de un balazo; merecía una persecución y una captura!

Mi caballo estaba junto al pilón que servía de abrevadero. No lo habían desensillado, y permanecía aún embridado. La carrera que aquella mañana habíamos dado para explorar el terreno lo había acalorado, y mi asistente lo habla paseado, por orden mía, una hora antes de darle agua.

Con objeto de ahorrar tiempo, salté sobre el pretil de la azotea, y desde él a la plaza. Mi asistente, adivinando mi propósito, salióme al encuentro con el caballo.

Cogí las riendas, y me puse en la silla; muchos guerrilleros imitaron mi ejemplo, y cuando galopé por la callejuela que salía al campo, conocí, por el ruido de las herraduras de los caballos, que era seguido por seis u ocho. Me era indiferente su compañía; la partida entablada entre el adolescente fugitivo y yo estaba equiparada. Además, sabía que lo más importante, por el momento, era la velocidad, y que si el mustang manchado tenía tanta resistencia como piernas, su jinete y yo quedaríamos solos para terminar la empresa. Sabía también que ninguno de los caballos de mi gente era tan buen corredor como el

mío, y que después de la media docena de saltos que había visto dar al mustang, podía darme por satisfecho si conseguía darle alcance.

En dos minutos dejé atrás las últimas casas, y atravesé la campiña en persecución del jinete de la capa encarnada, quien, a juzgar por lo visto, se proponía dar la vuelta al pueblo para seguir el camino tan bruscamente interrumpido por nuestra presencia.

Ambos corríamos por un campo poblado de milpas. Mi caballo hundíase profundamente en aquel terreno blando, mientras que el mustang, dotado de mayor ligereza, saltaba como una liebre; cada vez era mayor la distancia que nos separaba, y ya empezaba yo a temer que no podría alcanzarle, cuando de pronto advertí que un bosquecillo de magueys que encontró al paso le hacía perder terreno, dificultando su rápida carrera.

Las milpas, de exuberante vegetación, y de ocho o diez pies de altura, crecían allí por filas alternadas, de suerte que sus grandes hojas se entrelazaban sólidamente, y formaban una especie de barrera natural.

Parecía imposible que pudieran atravesarla los hombres y los caballos, y el mejicano se detuvo; volvíase ya para seguir por la orilla, cuando advirtió que

se le perseguía en sentido diagonal ganándole el terreno, y volvió rápidamente las riendas, puso a su caballo enfrente de los magueys, le clavó las espuelas en los ijares, y precipitóse en la espesura. En un momento perdí de vista al caballo y al caballero; pero, al llegar al mismo sitio, espoleé mi montura, y a mis oídos llegó el crujido del espeso ramaje bajo los cascos del mustang.

No tenía tiempo para reflexionar; debía seguir forzosamente el mismo camino o desistir de la persecución. Como en aquella caza estaba interesada mi honra, y mi corcel lleno de ardor, sin vacilar un punto nos metimos de cabeza en los magueys.

Al fin, aunque no sin algunos rasguños, llegamos al extremo opuesto, y, una vez allí, comprobé satisfecho que yo había empleado el tiempo mejor que el jinete a quien perseguía; pero tuve que atravesar otro maizal, y volví a perder terreno galopando por aquel sitio tan poco favorable para emprender una persecución.

Al llegar casi al término de aquel plantío, vi brillar algo delante de mí; era el agua de una ancha acequia. Lo mismo que los magueys, aquella zanja interceptaba el paso.

- Este obstáculo - pensé - le obligará a dirigirse a derecha o izquierda, y entonces...

Pero, por lo contrarío, en vez de volver a un lado o a otro, el mejicano dirigió su caballo a la acequia, y el noble bruto, dando un impulso vigoroso, saltó la zanja.

No pudiendo detenerme a admirar esta proeza, me apresuré a imitarla, y, galopando sin cesar, me dispuse a dar el mismo salto. Mi bravo corce1 no necesitaba estímulos; había visto a su adversario al otro lado de la acequia y sabía lo que yo esperaba de él. De un admirable salto traspuso la zanja, que tenía muchos pies de anchura, y luego, como si se hubiera propuesto concluir cuanto antes, partió a escape en la misma dirección que el mustang del mejicano.

Extendióse ante nosotros una dilatada llanura, una sabana, en cuyo sólido terreno resonaban los cascos de los caballos. La caza había quedado aparentemente reducida a una competencia en velocidad, y ya confiaba yo con alcanzar al mustang antes que hubiese podido llegar al límite de la pradera, cuando presentóse un nuevo obstáculo. Un numeroso rebaño de carneros y caballos, diseminados por toda la extensión de la sabana, levantóse sobresalta-

do por el ruido estrepitoso de nuestra carrera, y empezó a correr azorado en todas direcciones.

Tuve necesidad de tirar de las riendas varias veces para no romperme la crisma contra el testuz de un toro o un buey, y más de una vez también hube de desviarme de mi camino.

En medio de aquella impetuosa carrera, veía con pesar que el mustang avanzaba extraordinariamente, pues sin duda estaba acostumbrado a correr, y mientras duró, fuíme quedando más atrás.

Por fin, dejamos atrás el rebaño, y llegamos, al límite de la llanura, y mirando delante de mí, vi muy cerca el chaparral, con los corpulentos árboles que crecían entre la maleza; más allá descollaba una colina en cuya cima había una construcción de paredes blancas. Era la hacienda ya mencionada, hacia la cual nos dirigíamos en línea recta.

El resultado de mi persecución empezó a inquietarme; si el jinete entraba en el chaparral, me vería obligado a renunciar a prenderle. Y, sin embargo, no me atrevía a cejar en mi empeño. ¿ Qué diría mi gente si yo volvía sin el mejicano? Había impedido disparar al centinela, dejando pasar a un espía tal vez, o quizás a un personaje importante: a juzgar por sus esfuerzos desesperados lo mismo podía ser una

cosa que otra. Era indispensable, por lo tanto, apoderarme de él.

Estas reflexiones me impulsaron a aguijar a mi caballo más enérgicamente que nunca. Moro parecía adivinar mis pensamientos, y corría desesperadamente; ya no teníamos delante obstáculo alguno, y la superioridad de su carrera acortó en breve la distancia que le separaba del mustang. Diez minutos más, y la persecución terminaría de un modo satisfactorio.

Transcurrieron los diez minutos, y llegué a tiro de pistola de mi adversario: entonces empuñé la mía.

¡Alto o disparo! le grité.

El fugitivo no contestó; y el mustang prosiguió su desenfrenada carrera.

¡Alto! volví a gritar, porque me repugnaba quitar la vida sin necesidad a uno de mis semejantes.

¡Alto, o mueres!

Tampoco esta vez obtuve respuesta alguna.

Apenas me separaba ya del mejicano una distancia de seis varas; corriendo derechamente tras él habría podido dispararle un balazo; pero un secreto instinto me contuvo, una especie de sentimiento de admiración, que no podía explicarme; en aquel momento ocurrióseme una idea indefinible; tenía el de-

do puesto en el gatillo, y, sin embargo, no me atrevía a disparar.

Es necesario no dejarlo escapar dije para mí.

¡ Ya llega junto a los árboles! No permitiré que entre en la espesura; por lo menos, heriré al caballo.

Como el animal me volvía naturalmente la grupa, y aunque le hiriese en ella, podía seguir corriendo, necesitaba apuntarle bien.

En aquel momento el mustang separóse un tanto de la línea recta, con objeto, sin duda, de desviarme de su pista, y lo consiguió realmente; pero me deparó la ocasión de apuntar como quería, porque el mustang se me presentó de costado; le disparé un pistoletazo cuya bala le penetró en los riñones. El pobre animal dio algunos pasos más, pero cayó, al fin, arrastrando al jinete en su caída.

El fugitivo levantóse casi instantáneamente y salió de entre las patas de su corcel. Temeroso yo de que tratara de escaparse aún, internándose en la espesura, espoleé mi caballo, amartillé mi segunda pistola y le apunté a la cabeza; pero ni intentó huir ni opuso resistencia; lejos de esto, quedóse con los bra-

zos cruzados frente a mí, y mirándome de hito en hito, me dijo con la mayor tranquilidad:

Amigo, no dispare. ¡ Soy una mujer!

IV
LA PRISIONERA

Amigo, no dispare. ¡ Soy una mujer!

Esta declaración no me sorprendió mucho, porque casi la esperaba. Durante nuestra frenética carrera, había advertido algunos detalles que me hicieron sospechar que mi supuesto espía pertenecía al sexo femenino. Al saltar su caballo la acequia, el borde ondulante de su capa se levantó bastante, permitiéndome ver bajo él un corpiño de terciopelo y una saya corta; esto, y las esbeltas formas del jinete, por joven y rico qué fuera, eran circunstancias sorprendentes en un hombre. No pude verle las piernas, en las que llevaba unas polainas de piel de cabra, llamadas en el país *armas de agua,* pero divisé una espuela dorada y el tacón de una botita roja a la que iba sujeta. Además, desprendidos los cabellos del fu-

gitivo por la violencia de los movimientos, caíanle sobre la espalda, llegando sus dos gruesas trenzas hasta la grupa del caballo. Un indio joven podía tener una cabellera tan larga; pero sus trenzas serían negras como el ébano y lacias, y los cabellos que veía yo eran suaves, sedosos y castaños.

El modo de montar, la capa y el sombrero confirmaban la sospecha de que aquel jinete fuese una mujer. Además, cuando el mustang se volvió por última vez, vi de cerca el perfil del jinete, y me convencí de que no hubo jamás pastor troyano, ni Adonis, ni Endimión, que tuviera facciones tan finas y delicadas. Era una mujer sin duda alguna el fugitivo.

Admiróme, sin embargo, el modo de declararse y el tono de su voz. En vez de expresarse con acento temeroso, había pronunciado aquellas palabras tan tranquilamente, como si se hubiera tratado de una broma. En su frase no había súplica sino cierta tristeza cuya expresión aumentó cuando, arrodillándose, aproximó sus labios a la cabeza del caballo, que aun respiraba, y exclamó:

¡Infeliz de mí! ¡Pobre yegua! ¡Muerta, muerta!

¡Es una mujer! exclamé con fingido asombro.

Pero ni me oyó, ni me miró siquiera.

¡Infeliz de mí! ¡Pobre yegua! *¡Lola, Lolita!* repitió como si el corcel fuese el único objeto de su cariño, y como si yo estuviera a cincuenta millas de distancia.

¡Una mujer! exclamé de nuevo, no sabiendo qué decir.

Sí, señor; una mujer. ¿Qué se le ofrece?

Al decir esto, se levantó y quedóse mirándome, sin el menor asomo de temor. Tan inesperada era aquella respuesta que me fue imposible dejar, de sonreírme.

¡Parece que está usted alegre! Pues a mí me ha dado usted un gran disgusto, dando muerte a mi favorita.

Jamás podré olvidar la mirada que me dirigió al decir esto; el disgusto, la cólera, el desdén, la arrogancia, todos estos diferentes sentimientos iban envueltos en ella. Reprimí la risa, porque aquella altivez me humillaba.

Señorita repliqué, siento mucho haber tenido necesidad de obrar como lo he hecho; pero algo peor podía haber sucedido...

¿Qué? preguntó interrumpiéndome.

Hubiera podido apuntar a usted y no a la yegua; pero como sospechaba que...

¡Caramba! exclamó interrumpiéndome de nuevo; era lo peor que podía haberme ocurrido. Yo quería mucho a este pobre animal, lo quería como a mi vida, como a mí mismo padre. ¡Pobre yegua!

Y, diciendo esto, inclinóse, rodeó con sus brazos el cuello del mustang y volvió a besar el hocico de su favorita. Después le cerró los ojos con ternura, se levantó, y, cruzándose de brazos, quedóse contemplando aquellos inanimados restos con expresión de amarga tristeza.

Yo no sabía qué hacer; aquella prisionera me tenia verdaderamente perplejo, y con gusto hubiese dado mi paga de un mes por devolver la vida al mustang; pero, como la muerte es quizá lo único que no tiene remedio en el mundo, pensaba en la mejor manera de indemnizar a la joven de su pérdida. Ofrecerle dinero era poco delicado: ¿ qué haría, pues?

De pronto ocurrióseme una idea que podía sacarme de apuros. Todo el ejército conocía el afán que tienen los mejicanos ricos por proporcionarse nuestros grandes caballos americanos, pagándolos a veces a precios fabulosos. En nuestro escuadrón había muchos cruzados de buena raza; y supuse que uno de éstos podía ser un regalo digno de aprecio aun

para una joven que acababa de perder su yegua favorita.

Ofrecíselo, pues, todo lo delicadamente posible; pero lo rechazó con desdén.

¿Cómo, señor? exclamó golpeando el suelo con su piececito y haciendo sonar sus espuelas; ¿cómo? ¿Me ofrece usted un caballo? ¿A mí? Mire añadió, señalando la llanura, allí hay un millar de caballos: todos me pertenecen. Ya comprenderá, pues, el valor que para mí tiene su ofrecimiento. ¿Para qué necesito yo un caballo?

Pero, señorita repliqué disculpándome, esos son caballos del país, y el que ofrezco a usted...

¡Bah! exclamó interrumpiéndome y señalando el mustang No habría cambiado ese caballo del país por todos los frisones que hay en su compañía, pues ninguno vale lo que valía ese.

Si sólo se hubiera tratado de mí, nada habría tenido que objetar a estas palabras; pero, herido en mi amor propio, y casi en mis más caras afecciones, repliqué con sarcástico acento:

¿Ni uno solo, señorita?

Y, mientras hablaba, fijé la vista en mi *Moro;* la mirada de la joven siguió la dirección de la mía, y quedóse fija algún tiempo en mi cabalgadura. Aque-

lla mirada brilló de admiración al observar las arrogantes y graciosas formas de mi noble corcel. En aquel momento estaba soberbio, jadeante, con los labios y el pecho llenos de espuma que hacía resaltar el negro brillante de su pelo; sus ijares se levantaban y volvían a bajar con ondulaciones regulares, mientras que de sus abiertas y encarnadas narices salía un vapor semejante a niebla; sus ojos despedían animados destellos, y encorvaba airosamente el cuello como si tuviese conciencia de su reciente triunfo y del interés que despertaba su arrogante figura.

La joven lo contempló largo tiempo, y, aunque silenciosa, revelaba bien la admiración que le producía el animal.

Tiene usted razón, caballero exclamó al fin algo pensativa; ese lo vale.

En el acto me arrepentí de haber llamado de aquel modo la atención de la mejicana hacia mi corcel. Mi ofrecimiento habíase reducido a uno de los caballos, de mi gente, pues no hubiera cambiado mi *Moro* por toda su manada de mustangs; sin embargo, me habría contrariado que se negase también a aceptarlo, porque empezaba a conocer que me era imposible rehusar nada a aquella joven. Su altiva belleza me interesaba ya tanto como *Moro.*

Mi situación era difícil; pero, por fortuna, vino a sacarme de ella un incidente que dio nueva dirección a mis ideas: los jinetes que me habían seguido se aproximaban.

La joven mostróse intranquila al verlos, cosa muy natural por cierto, teniendo en cuenta el atavío salvaje y el feroz aspecto de aquella gente. Les ordené que regresaran a su alojamiento, y, después de contemplar un instante el mustang tendido en tierra con sus ricos arneses manchados de sangre, y a la que lo había montado por última vez, cruzaron algunas palabras unos con otros, y obedecieron la orden.

Volví a quedarme solo con mi prisionera.

V
ISOLINA DE VARGAS

Cuando mis hombres se alejaron, me preguntó la joven:

¿Son tejanos?

No todos.

¿Es usted quien los manda?

Sí, señorita.

¿Su capitán, quizá?

En efecto.

¿Y ahora, señor capitán, soy su prisionera? Esta pregunta me sorprendió de tal modo, que, por el momento, no supe qué contestar. La excitación de aquella carrera, aquel encuentro, su curioso desenlace, y, sobre todo, la encantadora belleza de mi prisionera, me habían hecho olvidar por completo el motivo que me había inducido a

perseguirla. Después de algunos minutos de reflexión, recordé que estaba obligado a desempeñar una misión delicada: la de averiguar si aquella joven tan gentil era un espía, suposición muy probable, como comprenderá todo el que sea veterano en las guerras.

Con frecuencia pensaba yo se ha dado el caso de que se encargaran lindas muchachas de llevar despachos y noticias al enemigo. Si ésta fuera una de ellas, y la dejara pasar libremente, las consecuencias podían ser gravísimas.

Pero también me repugnaba reducirla a prisión, aunque éste fuese mi deber. Aun no hacía diez minutos que estaba yo a su lado, y ya ejercía ella en mi corazón tan gran imperio como si hubiera sido dueña de él toda su vida.

¿Soy su prisionera? me preguntó de nuevo.

Por lo contrario, señorita, yo lo soy de usted.

Contesté de este modo, no sólo por evitar responder categóricamente a su pregunta, sino también por dar libre curso a la pasión que empezaba a nacer en mi pecho. Mis palabras no eran la expresión de una pueril galantería, sino inspiradas en un sentimiento profundo, aunque espontáneo, y esperé con ansiedad el efecto que habían producido.

La mejicana fijó en mí sus grandes y brillantes ojos, primero con una expresión de desagrado, que poco a poco fue haciéndose más dulce y expresiva. Pareció dejar por un momento su habitual indiferencia, y me miró con atención. En la ojeada que me dirigió creí adivinar que le complacía lo que acababa de decirle; sin embargo, la ligera arruga que fruncía su lindo labio tenía cierto aire de triunfo provocativo.

Caballero me dijo, recobrando de pronto su arrogancia, es el suyo un cumplimiento extemporáneo. ¿ Soy o no su prisionera?

Vacilaba yo entre e1 deber y la cortesía, hasta que, acercándome a ella y mirando sus hermosos ojos con toda la indiferencia que pude, le respondí:

Señorita, si me da usted su palabra de que no es una espía, puede irse libremente; no le exijo más que su palabra.

Le impuse esta condición con acento de súplica más bien que autoritario; y, aunque afecté cierta sequedad, mi rostro me vendió.

¡Yo espía! ¡Yo espía! exclamó riéndose a carcajadas. Señor capitán, usted se burla.

Espero, señorita, que usted hablará seriamente. ¿ No es usted una espía? ¿ No lleva usted ningún despacho para el enemigo?

Ni por asomo contestó sin dejar de reír.

Entonces, ¿por qué huía de nosotros?

¡Ah, caballero! ¿No son ustedes tejanos? No se ofenda si le digo que sus paisanos tienen muy mala reputación entre nosotros.

Su huida era, cuando menos, una loca imprudencia, en la que arriesgaba la vida.

¡Caramba! Ahora lo comprendo y, dicho esto, dirigió una mirada significativa al mustang, sonriendo con amargura. Ya lo veo, pero no creía que hubiera entre ustedes un solo jinete capaz de alcanzarme. Me ha vencido usted a la carrera, y usted solo podía hacerlo.

Al pronunciar estas palabras, volvió hacia mí sus negros y rasgados ojos, y me miró de una manera lánguida. Examinóme de pies a cabeza, desde la gorra hasta las espuelas, mientras yo espiaba su mirada con interés, pareciéndome que su fisonomía había perdido su expresión desdeñosa, para lucir un destello de ternura. Yo habría dada el mundo entero por adivinar qué pensaba de mí en aquel momento.

Nuestras miradas se encontraron, desviándose al punto con mutuo embarazo; ella inclinó la cabeza y tuvo algún tiempo la vista fija en el suelo como si estuviera bajo el peso de una preocupación.

Ambos guardamos silencio bastante rato, y así habríamos permanecido sabe Dios hasta cuándo, si no se me hubiera ocurrido que mí actitud era poco galante. Ella continuaba siendo mi prisionera, y, por consiguiente, me apresuré a concederle la libertad.

Señorita le dije, sea usted o no espía, ya no la detengo más. Puede marcharse cuando le plazca.

Gracias, caballero. Y ahora, puesto que se ha portado usted conmigo tan noblemente, voy a tranquilizarle. Lea usted.

Y, al decir esto, mostróme un papel: lo examiné y vi que era un salvoconducto del general en jefe, mandando que se guardaran toda clase de consideraciones a *doña Isolina de Vargas*.

Ya ve usted, capitán, que yo no podía ser su prisionera. ¡ Ja, ja, ja!

¿Será usted tan generosa que me perdone la ligereza de mi conducta? le pregunté.

De buen grado, capitán.

¿ Por qué ha obrado usted tan imprudentemente? Nosotros estábamos obligados a perseguirla y a apoderarnos de su persona. Con ese salvoconducto, no tenía necesidad de huir.

Pues precisamente porque llevaba este salvoconducto he huido.

No la entiendo, señorita.

¿Me promete usted ser prudente, capitán?

Lo prometo.

Yo no tenía seguridad de que fuesen ustedes americanos, sino que les tomé por una guerrilla mejicana; y si este documento y otros muchos que llevo encima hubieran caído en manos de Canales, ¿ qué habría sucedido? Ya ve, capitán, que tememos más a nuestros *amigos* que a nuestros *enemigos*.

Entonces comprendí perfectamente por qué se había dado a la fuga.

Usted habla correctamente el español, capitán continuó la joven. Si hubiese usted gritado: Alto en su idioma natal, me habría detenido enseguida, y quizás hubiera evitado la muerte de mi favorita. ¡ Ay de mí, pobre yegua! ¡ Pobre *Lola*!

Prorrumpió nuevamente en exclamaciones de pena y sentimiento, y, arrodillándose, abrazó el cuello del pobre mustang, yerto y rígido. Ocultó el ros-

tro en la larga y espesa crin del animal, que humedeció con algunas lágrimas mientras lo movía y besaba.

¡Pobre *Lolita!* prosiguió. Motivos tengo para afligirme. ¡Ah! Con razón te quería, pues me salvaste en más de una ocasión. ¿Qué haré ahora sin ti? Al menor indicio de que se acercan los salvajes me pondré a temblar; no me atreveré a correr por la pradera, y me veré reducida a no salir de casa. Tú me dabas alas, y ahora me las han cortado.

Pronunció estas palabras con tan amarga tristeza, que yo, que apreciaba mi caballo tanto como ella el suyo, no pude por menos de enternecerme. Animado por el deseo de consolarla en lo posible, repetí mi ofrecimiento.

Señorita le dije, en mi escuadrón hay bastantes caballos, algunos de ellos muy buenos y...

No tiene usted ninguno que me guste.

¿ Los ha visto usted todos?

Sí, señor; todos, uno por uno, hoy mismo, cuando desfilaban al salir del pueblo,

¿De veras?

Sí, capitán. Y le he visto a usted cabalgar al frente de sus filibusteros.

Pues yo no la he visto a usted.

No sería porque no mirase a todas partes. No ha habido balcón ni reja a donde no haya usted dirigido la vista, ni ha dejado de buscar las sonrisas de las damas mientras recorría aquella larga calle. ¡ Ja, ja! Temo, señor capitán, que sea usted el don Juan Tenorio del Norte.

Señorita, no es ese mi carácter.

¡Bah! Usted es tan orgulloso como todos los hombres; pero hablemos en serio: no tiene usted más que un caballo que me guste.

Estas palabras me hicieron temblar.

Y, en resumen, es ese añadió señalando a Moro.

Me quedé como si la tierra se hubiese abierto a mis pies para tragarme: mi turbación no me permitió responder en algún tiempo. Ella lo advirtió, pero guardó silencio esperando que le contestase.

Señorita balbuceé al fin, este caballo es mi favorito, un antiguo y leal amigo, pero, si a usted le agrada, está... está a su disposición.

Y recalcando el condicional *si* apelé a su generosidad; pero fue en vano.

Muchas gracias contestó fríamente ya lo cuidaré; creo que me servirá. ¿ Cómo tiene la boca?

No le pude contestar; empezaba a enojarme.

Permítame usted que lo pruebe agregó. ¡ Ah! Tiene bocado de barbada; es inferior al que usamos nosotros. Hágame el favor de darme ese lazo.

Y señalóme un lazo de crin de caballo, blanco, perfectamente trenzado, que había sobre la silla del mustang.

Empecé a desatar maquinalmente aquella cuerda, y del mismo modo la sujeté al pomo de mi silla: entonces advertí que el lazo tenía una argolla de plata: luego, acorté las correas hasta dejarles la longitud conveniente. ,

Ahora, capitán exclamó la joven reuniendo las riendas en su manita enguantada, voy a ver si se porta bien.

Y, diciendo esto, púsose de un salto sobre la silla, sin tocar apenas el estribo con su diminuto pie. Habíase quitado la capa; su saya de seda le llegaba, formando grandes pliegues, hasta los tobillos, y por debajo asomaban sus botinas encarnadas, el reluciente estribo y el bordado de sus blanquísimos pantalones. Un cinturón escarlata, cuyas recamadas puntas caían sobre la silla, rodeaba su cintura; y su corpiño, lleno de bordados, modelaba las redondas formas de aquella joven singular que se mantenía a caballo con

el mayor desembarazo y naturalidad y soltura del mundo: sus ojos reflejaban la tranquilidad y el valor.

Mientras la admiraba en silencio, pensaba yo en las amazonas de la antigüedad y en que con un escuadrón de semejantes guerreros podía emprenderse con seguridades de éxito la conquista del mundo.

Un toro de terrible aspecto acababa de separarse de su manada, acercándose al sitio en que nos encontrábamos. No deseaba otra cosa la bella amazona. El caballo, sintiendo la espuela, dio un salto y galopó en derechura hacia el toro, el cual volvió grupas y emprendió la fuga; pero su rápido perseguidor púsose en breve á tiro de lazo de él. El nudo corredizo giró rápidamente en el aire, y le vi, lanzado con vigor, enroscarse alrededor de los cuernos del animal. Entonces volvióse el caballo a su vez, y corrió en dirección contraria: distendióse la cuerda apretándose de pronto, y el toro cayó violentamente al suelo, donde quedó aturdido. Sin darle tiempo para recobrarse, la jinetee se enrolló la cuerda al brazo y emprendió el regreso.

¡Soberbio! ¡magnífico! exclamó, apeándose y contemplando el caballo. ¡Es hermoso, muy hermoso! ¡Ah, *Lola*, pobre *Lola*! Sospecho que no voy a tardar en olvidarte.

Estas últimas palabras iban dirigidas al mustang. Luego, dirigiéndose a mí, preguntó:

¿ Y ese caballo es mío?

Sí, señorita, si usted lo acepta respondí con cierto pesar, porque me parecía que iba a separarme de mi mejor amigo.

Pues no lo acepto repuso resueltamente; y, prorrumpiendo en una carcajada, añadió: ¡Ah, capitán! Ya sé en qué está usted pensando. ¿ Cree que no comprendo el sacrificio que quería imponerse en obsequio mío? Guárdese su caballo favorito; basta que uno de los dos tenga que sufrir un pesar y, al decir esto, señalaba el mustang; conserve ese hermoso corcel; si fuese mío, no me desprendería de él por todo el oro del mundo.

Pues yo solamente a una persona se lo cedería.

Esperé ansiosamente la respuesta que debía darme; pero no la quería expresada con palabras, sino con los ojos. En realidad no arrugó el entrecejo, sino que, por lo contrario, parecióme advertir en su rostro una sonrisa, una expresión melancólica de triunfo y de satisfacción, que sólo tuvo la duración de un relámpago, y nuevamente se me oprimió el corazón al oír su risa burlona.

¿ Esa persona será quizá la señora de sus pensamientos, eh? Pues bien, capitán: si le es usted tan fiel y adicto como a su noble caballo, no tendrá motivo para estar muy satisfecha. Vaya, necesito marcharme. Adiós.

¿ No me permite que la acompañe hasta su casa?

Gracias; no, señor. Me encuentro en ella; mire usted añadió, señalando la hacienda, esa es la casa de mi padre, y allí veo a quien se ha de encargar de los restos de mi pobre *Lola* prosiguió, haciendo señas a un pastor que se dirigía hacia nosotros Capitán, como es usted un enemigo no puedo aceptar su galante ofrecimiento, ni brindarle hospitalidad en mi casa. ¡ Ah! No nos conoce usted no sabe quién es el tirano Santa Ana. Probablemente en este momento están sus espías...

Y, al hablar así, dirigió una mirada recelosa en torno suyo.

¡Oh Dios! exclamó sobresaltada al ver a un hombre que bajaba de la eminencia a que anteriormente me he referido. ¡Santísima Virgen! ¡Es Ijurra!

¿ Ijurra?

Sí, es mi primo; pero...

Vaciló un momento, y luego, variando repentinamente de tono, me dijo:

¡Oh, váyase usted! ¡Por amor de Dios! Déjeme sola. ¡ Adiós, adiós!

Obedecí en el acto a pesar de los muchos deseos que tenía de ver de cerca a aquel Ijurra.

Cuando llegué al lindero del bosque, la curiosidad, o quizás un sentimiento de índole muy distinta, pudo más que mi cortesía, y con el pretexto de arreglar un estribo me volví sobre la silla y miré atrás.

Ijurra estaba en el sitio en que poco antes habíame yo encontrado.

Era un hombre de elevada estatura, vestido con el traje habitual de los ricos de Méjico, o sea, con chaqueta de paño negro, pantalón militar azul, faja encarnada y sombrero hongo de alas anchas. Tendría unos treinta años, llevaba bigote y patillas, y podía pasar por un buen mozo; pero ni su edad, ni sus ventajas personales, ni aun su porte, me llamaban la atención en aquel momento; sólo me interesaba lo que iba a hacer. Púsose frente a su prima, y mostróle un papel que llevaba en la mano hablándole al mismo tiempo. La feroz expresión de su rostro le daba cierta semejanza a un buitre, y desde la distancia a

que me encontraba, podía yo atestiguar, por sus destempladas voces, que le hablaba con ira.

Preciso era que ejerciera un singular imperio sobre ella para obligarla a escuchar sus reproches.

Experimentaba yo vivos deseos de clavar las espuelas en los ijares de mi corcel y poner término a la embarazosa situación en que la doncella se encontraba, pero no llegué a realizarla porque la que había sido durante unos minutos mi prisionera abandonó de pronto a su interlocutor y se dirigió a la hacienda en que habitaba.

Volví la cabeza a otro lado, e internándome en la espesura del bosque, confié a mi caballo la misión de conducirme instintivamente al pueblo.

No vi siquiera el camino que recorrí, porque, ensimismado en mis pensamientos, mis ojos sólo se deleitaban en la contemplación de la imagen de la doncella que llevaba grabada en mi corazón.

VI
BUSCANDO VÍVERES

Aquella noche soñé con Isolina; pero mi sueno no fue del todo agradable, porque la sombría visión de Ijurra obscurecía a intervalos la de la doncella produciéndome desasosiegos e inquietudes que, al fin, me despertaron, precisamente en el momento en que resonaba en las calles el toque de diana.

Cuanto más pensaba en el incidente de la víspera, comprendía mejor el poderoso interés que me había inspirado Isolina de Vargas, y la pasión que en el breve espacio de una hora se había apoderado de mí.

Sin embargo, no era este mi primer amor: tenía ya cerca de treinta años y había amado más de una vez; por esto precisamente conocía la naturaleza del sentimiento que me dominaba.

Realmente, la belleza de Isolina excedía a todo encomio. ¿ Cómo pintar su cabellera, abundante y lustrosa; sus rasgados ojos, velados por unas magníficas pestañas negras ; sus dientes blanquísimos como perlas, y el aterciopelado color de sus sonrosadas mejillas? Lo que realzaba sobre todo su belleza, era la feliz combinación de la parte física con la moral. Al contemplar la expresión de aquel rostro, el cambiante matiz de sus mejillas, su graciosa sonrisa, el brillo de sus ojos y la mirada impregnada de ternura o de sublime energía; al admirar tantas perfecciones, forjábase la imaginación la idea de una perfección divina.

Aquella imagen la tenía constantemente ante mis ojos. Contemplaba el porvenir con halagüeñas esperanzas, pero no sin cierta inquietud. No había olvidado nuestra brusca separación, y, como ella se había abstenido de ofrecerme su amistad y de invitarme a visitarla, no abrigaba ninguna esperanza de verla de nuevo, a no ser que la veleidosa fortuna se dignara favorecerme.

No creyendo en la fatalidad, resolví ayudar un poco al destino en sus evoluciones.

Mientras me desayunaba, formé lo menos una docena de proyectos, encaminados todos al mismo

fin: al de renovar mi conocimiento con Isolina de Vargas.

En tiempos de turbulencias, no era probable que saliera frecuentemente de su casa, y yo podía recibir de un momento a otro la orden de emprender la marcha para no volver jamás a aquel puesto.

Imperaba la ley marcial, era yo allí dictador de hecho y podía penetrar donde se me antojara; pero no lo hice por razones de delicadeza.

En resumen, formé muchos proyectos y los deseché todos, hasta que fijé casualmente la vista en el objeto más interesante que había en mi habitación: la cuerda blanca atada al arzón de mi silla. Aquel lazo fue para mí un áncora salvadora, pues en el acto resolví devolverlo a su legítima dueña personalmente. De este modo, debía yo secundar la acción del destino; lo demás corría de su cuenta.

Encendí un cigarro, y subí a la azotea para madurar mi plan de campaña.

No había hecho más que dar dos o tres pasos, cuando llegó un jinete corriendo a la plaza. Llevaba el uniforme de dragón, y no tardé en conocer que era un ordenanza del general; preguntaba por el comandante de la avanzada. Uno de mis hombres le indicó dónde podría encontrarme, y se dirigió al

trote hacia mi casa. Me apresuré a salirle al encuentro, y me entregó un pliego del general en jefe, después de lo cual se marchó al galope, lo mismo que había venido.

El pliego decía lo siguiente:

«Cuartel general del ejército de ocupación.

» Julio de 1846.

» Señor: Tome suficiente número de soldados y diríjase a la hacienda de don Ramón de Vargas; está situada cerca del punto que usted ocupa. Allí encontrara cinco mil cabezas de ganado mayor que conducirá al campamento del ejército americano, donde las entregará al comisario general. Allí habrá gente necesaria para conducir el ganado, que debe ser escoltado por algunos hombres de su destacamento. La adjunta nota le informará de la importancia de esta comisión.

»A. A. AYUDANTE GENERAL

»Al capitán Warfield.»

No hay duda dije cuando hube concluido la lectura de la orden; no hay duda: la Providencia acude en mi auxilio. Precisamente cuando me deva-

naba los sesos buscando el medio de introducirme en casa de don Ramón de Vargas, me lo ofrece a medida de mis deseos.

Había olvidado el lazo. Armado con la natural disculpa del «cumplimiento de mi deber», apercibíme para marchar cuanto antes a la hacienda y traspasar sus umbrales con la confianza de un huésped que tiene derecho a que le dispensen buena acogida.

Pero, ¿y ese Ijurra? Ya lo había dado al olvido. ¿ Estará aún en la hacienda?

El recuerdo de aquel hombre obscureció las brillantes ilusiones que me había formado.

Como necesitaba dar inmediato cumplimiento a la orden del cuartel general, y debía dictar algunas disposiciones, dejé de pensar y, sin pérdida de tiempo, mandé a cincuenta soldados que montasen a caballo.

Iba a conceder al atavío de mi persona mayor atención que la ordinaria, cuando se me ocurrió leer la nota a que se refería el despacho. Abríla, y con gran sorpresa vi que estaba redactada en español; pero, como esto no era inconveniente para mí, leí lo siguiente:

«Están a su disposición los cinco mil bueyes, conforme al contrato de venta, pero no puedo encargarme de entregarlos. Debe usted apoderarse de ellos simulando que emplea la violencia, y aun añadiré que convendría que el comisionado se mostrara algo rudo y grosero. También están mis vaqueros a las órdenes de usted pero yo no les daré las órdenes necesarias.

»RAMÓN DE VARGAS.»

Esta nota iba dirigida al comisario general del ejército americano, y, aunque su sentido era bastante obscuro para los que no estaban enterados del asunto, para mí era tan claro como la luz meridiana. Aquel documento me daba elevada idea de los talentos administrativos de don Ramón de Vargas, pero estaba muy lejos de complacerme.

Debía presentarme en su casa como enemigo, aporrear las puertas, maltratar a los criados e intimar al dueño a que me entregase cinco mil bueyes con toda la insolencia de un merodeador.

¡Ah! pensé ¡Qué papel tan desairado tengo que representar a los ojos de Isolina!

Sin embargo, después de reflexionar un momento, me convencí de que ella debía estar también informada del asunto.

Sí dije para mí; comprenderá la razón de mi actitud, aunque, por otra parte, puedo obrar con toda la amabilidad que me permitan las circunstancias. Dejaré que mi teniente maltrate a los criados, sin apoderarse de la presa de un modo brutal; y, si la hermosa no está encerrada, podré verla a hurtadillas. Ea, pues, ¡ a caballo!

La corneta dio la señal: cincuenta voluntarios, a las inmediatas órdenes de los tenientes Holíngsworth y Wheatley, se apresuraron a montar a caballo, y pocos segundos después desfilaban por la plaza.

A los diez minutos llegamos a la hacienda, donde hicimos alto.

Su enorme puerta, maciza como la de una cárcel, estaba cerrada con llave y atrancada con barras de hierro, como igualmente los postigos de las ventanas. No se veía fuera ni un alma, ni siquiera un mozo asustado. Mi teniente, que sabía bastante español y había recibido mi consigna, se apeó, aproximóse a la puerta, y se puso a golpear fuertemente con la culata de su pistola.

¡Abre la puerta! gritó.

Nadie respondió.

¡Abre! ¡abre! volvió a gritar.

El mismo silencio.

¡Abre la puerta! repitió el teniente redoblando los golpes.

Cuando el ruido cesó, oyóse dentro una voz débil que preguntaba:

¿Quién llama?

¡Yo! gritó Wheatley. ¡ Abre, abre!

Va contestó la voz con acento tembloroso.

¡Anda, anda; somos hombres honrados!

Oyóse entonces ruido de barras y cerrojos que duró lo menos dos minutos, al cabo de los cuales abriéronse hacia dentro las dos grandes hojas de la puerta, dejando ver al portero, el enladrillado zaguán y una porción del patio.

Tan pronto como la puerta se hubo abierto, se precipitó Wheatley sobre el tembloroso portero, lo agarró por la chaqueta, y tirándole de las orejas, le mandó a grandes voces que llamara al dueño de la casa.

Esta conducta, que en apariencia debía asombrar a mis soldados, les agradó, pues les oí reír a mis espaldas. Aun cuando todos eran guerrilleros, no

acostumbraban propasarse con las personas inofensivas del país, por lo mismo que sus oficiales no apelaban nunca a la violencia. Verdad era que en las filas del ejército, y aun entre la oficialidad, se suscitaban quejas al ver que se trataba con más indulgencia y se les guardaban más miramientos a los mejicanos más hostiles que a nuestros propios soldados; así, pues, la conducta de Wheatley hirió una cuerda que vibró agradablemente en el corazón dé nuestros aventureros, quienes creyeron que su campaña iba a tomar un aspecto más divertido que hasta entonces.

Señor balbuceó el portero, mí amo me ha ordenado que no reciba a nadie.

No quiere recibirnos, ¿eh? Pues nos recibirá a la fuerza replicó Wheatley.

Sí, amigo añadí no tan ásperamente, pues temía que el susto que tenía el pobre hombre no le permitiera desempeñar su comisión. Ve a decir a tu amo que un oficial americano tiene que verlo enseguida.

El portero se alejó, empujado algo bruscamente por Wheatley, dejando naturalmente la puerta abierta. No esperamos que volviera: el patio nos invitaba a entrar, y, después de prevenir a Holingsworth que

esperase fuera con el destacamento y al teniente tejano que me siguiera, entré, sin apearme del caballo, en el espacioso zaguán.

VII
DON RAMÓN DE VARGAS

Un espectáculo que no dejaba de tener cierta novedad para nosotros, se ofreció a nuestra vista tan pronto como penetramos en la casa.

Los patios mejicanos tienen su fisonomía particular. En ellos no hay puertas ni ventanas como las de una prisión, sino paredes pintadas con vivos colores, galerías con toldos, y vidrieras en todas las puertas. El patio de la casa de don Ramón de Vargas estaba embaldosado, y en el centro había una fuente con pilón de azulejos, de cuyo surtidor desprendíase constantemente una evaporación que refrescaba la atmósfera; junto a la fuente extendían su follaje varios naranjos, cuyos dorados frutos y blancas flores exhalaban embriagadores perfumes. A los tres lados del patio había una galería, cuyo pavimento de azu-

lejos apenas se elevaba algunas pulgadas; una hilera de columnas sostenía el techo de esta galería que tenía sus correspondientes balaustradas y cortinas, podas las cuales estaban corridas, excepto en la entrada practicada entre dos columnas, de suerte que el interior quedaba completamente oculto a las miradas, y, por consiguiente, las ventanas de la hacienda, que en aquella parte había.

No vimos a nadie al principio; pero, al dirigir la vista hacia el corral, divisamos una porción de mozos de tostada piel, con las piernas desnudas y calzados con sandalias, vaqueros con sus trajes de pana llenos de botonaduras y alamares, y de galones de oro y plata, y gran número de mujeres y muchachas con sus basquiñas de colores policromos.

En aquel departamento reinaba gran animación: era el corral del ganado, pues la posesión de don Ramón de Vargas era lo que se llama en el país *hacienda de ganados,* denominación que no perjudicaba en lo más mínimo la consideración que se le dispensaba a su dueño, pues la mayoría de los hidalgos mejicanos son ganaderos en grande escala.

Cuando entré en el patio, dirigí una mirada al corral; mis ojos se fijaban especialmente en las cortinas de la galería, y no encontrando allí lo que buscaba,

los levantaba a la azotea, esperando descubrir a la señora de mis pensamientos. Allí había una infinidad de plantas raras, las mayores de las cuales extendían por cima del pretil sus anchas hojas y sus brillantes corolas, pero no estaba entre ellas la flor que yo anhelaba ver. No se divisaba ningún rostro, no llegaba ninguna voz hasta nuestros oídos; los gritos de los vaqueros, el canto de los pajarillos encerrados en las jaulas del corredor y el murmullo de la fuente eran los únicos ruidos que allí se percibían; pero las aves y los vaqueros guardaron silencio al herir los cascos de nuestros caballos las baldosas del patio, y sólo la fuente, a la que no produjo el menor sobresalto nuestra llegada, prosiguió exhalando su queja dulce y monótona.

Volví a mirar las cortinas de la galería, atisbando cuidadosamente por entre las estrechas aberturas dejadas por una mano negligente, fijé nuevamente la vista en la azotea y en su pretil, y el resultado de este examen fue tan infructuoso como el primero.

Wheatley y yo continuamos a caballo, silenciosos, esperando la vuelta del portero, mientras los mozos, los vaqueros y las muchachas se acercaban a la puerta del corral, quedándose atónitos al contemplarnos.

Después de una espera bastante larga oímos ruido de pasos en el corredor, y seguidamente apareció el mensajero, anunciándonos que su amo no tardaría en presentarse.

Y, efectivamente, un minuto después, descorrióse una de las cortinas, y entró un caballero anciano. Era hombre de elevada estatura, y, aunque ligeramente encorvado bajo el peso de los años, su continente revelaba energía y resolución. Sus ojos eran grandes y brillantes, sombreados por pobladas cejas, que conservaban aún su color negro, pero sus cabellos eran blancos como la nieve. Vestía con gran sencillez; no llevaba chaleco ni corbata, pero sí una camisa de batista blanquísima, pantalón y chaqueta de mahón, faja azul obscura y sombrero de paja de Guayaquil.

El aspecto de don Ramón, a pesar de su gravedad, prevenía en su favor. Acerqué mi caballo a la galería y situéme frente al dueño de la hacienda.

¿Es usted don Ramón de Vargas? le pregunté.

Si, señor contestó, entre sorprendido y contrariado.

Soy oficial del ejército americano dije en español, y en voz bastante alta para que los peones y

vaqueros pudieran oírme, y se me ha mandado proponer a usted el suministro de bueyes al ejército. Traigo una orden del general en jefe que...

No tengo bueyes en venta interrumpió don Ramón con indignado acento.

No quiero negocios con el ejército americano.

En ese caso, caballero le repliqué, me veré obligado a apoderarme del ganado sin su consentimiento. Se le abonará a usted su valor, pero es indispensable que me lo lleve, pues las órdenes que he recibido son terminantes respecto a este punto. Además, algunos de los vaqueros de usted tendrán que conducir el ganado hasta el campamento.

Dicho esto, llamé por señas a Holingsworth, que entró en la casa con los soldados, y todos ellos, desfilando por la puerta del corral, empezaron a reunir a los azorados vaqueros para obligarles a recoger el ganado.

¡Protesto de este robo! gritó don Ramón a voz en cuello. ¡Es una infamia! ¡Es una infracción de las leyes de la guerra de los pueblos civilizados! Reclamaré ante mi Gobierno, y ante el de usted, y obtendré justicia.

Ya le pagarán a usted, don Ramón.

¡Me pagarán... me pagarán! ¿Y quién va a pagarme? ¿Los ladrones... los filibusteros?...

¿Qué significa eso, señor mío? exclamó Wheatley, que no estaba enterado más que a medias del secreto de aquella farsa, hablando formalmente.

Procure medir muy bien sus palabras, o de lo contrario perderá algo que aprecie más que el ganado; y, sobre todo, mire bien con quién habla.

¡Con tejanos, con ladrones! vociferó don Ramón con tal vehemencia, que Wheatley habría sacado su revólver si yo no lo hubiera evitado hablándole al oído.

¡Que el demonio se lleve a ese vicio truhán! contestó mi irritado teniente. Creí que hablaba en serio. Ea prosiguió, dirigiéndose al señor de Vargas, no se apure por sus dólares. El Gobierno de los Estados Unidos es un traficante generoso y un buen pagador. ¡Ya quisiera yo ser el dueño de esos bueyes y tener la promesa de que iban a pagármelos! Tome, pues, la cosa con más calma y modere su lenguaje.

Don Ramón puso fin a la conversación corriendo las cortinas con furia y desapareciendo de nuestra vista.

Tuve necesidad de hacer grandes esfuerzos para conservar mi impasibilidad, y lo mismo le ocurrió al mejicano, en cuyos picarescos y penetrantes ojos advertíase cierta gana de reír que reprimía, sin embargo, merced al imperio que sobre sí mismo tenía, pero más de una vez temí que nos descubriese su misma sangre fría. Lo cierto es que no habría podido contenerme si no hubiera yo tenido el corazón y la vista en otra parte. En cuanto a don Ramón, desempeñó su papel a las mil maravillas.

Cuando corrió la cortina, el ¡ Adiós, capitán! que dijo en voz baja y que sólo yo pude oír, fue muy afable, lo cual me produjo gran satisfacción.

Cuando el señor de Vargas se retiró, me erguí en la silla, y ordené a mis hombres que reuniesen los bueyes del mejicano.

VIII
UN BILLETE

Wheatley siguió a la tropa, que había penetrado con Holingsworth en el corral, donde no tardaron en reunir a algunos vaqueros. Después, se encaminaron a la pradera donde pastaban los rebaños de don Ramón, y me quedé solo, o, mejor dicho, en compañía de media docena de criadas, que, agrupadas en un rincón del patio, me miraban atemorizadas y curiosas.

Las cortinas de la galería continuaban herméticamente corridas, siéndome imposible ver a nadie detrás de ellas.

Está demasiado bien educada, o le soy indiferente pensaba yo, aunque esta última hipótesis no halagaba en modo alguno mi amor propio. No estando aquí los demás, bien podía don Ramón in-

vitarme a entrar; pero no: esas mujeres, esas mestizas podían descubrirlo. Es preferible renunciar a ello e ir a reunirme con mis soldados.

Miré en mi derredor, con el mismo resultado negativo, y, clavando las espuelas a mí caballo, salí por a trasera.

Entonces se ofreció a mi vista en toda su extensión la gran pradera que ya conocía; solté la brida y acomodéme bien en la silla para contemplar la animada escena que se desarrollaba a la sazón en ella.

Había allí toros semibravíos que corrían enfurecidos en todas direcciones; vaqueros montados en sus ligeros potros, con sus fajas ondulantes y sus lazos enrollados; jinetes voluntarios en caballos más pesados, que prestaban torpe ayuda a los diestros y ejercitados pastores; algunos de éstos conducían, no sin trabajo, numerosos grupos de animales reunidos ya y domados, oyéndose por doquier los mugidos de los toros, las voces y las estrepitosas carcajadas de los soldados, a quienes divertía mucho esta caza, los gritos más agudos de los vaqueros y de los mozos, cuadro que en cualquiera otra circunstancia habría contemplado yo con verdadero interés, pero que entonces, aunque mis ojos estaban fijos en la llanura, miraba con absoluta indiferencia.

No podía creer que se representara semejante escena junto a las ventanas de una morada tan aristocrática sin que ninguno de sus moradores se dignara echar una ojeada al campo, especialmente cuando Isolina era el movimiento personificado.

¡Oh, sí! decía en mi interior. A pesar de esos lienzos, dos lindos ojos miran a hurtadillas, ya desde una ventana, ya desde una rendija de la pared; es imposible dudarlo.

Y, mientras reflexionaba de este modo, me volví nuevamente hacia la casa.

Entonces se me ocurrió examinar con mayor detenimiento la fachada de la hacienda. Al llegar a ella, había observado que los postigos de las ventanas estaban cerrados, pero podían haber entreabierto alguno después. Como conocía el interior de las casas mejicanas, sabía que las ventanas de la fachada son las de la sala y de las principales habitaciones, y precisamente en éstas debían encontrarse los dueños de la casa.

¡ Qué tonto he sido pasando tanto tiempo en e1 patio! pensé. Si hubiera dado la vuelta... pero puede que aun no sea tarde...

Animado por esta esperanza, atravesé nuevamente el corral y volví al patio, donde continuaban las

criadas mestizas, tan admiradas y locuaces como antes. Después, aguijando mi caballo, pasé al abovedado zaguán, cuya maciza puerta seguía abierta, como la habíamos dejado; dirigí una mirada a la habitación del portero y vi que estaba vacío; el pobre hombre habíase ocultado para no encontrarse otra vez con el teniente.

Traspuse el umbral de la puerta, y al refrenar a mi caballo para pasar revista a las ventanas, una suavísima voz, cuyo acento penetró hasta el fondo de mi alma, me llamó diciendo:

¡Capitán!

Miré a las ventanas y continuaban cerradas; pero no había tenido tiempo aún de hacer ninguna suposición, cuando volví a oír la palabra «capitán» pronunciada en más alto tono. Entonces conocí que la voz salía de la azotea.

Levanté la vista y no vi a nadie, pero un brazo, que habría podido adaptarse perfectamente al busto de Venus, asomó por una abertura del pretil. Segundos después, una cosa blanca, que no pude distinguir al pronto, cayó entre las patas de mi caballo.

Me apeé, cogí presuroso el billete pues no de otra cosa se trataba, y al alzar de nuevo los ojos vi a Isolina. Divisábase su lindo rostro al través de la

abertura del pretil, y sus rasgados ojos negros me miraban con esa mezcla de burla y seriedad que tanta pena y alegría me causaban al mismo tiempo. Ya iba a dirigirle la palabra, cuando advertí un brusco cambio en su fisonomía; miró rápidamente hacia atrás, Aplicó un dedo a sus labios, y aquel hermoso rostro desapareció tras el pretil de la azotea.

Quedéme un momento indeciso entre alejarme o permanecer allí, creyendo que Isolina no habría bajado de la azotea, porque el rumor de una conversación llegó a mis oídos, lo que me hizo suponer que alguien se había acercado a hablarle.

Me disponía ya a retirarme, cuando pensé que antes debía enterarme del contenido del billete, por si arrojaba alguna luz y me guiaba respecto al partido que debía adoptar, pues acaso me facilitase el medio de prolongar mi estancia en aquella casa.

Buscando un sitio donde pudiera leer el billete sin testigos, entré en el zaguán, bastante obscuro en sus ángulos, y peniéndome de modo que no pudieran las cocineras ver lo que hacía, me enteré del contenido de la misiva, que estaba redactada en los siguientes términos:

« Capitán: No dudo que ha de perdonarnos nuestra poco generosa hospitalidad. Acuérdese de lo que le dije ayer: *nuestros amigos* son más temibles que *nuestros enemigos,* y en casa tenemos un *huésped que inspira a mi padre más temor que usted y todos sus terribles filibusteros.* No le guardo rencor por la muerte de mi yegua; pero ha adquirido usted mi lazo a un precio sumamente barato. ¿ Acaso pretende usted, capitán, quedarse con *todo* lo mío? Adiós.

»ISOLINA. »

Concluida la lectura, me guardé el billete en el bolsillo, y me puse a reflexionar en su contenido. Una parte de él era bastante clara; pero el resto pecaba de misterioso.

«Nuestros *amigos* son más temibles que nuestros *enemigos.* » Suponía yo que esta frase, escrita con cierta sagacidad, significaba simplemente que don Ramón de Vargas era un *ayankieado,* o más claro, afecto a la causa americana, a quien los demagogos indígenas hubieran calificado de traidor a su país. Sin embargo, no podía deducirse que el buen hombre lo fuese. Probablemente desearía el triunfo de las armas americanas, porque, amando a Méjico, prefería verlo en paz y prosperidad bajo el dominio extranjero, a

que se perpetuara la anarquía bajo el despotismo de los nacionales. ¿ Qué significa el pomposo título de independencia sin paz, sin libertad?

A don Ramón de Vargas le importaba poco que el nombre de Méjico desapareciese del mapa, siempre que su patria disfrutase de paz y de prosperidad, cualquiera que fuese el modo de que se llamara. En aquella época había en Méjico muchas personas que opinaban del mismo modo, especialmente entre la clase a que pertenecía el señor de Vargas. Fácilmente se comprenderá por qué los *ayankieados* eran de esta manera de ser.

Acaso las simpatías de don Ramón a la causa americana obedecían a razones más materiales, y quizá cinco mil bueyes entraran por algo en ellas. Sea de esto lo que fuese, todas mis reflexiones se enderezaban a adivinar el sentido de esta frase ambigua de que se había servido dos veces la linda hija del mejicano: «Nuestros *amigos* son más temibles que nuestros *enemigos*. » En uno u otro caso, la frase me parecía bastante clara; pero el resto de la misiva ya no lo era tanto. ¿ Quién sería el huésped a quien temía el señor de Vargas? ¿Ijurra quizás?

Ijurra era su primo, según me había dicho. ¿Habría otro huésped en la casa? Era muy posible, pues

la hacienda era muy espaciosa y en ella podía vivir mucha gente. Sin embargo, tenía la idea fija en Ijurra sin saber por qué, pareciéndome que Isolina no había podido aludir a otra persona.

Sus modales, las palabras agrias y las hoscas miradas que había dirigido a la doncella, y el miedo que ésta le tenía confirmaban mis presunciones, y acabé por adquirir la íntima convicción de que él era el huésped a quien don Ramón temía.

Examiné después las demás frases contenidas en la carta, en la que se advertía cierta ambigüedad: el tiempo me demostraría si había estado acertado en su interpretación. Mis pensamientos se ajustaban quizá demasiado a mis deseos; pero, de todos modos, la frase final me produjo una viva alegría, y salí del zaguán con el corazón henchido de júbilo.

IX
ENEMISTAD ANTIGUA

Puse mi caballo al paso, pero, al poco rato, lo detuve. Aunque comprendía la imposibilidad de tener aquel día una entrevista con mi amada, resistí al deseo de permanecer lo más cerca posible de su casa, con la esperanza de verla otra vez en la azotea, aunque sólo fuese un instante.

Cuando me volví para dirigir una mirada al pretil, vi, en el mismo sitio en que antes había contemplado el lindo rostro de la doncella, otro muy distinto. Apoyado en el pretil de la azotea estaba Rafael 1jurra, de quien algunas mujeres afirmaban que era hermoso, y a mí me inspiraba profunda repugnancia y aversión.

Cruzáronse nuestras miradas, y esto bastó para determinar las relaciones que debían existir entre no-

sotros en lo porvenir. Aunque ninguno proferimos una palabra, sin embargo, los dos nos dijimos claramente con los ojos: *Soy tu enemigo.*

No analizaré esta impresión de brusca y espontánea antipatía, por más que su naturaleza sea de una gran simplicidad. Yo podía explicármela fácilmente, y mientras tenía la vista fija en el rostro de aquel hombre, sentía nacer dentro de mí un odio irresistible.

Aquello fue una declaración de guerra, que cada uno de los dos expresaba formalmente, viendo un rival en el otro, un rival que aspiraba a disputarle el corazón de la más linda joven de Méjico. ¿No era esto suficiente motivo para aborrecernos?

Sin embargo, yo leía algo más en el aspecto de Ijurra; adivinaba en él la maldad de su corazón y lo brutal de su naturaleza. Sus ojos, grandes y hermosos sin duda alguna, tenían una expresión bestial; no carecían de inteligencia, pero esto mismo era un defecto, porque esa inteligencia respiraba ferocidad y mala fe; su belleza era la del jaguar. Tenía el aire de un hombre de mundo, acostumbrado a vencer en las lides amorosas, pero sin corazón, indiferente y f also.

La mirada de Ijurra revelaba que conocía mi secreto; sabía por qué permanecía allí tanto tiempo, y la sonrisa de sus labios burlones parecía que así me lo manifestaban. Veía mis infructuosos esfuerzos por obtener una entrevista, y, prevaliéndose de su posición, complacíase en mi mala suerte.

Ninguno de los dos apartaba la vista de su adversario, hasta que, siendo ya demasiado provocativa su desdeñosa mirada para que yo pudiera soportarla pacientemente, iba ya a desbordarme, cuando el ruido de pisadas de un caballo me hizo volver la vista al lado opuesto. Un jinete subía por la colina, con dirección a la pradera: era el teniente Holingsworth, que no tardó en llegar junto a mí.

Capitán Warfield me dijo, ya está reunido el ganado; ¿hay que seguir...?

No concluyó la frase. Habiendo mirado casualmente a la azotea, vio a Ijurra y dio un salto sobre la silla; abrió desmesuradamente los ojos, lanzando de sus órbitas una feroz llamarada de cólera, y los músculos de su cuello y de sus mandíbulas se agitaron con movimientos convulsivos.

Hubo un momento en que el furor pareció cortarle la respiración. Era un gozo frenético el suyo, poco en armonía con su severo rostro al que jamás

había yo visto sonreír. Sin embargo, pronto tuve la explicación de aquella mirada singular; no era la amistad lo que le comunicaba su brillo, sino el placer prematuro de la venganza.

¡Rafael Ijurra!... ¡ Rayos y centellas! exclamó de pronto, lanzando una carcajada salvaje.

Esta exclamación, que encerraba una amenaza, produjo un efecto mágico; Ijurra conoció enseguida al que la había pronunciado. Su morena faz palideció instantáneamente, cubrióse después de manchas lívidas, y sus ojos dirigían en derredor hoscas miradas, llenas de indecisión y espanto.

¡Diablo! murmuró después, no pudiendo contenerse.

¡Traidor! ¡villano! ¡asesino ! le gritaba Holingsworth ¡Al fin te encuentro! Ahora vamos a ajustar cuentas.

Y, dicho esto, apuntó con su carabina a la cabeza de Ijurra.

¡Alto, Holingsworth, alto! le dije, hundiendo la espuela en los ijares de mi corcel, y apresurándome a contenerle.

Aunque mi bravo *Moró* saltó instantáneamente y no tardé en agarrar por el brazo al encolerizado Holingsworth, no llegué a tiempo de impedir que dis-

parara; pero desvié el tiro, y la bala, en vez de atravesar el cráneo de Rafael Ijurra, se aplastó contra el pretil, lanzando al rostro de aquél una nube de polvo y cascote.

Hasta entonces el mejicano no había hecho nada para huir de su antagonista; el terror le había sin duda paralizado; pero el ruido de la detonación y la lluvia de yeso que cayó sobre él le sacaron de su atonía, y le dieron fuerzas para ponerse en fuga.

Entonces me volví a mi compañero, y le dije con severidad:

¡Teniente Holingsworth, le mando a usted...!

Capitán Warfield repuso resueltamente, usted puede darme órdenes en todo lo que concierne al servicio, en la seguridad de que le obedeceré; pero éste es un asunto particular, y ¡ por Cristo! aunque el mismo general... Mas estoy perdiendo el tiempo, y ese tunante va a escaparse.

Y, sin que yo pudiera impedírselo, Holingsworth espoleó su caballo y penetró a galope en el zaguán.

Lo seguí con toda la rapidez que pude, teniendo la fortuna de llegar al patio casi al mismo tiempo que él, pero demasiado tarde para evitar que realizase su propósito.

Lo agarré por un brazo pero se soltó con todo el vigor que le comunicaba una resolución terminante, y se apeó con inusitada presteza.

Empuñando una pistola, precipitóse a la escalera y subió a toda prisa, arrastrando el sable que resonaba en los escalones de piedra; poco después desapareció tras el pretil de la azotea.

Me apresuré a seguirle. Cuando subí por la escalera, oí voces proferidas con irritado acento, luego el estrépito de algunos objetos arrojados al suelo, y, por último, dos disparos de arma de fuego casi simultáneos. Un grito penetrante de mujer y un lamento de hombre llegaron a mis oídos.

Uno de los dos ha muerto o ha sido herido pensé.

Cuando, a los pocos segundos, llegué a la azotea, reinaba allí un profundo silencio: no vi a nadie.

Aquel sitio parecía un jardín con sus plantas, sus arbustos, y aun sus árboles, que crecían en macetas gigantescas. ¿ Estarían ocultos entre el follaje? Recorrí el terrado en todas direcciones: encontré algunos tiestos rotos, pero no vi a Ijurra ni a Holingsworth. No podían estar de pie, porque los habría divisado; quizás los dos se encontrarían tendidos entre las macetas derribadas. ¿ Y la mujer que pro-

rrumpió en aquel agudo grito, dónde estaba? ¿Era Isolina quien lo había proferido?

Sin dar crédito a mis ojos, corrí hacia el extremo opuesto de la azotea, y vi una escalerilla que conducía al interior de la casa. Por allí debían haber bajado; por allí habría huido la que exhaló aquel grito.

Permanecí un momento indeciso, y ya me disponía a descender por la citada escalerilla, cuando oí otro grito fuera de la casa, y, enseguida un nuevo pistoletazo. Retrocedí, atravesando velozmente la azotea, con dirección al sitio en que había sonado el disparo, y miré por encima del pretil. Dos hombres corrían velozmente por el declive de la colina; el que iba detrás llevaba en la mano un sable desenvainado. Era Holingsworth que perseguía a Ijurra

Este le llevaba gran ventaja a su perseguidor, que corría, con gran dificultad a causa de su equipo. El mejicano trataba sin duda de llegar al bosque que se extendía al pie de la colina; y, efectivamente, a los pocos minutos metióse entre la arboleda y le perdí de vista. Holingsworth le siguió como un lebrel, y desapareció también por el mismo sitio.

Confiando todavía en evitar una desgracia, bajé con precipitación del terrado, volví a montar a caballo, y lancéme a galope hacia la llanura. Al llegar al

lindero del bosque en que e1 perseguido se habían internado, seguí por algún tiempo su rastro, pero al fin lo perdí y me detuve.

Escuché con atención, pero no oí ruido alguno que me revelase el lugar en que se encontraban; sólo percibí los gritos de los vaqueros de la otra parte de la colina, los cuales me recordaron mi deber. Volví grupas y emprendí el regreso a la hacienda.

El silencio era allí profundo; no se veía a nadie. Los moradores de la casa se habían encerrado en las habitaciones atrancando las puertas, temerosos de que los atacaran y de ser saqueados.

La extraña conducta de Holingsworth había producido tal confusión en mis ideas, que no sabía qué partido adoptar. Sin duda alguna, debía tratar de ver a don Ramón para enterarle de lo ocurrido, pero la verdad era que no sabía cómo explicarle el caso, pues realmente era yo quien necesitaba que se lo explicasen. En vista de esto, resolví marcharme experimentando penoso sentimiento de zozobra.

Dejé allí media docena de soldados a quienes ordené que esperaran el regreso de Holingsworth y se reunieran luego con nosotros, y, poniéndome con Wheatley a la cabeza de nuestro inmenso rebaño, partí hacia el campamento.

X
RAFAEL IJURRA

Iba yo muy malhumorado porque, aparte del desagradable incidente ocurrido en la hacienda, el calor y el polvo del camino soliviantaban en gran manera mi ánimo. Además, la conducta de mi primer teniente era sobrado misteriosa para mí, y Wheatley no podía explicársela tampoco. Indudablemente mediaba en el asunto alguna antigua enemistad.

Holingsworth era un hombre muy extraordinario: por su carácter y temperamento difería de todo el mundo. Wheatley, por lo contrario, era un camarada jovial; vestía un traje semimejicano, montaba un caballo salvaje y manejaba el lazo como el mejor vaquero. Verdadero tejano por su nacimiento, no era un recluta; aunque joven aún, era, según la expresión

vulgar; un a viejo comedor de indios , un verdadero «guerrillero de Tejas».

Holingsworth no era tejano sino del Tennessee, aunque Tejas fuese su patria adoptiva. Alistado en la desgraciada expedición de Mier, fue hecho prisionero y conducido, cargado de cadenas, a Méjico, donde tuvo que trabajar en las zanjas que atraviesan las calles de dicha ciudad, con el fango hasta la cintura. La ruda prueba a que allí se vio sometido explicaba suficientemente la expresión austera que de ordinario se advertía en su rostro. Jamás se le había visto reír, hablaba poco, y sólo de asuntos referentes al servicio; pero de vez en cuando, al creerse solo, prorrumpía en amenazas, acompañadas de movimientos violentos y convulsivos de las mandíbulas y crispando maquinalmente las manos, como si se encontrara frente a un enemigo mortal. Más de una vez presencié estos frenéticos arrebatos, sin comprender su causa. Con Harding Holingsworth que tal era su nombre nadie se habría atrevido a familiarizarse hasta el punto de pedirle explicación de su conducta. Su valor era notorio, pues, en caso contrario, no hubiera obtenido la graduación de teniente.

Mientras marchábamos, Wheatley y yo íbamos comentando el extraño proceder de Holingsworth, y

dedujimos que debería ser la consecuencia de algún rencor antiguo que acaso se relacionara con la expedición de Mier. Entonces pronuncié casualmente el nombre del mejicano, y el teniente Wheatley, que no había visto a Ijurra por haber estado ocupado en reunir los cinco mil bueyes, exclamó estremeciéndose y deteniendo la marcha de su caballo:

¡Ijurra!

Sí, Ijurra.

¿Rafael Ijurra?

El mismo.

¿ Un joven alto y moreno, con bigote y patillas y bastante bien parecido?

Esas son, en efecto, sus señas.

Si es el mismo Rafael Ijurra que de ordinario reside en San Antonio, hay más de un tejano que le profesa un odio terrible. Debe ser la persona a quien me refiero porque no es fácil que haya dos del mismo nombre.

Pero, en resumen, ¿ qué sabe usted de él?

¿Qué es lo que sé? Que es el granuja más grande que hay en Tejas y en todo Méjico, lo cual no es poco decir. ¡Rafael Ijurra! No puede ser otro, y Holingsworth... ¡Ah, sí! Es él, y Harding Holings-

worth tiene más motivos que nadie para acordarse de él.

Si no da usted más explicaciones...

El tejano hizo una breve pausa, como para reunir sus recuerdos, y empezó después a relatar detalladamente cuanto sabía acerca de Rafael Ijurra. He aquí la substancia de su relato:

Rafael Ijurra era de origen mejicano, dueño de una hacienda cerca de San Antonio y de otras propiedades considerables, que perdió al juego, quedando reducido a la mísera condición de jugador de oficio. Hasta la época de la expedición de Mier, había pasado por ciudadano de Tejas, y mostrado una gran adhesión a la naciente república. Al tratarse de organizar dicha expedición, Ijurra tuvo bastante influencia para conseguir ser nombrado oficial, pues nadie sospechaba de su fidelidad a la causa del país. Fue uno de los que en el alto de Laredo defendió el proyecto de marchar sobre Mier, y lo que dio más autoridad a su dictamen fue el conocimiento que se le atribuía de la comarca en que había nacido; pero después se demostró que, al dar gratuitamente este consejo, sólo tuvo en cuenta los intereses del enemigo con el cual mantenía relaciones secretas.

Ijurra desapareció durante la noche que precedió a la primera batalla; el reducido ejército quedó hecho prisionero después de una vigorosa defensa en que los tejanos dieron muerte a mayor número de enemigos que el de los soldados que componían su ejército; pero, ¡cuál no sería el asombro de los tejanos cuando al segundo o tercer día vieron a Rafael Ijurra, vestido de oficial mejicano, formando parte de la fuerza que los custodiaba! Si no hubieran tenido las manos atadas, le habrían despedazado allí mismo. ¡Tan grande fue la cólera que tamaña bajeza les ocasionó!

Yo no formé parte de aquella expedición prosiguió el teniente. Por una casualidad providencial, encontrábame entonces enfermo en las orillas del Brazos, y, merced a esta circunstancia, no corrí la triste suerte de mis compañeros. Holingsworth tenía un hermano, que cayó prisionero como él. Era casi un niño, muy delicado, e incapaz de soportar tan rudas fatigas, y mucho menos el bárbaro tratamiento que se vieron forzados a sufrir los prisioneros en aquella marcha tristemente memorable; de suerte que al poco tiempo parecía un esqueleto. Tenía los pies llagados y le eran sumamente insoportables los dolores que le causaban las púas de las

acacias, cactus, y de la infinita variedad de plantas espinosas que en tanta abundancia hay en el abrasado suelo de Méjico.

Ijurra mandaba entonces la escolta, y el hermano de Holingsworth le rogó que le permitiera montar en una mula. El joven había conocido a Ijurra en San Antonio, y hasta le había prestado algún dinero que no había vuelto a ver jamás.

A pie, y adelante contestóle Ijurra.

Pero si me es imposible dar un paso...

¿Te es imposible? Vamos a verlo. ¡Hola, Pablo! gritó llamando a uno de los soldados de la escolta, dale un espolazo a este joven que no tiene ganas de andar.

El miserable acercóse con la bayoneta calada, dispuesto a herir al pobre lisiado; pero éste hizo un esfuerzo desesperado, se puso de pie y procuró continuar la marcha. Pocos minutos después, volvieron a faltarle las fuerzas; no pudo soportar aquel suplicio, y, después de dar unos cuantos pasos, dejóse caer sobre una peña.

- ¡No puedo más! exclamó con acento dolorido. No puedo seguir adelante. ¡ Dejadme morir aquí!

- ¡Adelante o mueres de veras! gritó Ijurra; y al decir esto, sacó una pistola del cinto y la amartilló, resuelto a rematar a aquel infeliz. - ¡Adelante con mil diablos!

- ¡No puedo! replicó débilmente el joven.

- ¡ Adelante o disparo!

- ¡Dispara! exclamó el prisionero desabrochándose la camisa y haciendo un postrer esfuerzo para incorporarse.

- ¡Maldito si vales un balazo! dijo el infame con tono zumbón, y, apuntando al pecho de su víctima, disparó.

Cuando el humo del disparo se disipó, pudo verse el cuerpo del joven Holingsworth tendido junto a la peña. ¡ Estaba muerto!

Los prisioneros exhalaron un grito de horror; hasta sus guardianes, tan brutales por lo común, se mostraron indiganados de semejante atrocidad. El hermano del muerto, fuertemente atado, presenció la espantosa escena, a seis pasos de él. Puede usted figurarse lo que debió sentir en aquel momento.

No me admiro continuó el tejano; no me admiro de que Harding Holingsworth acometa dónde y cuando pueda a Rafael Ijurra, y creo que ni

la presencia del general en jefe sería capaz de impedir que sacie su sed de venganza.

Con la esperanza de que mi compañero me diera algunos informes de la familia de la hacienda, pregunté:

¿No es don Ramón de Vargas tío de Ijurra?

Si, señor; don Ramón es tío suyo. Debí conocerle esta mañana; pero el maldito aguardiente que bebí allá abajo hizo que me olvidará de él por completo, a pesar de haber visto con mucha frecuencia a ese anciano. Solía ir a San Antonio todos los años, y recuerdo que una vez le acompañaba su hija, linda muchacha por cierto, que hizo perder la cabeza a la mayoría de los jóvenes, en términos de menudear los duelos por causa suya. Acostumbraba montar potros indómitos, y manejaba el lazo lo mismo que un comanche. Pero, ¿ a qué he de hablar a usted de ella? Ese condenado aguardiente se me ha subido a la cabeza. Apostaría algo a que fue ella a quien persiguió usted, ¿ no es así ?

Es probable respondí afectando indiferencia.

Mi compañero estaba muy lejos de sospechar el interés con que oía sus detalles, y el esfuerzo que necesitaba hacer para ocultar mi emoción al escuchar-

los. Una cosa sobre todo me interesaba averiguar: si la joven había prestado oído a las palabras de alguno de sus adoradores. Ardía en deseos de interrogarle respecto a este punto, pero el temor de oír una respuesta que no fuese de mi agrado paralizaba mi lengua. Guardé, pues, silencio hasta que se presentara la oportunidad de volver sobre el mismo tema.

Poco después interrumpió nuestra conversación el ruido de media docena de caballos que no tardaron en acercársenos, y vi sorprendido que eran Holingsworth y los voluntarios que dejé en la hacienda para esperarle.

Capitán Warfield me dijo el teniente, seguramente le habrá extrañado a usted mi conducta, por lo cual creo que tengo el deber de explicársela. Es una larga historia, muy penosa para mí; no me exija usted que se la refiera en este momento. Bástele por ahora saber que tengo motivos sobrados para considerar a Rafael Ijurra como mi más mortal enemigo. *He venido a Méjico para matar a ese hombre,* y ¡vive Dios! que si no lo consigo, me tiene sin cuidado que me maten a mí.

¿Pero no ha podido usted...?

No terminé mi pregunta, porque leí la respuesta en los ojos del tennessiano. Sin embargo, me contestó:

No, no. El granuja se ha escapado; pero, ¡por...!

Y murmuró con voz apenas inteligible un juramento tremendo; el brillo que despedían sus ojos explicaba sus propósitos más elocuentemente que hubieran podido hacerlo sus palabras.

Ocupó su puesto en el destacamento, y cabalgó silencioso y con la cabeza ligeramente inclinada; pero el fuego de una mirada amenazadora iluminaba de vez en cuando sus sombrías facciones.

XI
EL DOMINÓ AMARILLO

Durante los dos días siguientes estuve bajo la influencia de una febril inquietud. La conducta de Holingsworth había desbaratado por completo mis planes. En virtud de las últimas frases del billete de Isolina, esperaba una invitación para volver a la hacienda y presentarme de otro modo que como un filibustero; pero, después de lo ocurrido, me era imposible ir allí valiéndome de cualquier pretexto, pues no era probable que me dispensaran buena acogida, siendo como era el jefe de un hombre que había atentado contra la vida de un sobrino del dueño de la casa. Don Ramón, según lo convenido, debía tratarnos con acritud en nuestra expedición; mas, aun cuando había hecho un negocio redondo, no podía

menos de recibirme con frialdad en el caso de que llamase nuevamente a su puerta.

Buscaba, pues, excusas y pretextos, pero no se me ocurría ninguno, y de este modo pasé dos mortales días sin ver ni oír nada referente a la que ocupaba mi imaginación por completo.

En esta situación, se recibieron noticias del cuartel general: en la ciudad se organizaba un gran baile.

No le di importancia a la noticia, porque maldita la gana que tenía de danzar, y, mucho menos, en un baile de etiqueta.

Habríame olvidado por completo de esta circunstancia, si algunos detalles que me comunicaron no hubiesen dado a aquel baile un gran atractivo.

Dijéronme que la fiesta tenía un fin político, que era el de establecer una amistosa intimidad entre vencedores y vencidos, aspiración laudable por cierto. Debían hacerse todos los esfuerzos posibles para sacar de sus casas a las personas de la «sociedad local», y demostrarles que los oficiales yanquees no eran tan «bárbaros» como los suponían. Según me aseguró el que me daba estos informes, sabíase que asistirían a la fiesta muchas de las familias de los que simpatizaban con los yanquees, y con objeto de hacerla más agradable a los que temiesen una proscrip-

ción, habíase resuelto que fuese un baile de máscaras.

¡Ah! pensé. Los adictos a los yanquees asistirán, y tal vez ella...

Mi corazón latió animado por aquella esperanza, y resolví ir, pero sin disfraz alguno. Guardaba en mi reducido cofre un traje de sociedad en bastante buen estado y no necesitaba más. Debía celebrarse el baile en la noche siguiente, de suerte que no tenía que esperar mucho tiempo; sin embargo, parecióme interminable.

Llegada, al fin, la hora, partí para la ciudad.

Al entrar en el salón, vi que la mayor parte de los invitados habían llegado ya y los bailarines formaban varios grupos. El deseo de las autoridades americanas se había realizado: veíanse, allí cuatrocientas o quinientas personas, la mitad de las cuales eran señoras. Muchas de éstas llevaban trajes vistosos, ostentando elegantes disfraces de aldeanas tirolesas, majas andaluzas, vendedoras bávaras, boyardas válacas, sultanas turcas y bayaderas indias. También había un gran número con dominós de varios colores. La mayor parte de las damas llevaban el rostro cubierto con un antifaz; otras se limitaban a ocultárselo con el airoso rebocillo español, y las restantes dejaban al

descubierto las perfecciones de su linda cara; pero, a medida que pasaban las horas, fueron desapareciendo las caretas.

De los hombres, había muchos disfrazados, otros en traje de sociedad, pero predominaban los uniformes militares. Lo más particular era el considerable número de oficiales mejicanos mezclados entre la multitud: eran prisioneros puestos provisionalmente en libertad bajo su palabra de honor, y cuyos brillantes uniformes, parecidos a los franceses, contrastaban notablemente con las modestas levitas azules de sus vencedores. La presencia de dichos prisioneros, con sus flamantes uniformes, no era, realmente, del mejor gusto; pero también era cierto que no habían podido escoger otro traje.

No dediqué mucho tiempo a la observación de estos detalles, porque sólo me preocupaba el afán de encontrar a Isolina de Vargas, empresa nada fácil entre aquella muchedumbre de máscaras.

Si se encontraba en el baile, debía estar disfrazada; así, pues, me puse a observar a todas las damas que llevaban antifaz, confiado en que, si yo no la conocía, a ella le sería fácil conocerme, puesto que yo llevaba el rostro descubierto.

Transcurrió media hora sin que mi mirada de lince encontrara a la que buscaba; iba ya perdiendo la esperanza, y, por extraño que parezca, empezaba a desear que ella no hubiera asistido al baile.

Si estuviese aquí decíame a mí mismo, ya, debería haberme visto; habría advertido ya...

Esta reflexión me produjo una ligera angustia.

Me senté en un sillón, procurando afectar un aire indiferente, y púseme a contemplar con curiosidad las lindas mascaritas que junto a mí pasaban. Por fin, al fijarme en una de ellas, que llevaba un dominó amarillo, sentí que mi corazón aceleraba sus latidos; indudablemente aquella era Isolina de Vargas. Valsaba con un joven oficial de dragones, y cuando pasaron frente a mí, me aproximé al círculo del baile para no perderlos de vista.

Cuando volvieron a pasar, parecióme ver que la dama me miraba al través de su máscara, y hasta se me figuró que se había estremecido. ¡Ya no podía dudar de que era Isolina! Sentí algo parecido a celos. El oficial era uno de nuestros más elegantes militares, una especie de Tenorio, que, a pesar de su cabeza ligera, o acaso por esto mismo, tenía mucho partido entre las mujeres. Su pareja pareció asirse más íntimamente a él, y al dar la vuelta al salón apo-

yó con languidez la cabeza en el hombro de aquel fatuo: en una palabra, parecía sumamente complacida. Necesité hacer increíbles esfuerzos para contenerme, sin poder casi respirar hasta que la música cesó y terminó el vals.

Seguí con la vista al oficial de dragones y a su dama, a quien acompañó a su sitio, tomó asiento junto a ella, y entablaron ambos una animada conversación.

Furiosamente celoso, acerquéme para oír lo que hablaban; pero, como lo hacían en voz baja, sólo pude comprender que aquel petimetre instaba a su pareja a que se quitase el antifaz. No me cabía duda: la voz que replicó era la de Isolina.

Tan irritado estaba, que me faltó poco para arrancar el tafetán que cubría aquel rostro adorado; por fortuna no tuve necesidad de cometer semejante indiscreción, porque las súplicas del oficial ablandaron al fin a la dama del amarillo dominó, y ella misma se quitó la máscara.

¡Era una negra! Sí, una negra de labios gruesos, abultados pómulos salientes y una hilera de pequeños tirabuzones ganchudos que caían sobre el arco pronunciado de la bruñida frente.

Mi asombro, que no dejó de complacerme, no fue menor que el del teniente de dragones, que era un «colono del Sur», y, por lo tanto, intratable con respecto a los negros. Al ver la cara de su pareja, saltó como si le hubieran aplicado una corriente eléctrica, y, murmurando, se levantó con el aspecto más corrido del mundo y alejóse presuroso de allí, yendo a ocultarse detrás de la multitud.

La «dama de color», sumamente enojada, púsose nuevamente el antifaz, y levantándose de su asiento, alejóse también sin decir una palabra. La seguí con la vista, con cierta curiosidad no exenta de compasión, y observé que trasponía las puertas de la espaciosa sala, sin duda con el propósito de marcharse a su casa. No volví a ver el dominó amarillo entre los infinitos disfraces que en la fiesta había.

XII
EL DOMINÓ AZUL

Renuncié a la esperanza de encontrar a Isolina. Para desterrar mi mal humor, hice frecuentes visitas al ambigú, donde el vino corría en abundancia: una o dos copas bastaron para apartar de mi imaginación la idea fija, y ponerme más comunicativo y más alegre. No había bailado aún; pero, como el vino produjo su efecto en las piernas lo mismo que en la cabeza, resolví sacar a bailar a la primera dama que se me presentase.

Pronto encontré lo que buscaba; salióme al paso un dominó azul, tan oportunamente como si el destino hubiese decidido que bailáramos juntos. La dama no tenía comprometido ningún baile y le complacía mucho ser mi pareja.

Me habló en francés, cosa que no habría dejado de llamarme la atención si no hubiese sabido que en todas las grandes ciudades de Méjico hay muchos franceses, por lo común bisuteros, dentistas y modistas, que hacen muy buen negocio con los mejicanos, tan aficionados al lujo. Así, pues, no era de extrañar que hubiera francesas en el baile, y, efectivamente, no eran pocas las que allí danzaban y saltaban con esa alegría despreocupada que les es característica. Por esta razón no me sorprendió que la dama del dominó azul me hablara, en francés.

¡Es una modista! pensé.

Pero no me importaba quien fuese; lo interesante era tener alguien con quien bailar, y después de dirigirnos tres o cuatro frases en francés, nos lanzamos en el torbellino del vals.

Después de dar una vuelta por el salón, dos impresiones distintas agitaban mi ánimo; la primera, que tenía por pareja una mujer *que sabía valsar,* cosa que no es muy frecuente, y la segunda, que ceñía con mi brazo la cintura más esbelta del mundo. Ocurrióseme entonces que si el rostro de mi modista estaba en armonía con la esbeltez y gracia de sus formas, no necesitaba haber venido desde tan lejos para hacer fortuna.

Con tan experta compañera no podía menos de valsar a las mil maravillas, y, efectivamente, jamás me lucí tanto como en aquella ocasión, en términos de que los concurrentes nos admirasen y ser nosotros los héroes de la fiesta. Pero, como tales éxitos no son de mi agrado, conduje a mi pareja a tomar asiento, y le di gracias por su amabilidad. Su asiento estaba en el retirado alféizar de una ventana, donde podían hablar dos personas sin que las molestaran los importunos. Yo no tenía ganas de separarme tan pronto de una mujer que bailaba con tal perfección, aun cuando fuese modista, y como en el banco había sitio para dos, pedí a mi compañera permiso para sentarme a su lado.

Con mucho gusto me contestó francamente.

¿Y me permitirá usted que le haga compañía hasta que empiece de nuevo la música?

Si usted quiere...

¿Bailará usted otra vez conmigo?

¿Por qué no? A no ser que haya otra persona que le espere a usted.

Nadie, puede usted creerlo. Es usted la única dama con quien me complazco en bailar esta noche,

al decir estas palabras, creí advertir en ella un ligero movimiento que revelaba cierta emoción.

Mi cumplido ha agradado a la modista dije para mí.

Le agradezco mucho, caballero me contestó, que prefiera usted mi compañía a la de tantas y tan hermosas damas, aunque esta preferencia me halagaría mas si supiera usted quién soy.

Pronunció estas últimas palabras con suma gravedad y exhalando un suspiro.

¡Pobre muchacha! pensé. Cree que la tomo por una gran señora, y que, si conociera su verdadera posición, su humilde oficio, me negaría a tomarla por pareja, en lo cual está equivocada, porque no acostumbro hacer distinciones entre una modista y una marquesa, y mucho menos en el baile. La gracia y la belleza son las que, aquí privan.

Siento mucho repliqué no tener el gusto de conocerla, y no es posible que la conozca si usted no me dispensa la merced de quitarse la careta.

¡Ah, caballero! Lo que me pide, usted es imposible.

¡Imposible! ¿Y porqué?

Porque si viera mi rostro, no estaría mucho tiempo a mi lado hablando con franqueza, y yo lo sentiría, porque valsa usted admirablemente.

¡Bravo! Una negativa que es también un cumplimiento. No, señorita; nunca perderá usted una pareja por enseñar su rostro. Vamos, permítame que le quite ese odioso antifaz y hablemos con franqueza frente a frente; yo tengo la cara descubierta.

Usted, caballero, no tiene motivo para ocultar su rostro, pero no podría decirse lo mismo de cuantos se encuentran en este salón.

Mil gracias, amable mascarita repliqué. Es usted sumamente generosa y amable.

No merece las gracias lo que he dicho; pero advierto que se animan sus mejillas, lo cual le favorece. ¡Ja, ja, ja!

¡Demonio! exclamé a media voz. Esta dama de bulevar me está *tomando el pelo.*

Pero, ¿ qué es usted? continuó, cambiando de tono bruscamente. ¿Es mejicano o no? ¿Militar o paisano?

¿Qué cree usted que soy?

A juzgar por su rostro pálido y por la frecuencia con que suspira, usted debe ser poeta.

No he suspirado desde que estamos juntos.

Ahora no, pero antes...

¿Cuándo valsábamos?

No; antes.

¡Ah! ¿Ha estado usted observándome?

Sí; la sencillez de su traje le hace más visible entre tantos uniformes, y además sus modales...

¿Cómo? ¿Mis modales? pregunté, con alguna confusión, temiendo haber cometido alguna inconveniencia mientras buscaba a Isolina.

Si, su retraimiento, y su inclinación a cierto dominó amarillo.

¿ Un dominó amarillo? repetí, llevándome la mano a la frente, como si no recordara esta circunstancia ¿Un dominó amarillo dice usted?

Sí, sí; un dominó amarillo contestó mi pareja con expresión burlona. Un dominó amarillo que valsaba con un oficialito, bastante guapo.

¡ Ah, sí! Creo recordar...

Seguramente; debe usted recordarlo repuso mi desapiadada compañera, puesto que tantas fatigas ha pasado para observarlo.

¡ Ah! Es que... sí... murmuré.

Creí que componía usted versos para ella, y que no habiendo tenido la suerte de verle el rostro, se los dedicaba usted a los pies.

¡Ja, ja! ¡Vaya una ocurrencia!

Pero, al fin, ella no se ha mostrado muy cruel, puesto que le permitió ver su cara.

¡Un demonio! exclamé estremeciéndome. ¿Ha presenciado usted la escena?

¡Ja, ja, ja! Ha sido muy graciosa, ¿no es cierto?

Mucho, muchísimo repliqué, aunque maldita la gracia que me hacía a mí.

¡El oficial se quedó corrido!

Es cierto. ¡Ja, ja, ja!

Y qué aire tenía usted tan...

¿Qué?

Tan desanimado, tan contrariado.

¿Yo? No, señorita. Aquello no me importaba.

¡Ah!

La pobre muchacha me inspiró compasión.

¿De veras?

Me preguntó esto con tanta seriedad, que no pude menos de sorprenderme.

Sí, por cierto contesté. La joven parecía tan mortificada...

¿Lo cree usted así?

Naturalmente; se marchó enseguida y no ha vuelto a presentarse; seguramente se habrá ido a su casa. ¡ Pobre diablo!

¡Pobre diablo! ¿Es esa toda la compasión de usted?

La decepción era disculpable, pues jamás he visto una mujer que bailara tan bien, excepto la pareja que tengo en este momento, pero...

¿Pero qué?

Era una negra.

Me parece que ustedes, los americanos, no tratan con mucha galantería a las damas de color. En Méjico, en este país que califican ustedes de despótico, no ocurre eso.

La reconvención era justa.

Pero variando de conversación prosiguió, ¿ no es usted poeta?

Es un nombre que no merezco; pero no negaré que he hecho versos.

Lo sospechaba. ¡Oh! Si pudiera conseguir que me dedicara usted algunos...

¿ Cómo? ¿ Sin haber visto su rostro ni conocer siquiera su nombre? Señorita, es preciso por lo menos que vea las facciones que debo encomiar.

Usted no sabe lo que pide. Si llegara a quitarme el antifaz, tendría muy pocas probabilidades de obtener versos en mi obsequio, y vería desvanecidas como el humo sus poéticas inspiraciones.

¡ Diablo! exclamé. Esta no es una mujer que maneja la aguja, aunque combate con armas agudas. Me he engañado como un tonto: no, no es una modista. Es una mujer que tiene talento.

Esta circunstancia acrecentó mi curiosidad. Su conversación me tenía admirado; pues quien se expresaba en tal forma no podía ser fea. Una inteligencia tan brillante no podía ocultarse tras vulgares facciones; además, sus agraciadas formas, su pequeña mano, su diminuto pie y aquel tobillo tan delicado que le había visto mientras bailábamos, aquella voz llena de armonía, el fulgor que despedían sus hermosos ojos, y todo aquel conjunto admirable no me dejaba ya duda alguna: era hermosa.

Señorita exclamé muy formalmente, le suplico que se descubra. Si no estuviéramos en el baile, le pediría este favor de rodillas.

Y si se lo concediera, se alejaría presuroso de mí. ¡ Ah, caballero! ¡ No olvide el dominó amarillo!

¿ Es que se complace usted en mortificarme? ¿Me cree capaz de ser tan voluble? Aunque no fuera

usted lo que el mundo llama una belleza, nada perdería quitándose el antifaz, pues lo ameno de su conversación, esa voz que penetra hasta el fondo de mi alma, y el donaire que realza cada uno de sus movimientos me retendrían a su lado. No puede ser fea una mujer que tiene tales atractivos. Aunque su rostro fuese tan negro como el de la joven del dominó amarillo, yo no lo advertiría.

¡Ja, ja, ja! Tenga cuidado con lo que dice, caballero. Presumo que no será usted de mejor condición que los demás hombres; conozco a los de su sexo, y sé que para ellos la fealdad es el mayor delito de una mujer.

En efecto, no soy como los demás, y le juro...

No jure en vano. Repito que, a pesar de todas las buenas cualidades de que me cree dotada, soy una especie de espectro que miraría usted con horror.

¡Imposible! Esas formas, esa gracia, esa voz... ¡Oh! Descúbrase usted: acepto todas las consecuencias del favor que solicito.

Voy a complacerle; pero reciba usted de sus propias manos el castigo de su curiosidad.

¡Ah! ¿ Me permite usted...? Gracias, señorita, gracias.

Y con temblorosos dedos deshice el nudo de la cinta que le sujetaba el antifaz. ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que vi?

Cayóseme de la mano la careta, como si fuese un hierro hecho ascua, y escapóseme un grito de asombro, o, mejor dicho, de horror, al ver la cara de la del dominó amarillo. Sí, era la misma negra con sus labios gruesos, sus pómulos salientes, y sus ensortijados cabellos cayéndole sobre las sienes.

Me quedé impávido, sin saber qué hacer ni qué decir; olvidé mi galantería, y, al sentarme de nuevo, no me atreví a hablar. Si en aquel momento me hubiese mirado a un espejo, hubiera visto la cara de un idiota.

Mi compañera, que sin duda esperaba este resultado, lejos de ofenderse, empezó a reírse, exclamando al propio tiempo con tono zumbón:

¿Qué le inspira a usted ahora mi rostro, señor poeta? ¿ Cuándo podré leer sus versos? ¡Ah, señor mío, me parece que no ha de ser usted mucho más galante con nosotras, pobres damas de color, de lo que lo fue hace poco su compatriota el oficial de dragones! ¡Ja, ja, ja!

Mi conducta y sus reconvenciones me tenían abochornado y no pude contestarle. Por fortuna, si-

guió riéndose a carcajadas, lo que me permitió murmurar algunas frases incoherentes, acompañadas de torpes ademanes, y batirme en retirada. Jamás me he despedido de nadie de un modo tan grosero.

Me encaminé, o, mejor dicho, me deslicé furtivamente hacia la puerta de salida, resuelto a marcharme con la mayor ligereza posible; pero, al llegar al umbral, mi curiosidad pudo más que mi confusión, y volví la cabeza para mirar por última vez a aquella rara etíope. Fijé la vista primero en el dominó azul, después en el alféizar de la ventana, y al levantarla hasta el rostro de mi pareja, vi... ¡ el rostro de Isolina!

Quedé petrificado. Mis ojos permanecían fijos en aquel rostro encantador, sin poder apartarlos de él. Ella me miraba también, pero ¡ de qué modo! Jamas podré olvidarlo. No se reía, pero sus labios desdeñosos parecían crispados con una sonrisa sarcástica.

Quise acercarme de nuevo a ella para disculparme, pero ya era tarde. Hubiera podido arrodillarme a sus plantas, implorar el perdón... pero ya no era tiempo... Sólo hubiera conseguido ponerme más en ridículo.

Acaso le impresionó, más que mis palabras, el arrepentimiento que pudo leer en mi fisonomía, porque su mirada adquirió cierta ternura, y quizás...

Pero en aquel momento acercóse a ella un caballero, que se sentó a su lado sin ceremonias. ¡Era Ijurra! Empezaron a hablar: ¿de qué? ¡ Oh! Si se hubiera atrevido a reírse a mi costa, pronto habría librado a mi corazón del peso que lo abrumaba; pero la risa no apareció en sus labios, Ella no le dijo nada de la aventura. La prudencia le impuso, sin duda, silencio por temor a las consecuencias.

Levantáronse al poco rato; ella se puso la careta; Ijurra dióle el brazo, y desaparecieron entre el confuso tropel de las máscaras.

.. ..

¡ Mozo! Trae vino.

Para distraer mi acalorada imaginación bebí con exceso, y poco después salí del baile y salté sobre mi caballo. Galopé con el corazón acongojado y la cabeza ardiente; pero el aire fresco de la noche, el movimiento del caballo, y la comunicación establecida entre su animosa naturaleza y la mía, fueron alivián-

dome poco a poco hasta que conseguí tranquilizarme.

Cuando llegué a la ranchería, mis tenientes cenaban. Los manjares no eran muy delicados; pero, como había recobrado el apetito, me senté a la mesa con ellos, y su amistosa conversación me devolvió por algún tiempo mi humor habitual.

XIII
PENSAMIENTOS AMOROSOS

Los celos, la vanidad herida y la pasión burlada en sus esperanzas más risueñas hacen sufrir de un modo horrible. He pasado sucesivamente por las amarguras de la vergüenza, por los males que acarrea un revés de fortuna repentino y por el temor de la muerte; pero ninguna de estas contrariedades me ha destrozado tanto el corazón como el tormento de un amor no correspondido. Los demás sinsabores son pruebas pasajeras; pero los celos, lo mismo que una serpiente venenosa, inoculan su ponzoña con su mordedura produciendo una herida de dolorosa e interminable cicatrización.

Para ahogar mis penas, bebí copiosamente antes de salir del baile, y ya de regreso en la ranchería, continué bebiendo. Así me procuré un poco de ali-

vio y de sueño; pero este sueño fue de corta duración. Mucho antes de amanecer, despertóme el doble tormento de los celos y la vergüenza, haciéndome sufrir física y moralmente. Además, los vapores del detestable licor que había bebido en la cantina me abrasaban el cerebro, pareciendo que se me partía la cabeza. Una onza de opio no habría sido suficiente para hacerme dormir, de suerte que no cesaba de agitarme en la cama como un enfermo delirante.

Los incidentes de la pasada noche no se apartaban de mi imaginación. En vano me esforzaba en cambiar el curso de mis ideas y fijarlas en cualquier otro objeto; siempre iban a parar al mismo círculo en cuyo centro aparecía Isolina de Vargas. Recordaba cuanto había pasado y cuanto me había dicho, y ¡con cuánta amargura veía aquella risa desdeñosa, aquella sonrisa sarcástica que apareció en sus labios al quitarse por segunda vez la máscara!

Hasta el recuerdo de su belleza me hacía sufrir. Hasta entonces había concebido alguna esperanza; me habla complacido en formar planes para el porvenir; pero la aventura del baile de máscaras los disipó por completo, quedándome sólo la vergüenza, el escarnio.

Este sentimiento produjo un repentino cambio en mis ideas: había momentos en que la odiaba, en que sentía impulsos irresistibles de venganza; pero éstos eran fugaces relámpagos, y nuevamente surgían ante mis ojos sus encantadoras formas, su levantado ánimo, quedándose absorta mi alma en un delicioso éxtasis.

Procuré analizar la pasión que me inspiraba Isolina, para averiguar por qué la amaba. Estaba dotada de una belleza física notable, elemento de pasión sin duda alguna; pero esto no era todo. Si hubiera contemplado yo su belleza en circunstancias ordinarias, lo mismo podría haberla amado que serme indiferente. Lo que me había subyugado era su espíritu, su imaginación, aunque tampoco fuera esto exclusivamente. La misma piedra preciosa engarzada de un modo menos brillante, habría podido pasar inadvertida para mi. Obedecía, pues, al doble atractivo de su alma y de su belleza.

¡Misterio de la humana condición! ¡Mi pasión era casta! Había amado sin motivo y ahora amaba con desesperacíón. La mirada que me dirigió desde la azotea de la hacienda, su billete, una palabra, una mirada en otros momentos, todo esto contribuyó a

alentar mi pasión; pero el incidente del baile la había hecho imposible.

La sombría faz de Ijurra se inclinaba amenazadora sobre mí; hasta en mis delirios la veía constantemente al lado de Isolina. ¿ Qué había entre los dos? ¿ Relaciones de parentesco? ¿ Serían prometidos? ¿Estarían casados?

Este temor me hacía perder el juicio.

No pudiendo permanecer más tiempo en el lecho, me levanté ansioso de respirar libremente. Subí a la azotea, y me puse a pasear por ella: asaltábanme ideas feroces, y mis movimientos eran descompasados.

Para aumentar la amargura de mis reflexiones, advertí que había perdido un documento importante: la orden del cuartel general y la carta de don Ramón. Se me cayeron, probablemente, el día en que las recibí, en el patio de la hacienda, donde debieron recogerlas enseguida. Si el mismo don Ramón las había encontrado, el mal era reparable; pero, si las había recogido alguno de los vaqueros poco afectos al señor de Vargas, podía ocasionar un grave disgusto al anciano, y a mí también. A lo sumo, cerrarían los ojos sobre semejante negligencia en el cuartel general; pero de todas maneras tenía sombríos presen-

timientos respecto a las consecuencias de este accidente. Aquella fue una de las horas más tristes de mi vida.

Sin embargo, confiando en que el mal, como el bien, está sujeto a mudanzas, presumí que el eclipse de mi tranquilidad no podía tardar mucho en llegar a su término.

XIV
UNA RARA EPÍSTOLA

Me sirvieron el desayuno; pero casi no lo probé; más que chocolate, tenía necesidad de una copa de coñac y de un tabaco habano que me ayudasen a restablecer el equilibrio de mis nervios sobreexcitados. Por fortuna, no tenía nada que hacer aquella mañana, pues, en caso contrario, no sé cómo hubiera desempeñado mi servicio.

Quedéme en la azotea; la tempestad que rugía en mi corazón me impidió observar lo que pasaba en mi derredor. No veía nada de cuanto se agitaba en la plaza, ni los voluntarios con sus caballos, ni los vaqueros con sus ponchos rayados, ni las indias acurrucadas en sus petates, ni las lindas campesinas; en resumen, no veía a nadie.

De vez en cuando miraba las paredes de la hacienda, que, aunque distante, no lo estaba tanto que no pudiera divisarse a cualquier persona que subiera a su azotea. A nadie vi, sin embargo, y veinte, cincuenta veces aparté la vista con desaliento.

A las nueve, presentóseme el sargento de guardia diciendo que un mejicano deseaba hablarme. Maquinalmente ordené que lo hiciera subir, y hasta que estuvo en mi presencia no supe lo que hacía. Entonces salí de mi desagradable abstracción; el recién llegado era un vaquero de don Ramón de Vargas, el mismo que había visto en la llanura durante mi primera entrevista con Isolina.

El vaquero apresuróse a sacar del bolsillo de su chaquetón una carta que me enseñó después de mirar en derredor para ver si lo observaba alguien.

Apoderéme del billete; éste no tenía sobrescrito. Mis manos temblaban al romper el sello. En el momento en que se fijaron mis ojos en la letra, la conocí, y el corazón empezó a latirme violentamente. Dije algunas palabras al mensajero, y, para ocultarle mi emoción, le volví la espalda retirándome al rincón más apartado de la azotea. Después, rogué al vaquero que se retirara y esperase abajo la respuesta, y púseme a leer el billete que decía así:

«Julio de 18...

»*Galante* capitán: Como supongo que no se habrá repuesto aún del cansancio de la pasada noche y que todavía no serán *tardes* para usted, permítame que le dé los buenos *días*. ¿ Sueña usted aún en la hermosa de bronceada tez? ¡Pobre diablo! ¡Qué galante capitán!

»*Galante* capitán: Yo tenía una yegua predilecta. Imagínese usted el cariño que tendría a aquel pobre animal, comparándolo con el afecto que usted siente hacia su noble Moro. En una hora funesta, la terrible puntería de usted me ha privado de mi favorita, pero me ofreció usted indemnizarme regalándome su *negro* corcel, y yo sé bien que lo *que más ama usted en el mundo es lo negro*. Capitán, si yo fuera la dueña de sus pensamientos, no me agradaría compartir de ese modo su cariño. Comprendiendo, pues, el inmenso sacrificio que quería usted imponerse, me negué a aceptarlo; pero me consta que ansía vivamente satisfacer esa deuda. Puede hacerlo cuando guste, y voy a decirle el modo.

»Hay en esta comarca un caballo famoso, conocido con el nombre del «caballo blanco de los lla-

nos». Es un caballo salvaje, blanco como la nieve, de magníficas formas y tan ligero como una golondrina. Siendo usted tejano, debe haber oído hablar del «caballo blanco de los llanos». Pues bien, mi capitán: hace mucho tiempo que tengo deseos vivísimos de poseer ese animal extraordinario. Para conseguirlo, he ofrecido recompensas a los cazadores y a nuestros propios vaqueros, porque algunas veces llega hasta estas llanuras, pero nadie ha logrado apoderarse de él. Se asegura que esto es imposible, porque su rapidez es tanta que se le pierde de vista en un abrir y cerrar de ojos. Hay quien cree que es un fantasma o un demonio; pero caballo tan hermoso no puede ser el diablo. Además, siempre he oído decir que el demonio es *negro*. «¡Pobre diablo!»

»Vayamos al caso, capitán. No faltan incrédulos que sostienen que el caballo blanco de los llanos es un mito, negando en absoluto su existencia. Existe, sin embargo, y se encontraba, hace dos horas, a una milla del sitio en que escribo esta carta. Uno de nuestros vaqueros lo ha visto a orillas de un ameno riachuelo donde tiene su residencia favorita. El vaquero no le ha perseguido ni molestado, pero me ha traído la noticia.

»Galante y noble capitán: Sólo un hombre puede apoderarse de ese caballo famoso, y ese hombre es usted. ¡ Ah, capitán! *¡ Usted ha cautivado lo que siempre fue libre e indómito!* Tráigame el caballo blanco de los llanos, y cesaré de lamentar la pérdida de la pobre *Lola.* Se lo perdonaré a usted todo, hasta su falta de galantería para con las máscaras. ¡ Tráigame el caballo blanco! ¡ El caballo blanco!

»ISOLINA. »

Al concluir la lectura de esta carta, experimenté una sensación de júbilo.

Había oído hablar del caballo blanco de los llanos, como todo el mundo, y más de una vez escuché junto al fuego del vivac el relato de algún episodio novelesco cuyo protagonista era el famoso animal, que hacía más de un siglo figuraba en las leyendas de los colonos o «marinos de las Praderas» como suele llamárseles.

Según éstos el caballo blanco está dotado del don de la ubicuidad, y tan pronto se encuentra en las llanuras del Plata como corre por las de Tejas a millares de millas de distancia.

Jamás había dudado yo que existiera un caballo blanco de magníficas proporciones y asombrosa rap-

idez, ni que hubiera veinte, ciento si se quiere, entre las innumerables manadas de caballos salvajes que vagan por las grandes llanuras; pero el designado con el nombre de *caballo blanco de los llanos,* debe tener una señal particular que lo distingue entre todos sus semejantes; sus orejas son negras, y el resto del cuerpo, inclusas la cola y las crines, blanco como la nieve.

A este misterioso y extraño animal se refería la carta; y se me encargaba apoderarme de él.

Una frase del billete me hacía pensar.

Usted ha cautivado lo que siempre fue libre e indómito. No me atrevía a dar crédito a la interpretación que yo daba a estas palabras.

Había, además, una postdata, en la cual se hablaba de «negocios». En ella se me daban detalles más precisos de cómo, cuándo y dónde había sido visto el caballo blanco, y concluía diciendo que el dador, o sea, el vaquero que había contemplado aquella maravilla, me serviría de guía.

No me detuve mucho tiempo a reflexionar en tan extraña petición. Si lograba satisfacerla, el resultado me haría recobrar la posición que creía ya perdida para siempre. Me decidí, pues, a acometer enseguida la empresa.

¡ Sí, hermosa Isolina! Si un hombre y un caballo pueden salir victoriosos de tal empeño, antes de que el sol deje hoy de mostrar su dorado disco, el caballo blanco de los llanos será tuyo.

XV
LA MANADA

Guiado por el vaquero, salí, media hora después, de la ranchería. Una docena de voluntarios nos acompañaban; vadeamos el río y nos internamos en el chaparral.

Los hombres que había yo elegido para que me acompañaran, eran en su mayoría antiguos cazadores, que sabían seguir una pista con extraordinaria habilidad. Con su ayuda, estaba seguro de que conseguiría ponerme sobre el rastro del animal.

Sin embargo, no habría tenido tantas esperanzas a no mediar otra circunstancia. Me había hecho saber mi guía que, cuando vio al caballo blanco, iba éste acompañado de una gran manada de yeguas. No era probable que se separara de ellas, y aun suponiendo que no se encontraran ya en el mismo si-

tio, fácilmente se podía seguir su pista a causa de su gran número. Sin esta perspectiva, nuestra caza al caballo salvaje podría parecerse a la de la oca silvestre, que jamás se deja atrapar. Sí era cierto lo que del caballo blanco se contaba, podríamos verlo hoy a orillas de un arroyo y a la mañana siguiente a cien millas de distancia; pero la presencia de la manada me daba cierta seguridad de encontrarlo todavía cerca del sitio en que el vaquero lo había visto. Sí lo descubría, la velocidad de mi caballo y mi destreza en manejar el lazo me sacarían del compromiso.

Por el camino, enteré a mis voluntarios del objeto de la expedición; todos habían oído hablar del caballo blanco, y hasta hubo uno o dos que me aseguraron haberlo visto en sus correrías por los llanos. Mi comitiva regocijábase con la idea de aquella cacería, demostrando tanto entusiasmo como si fueran a escaramucear con los guerrilleros mejicanos.

El camino que atravesábamos era al principio un espeso chaparral, formado por arbustos y plantas espinosas, tan abundantes en aquella parte de Méjico.

Cuanto más avanzábamos, más cambiaba el aspecto del terreno. La superficie del suelo empezaba a verse libre de esa especie de selva, y los espacios des-

pejados iban siendo más dilatados, al paso que los poblados de árboles disminuían de extensión, y de vez en cuando sucedíanse sin interrupción las cañadas.

Habíamos caminado, sin detenernos, unas diez millas, cuando el guía encontró la pista de la manada. Muchos de los viejos cazadores afirmaron, sin necesidad de apearse, que allí había huellas de yeguas salvajes, huellas que ellos distinguían perfectamente de las de los machos. Su opinión quedó justificada, porque, a cierta distancia, vimos de pronto una yeguada que el vaquero nos indicó, asegurándonos que era la que buscábamos.

El éxito correspondía hasta entonces a nuestras esperanzas; pero lo que quedaba por realizar era precisamente la parte más difícil de la empresa.

La pradera en que las yeguas pastaban tenía más de una milla de extensión, y, como las que habíamos atravesado, estaba rodeada de un bosque, que tenía alamedas que le comunicaban con otros terrenos despejados. Muchas yeguas mordisqueaban tranquilamente la hierba, mientras las demás saltaban y triscaban, ora enderezándose sobre sus patas traseras como si fueran a luchar, ora corriendo a galope, con sus largas colas y crines ondulantes. Desde el sitio en

que nos encontrábamos, nos era fácil apreciar sus redondas formas y distinguir su sedoso pelaje que brillaba al sol revelando su excelente clase. Veíanse allí caballos de varios colores, sobresaliendo entre todos los de raza española; los había bayos, blancos y negros, pero abundaban más estos últimos; también los había grises y de color isabela con la cola y crines blancas, algunos castaños, y un gran número de la especie conocida en Méjico con el nombre de caballos pintados.

Vagaban nuestras miradas de una a otra parte de la manada, y, aunque veíamos numerosos caballos blancos, no podíamos distinguir el famoso corcel en cuya busca habíamos ido allí.

Empezábamos a desalentarnos, y una idea, un sentimiento más amargo aún que el desaliento se iba apoderando de mí a medida que contemplaba aquel hermoso grupo privado de su jefe. Aunque me fuera posible llevarme cautiva toda aquella yeguada, este regalo no me haría merecer una sonrisa de Isolina, pues el corcel deseado no estaba entre aquellos animales.

El vaquero opinaba que no debía estar lejos, y yo daba crédito a aquel buen hombre, que por haber pasado su vida observando caballos salvajes e indó-

mitos, conocía perfectamente sus costumbres. Esto reanimaba mi esperanza; el corcel estaba allí cerca, quizás guareciéndose del ardor del sol en el tallar inmediato, o tal vez en uno de los rasos inmediatos refocilándose con alguna yegua predilecta. Si esto era así, el guía nos aseguraba que no tardaríamos en divisarle, y que nos le atraería pronto espantando a las yeguas, cuyos relinchos de alarma resonarían a lo lejos.

Esto parecía de fácil ejecución; pero era necesario, primero, circunvalar a las yeguas antes de que huyeran a galope en dirección contraria.

Enseguida, empezamos a formar un círculo en tomo suyo.

El chaparral nos favorecía ocultando nuestra maniobra, y media hora después estábamos desplegados alrededor de la pradera.

La yeguada continuaba paciendo y retozando: los pobres animales no habían advertido que se formaba en torno suyo un cordón de cazadores, pues en caso contrario se habrían dado a la fuga.

El más arisco de todos los animales salvajes es el caballo, como si presintiera la suerte que le aguarda en cautividad. Cualquiera creería que los fugitivos de nuestras cuadras, que a veces se refugian entre ellos,

les han referido los malos tratos y prolongados sufrimientos que los hombres les obligan a soportar.

Habíame dirigido al extremo opuesto de la pradera, para calcular el tiempo que se invertiría en cerrar el círculo, cuando oí a mis espaldas un grito agudo que paralizó mi movimiento. Era el relincho del caballo blanco de los llanos.

En la espesura, y cerca de mí, había una especie de alameda que pasaba a otro claro; allí percibí el ruido de los cascos de un caballo que corría al galope.

Apresuréme tanto como lo permitía la frondosidad del tallar, y llegué al límite del terreno despejado; pero, como el sol, que a la sazón iba declinando, me daba en los ojos, fueme imposible ver nada distintamente.

El ruido de los cascos y aquel relincho penetrante continuaban resonando en mis oídos.

Poco después, la luz del sol poniente cesó de deslumbrarme; y, poniéndome una mano sobre los ojos a guisa de pantalla, vi el magnífico caballo que bajaba por la alameda a escape en dirección a la yeguada. Ya no ofendía el sol mi vista, y como aquel animal corría con tanta velocidad, pronto pasó por delante de mí.

La duda era imposible. Aquél era el caballo blanco de los llanos. Tenía el cuerpo blanco como la nieve, las orejas negras como el azabache, los belfos azulados, las ventanas de la nariz muy encarnadas, el cuarto trasero ancho y redondo, la armonía simétrica de las piernas y, en suma, todas las perfecciones de un corcel incomparable.

Pasó como una flecha en línea recta a las yeguas que habían respondido a su primera llamada, y todas, agitando vivamente la cabeza, pusiéronse enseguida en movimiento; a los pocos minutos se detuvieron, alineándose con tanta exactitud, como hubiera podido hacerlo un escuadrón de caballería, y dando frente a su jefe que llegaba a todo escape. Al verlas en aquella posición, con la cabeza erguida, podría creerse que las montaban soldados formados en orden de batalla, no siendo, por lo tanto, extraño que se hayan engañado con frecuencia los viajeros al encontrar caballos salvajes.

Era inútil ocultarse o apelar a alguna estratagema; empezaba la caza. En lo sucesivo, la rapidez y el lazo debían decidir el resultado; y, con tal convicción, clavé espuelas a mi *Moro,* y de un salto me lancé a campo raso.

El relincho del famoso corcel había servido de aviso a mis compañeros, la mayoría de los cuales se precipitaron fuera del bosque, y corrieron hacia la yeguada, espoleando a sus caballos y lanzando estruendosos gritos.

Yo no tenía ojos más que para el caballo blanco, en cuya persecución me lancé. El brioso animal, al acercarse a la línea de batalla de las yeguas se detuvo, se encabritó dos veces, como para reconocer el terreno, y lanzando enseguida un grito agudo, saltó en derechura al limite de la pradera, como si su instinto le guiara hacia una anchurosa calle de árboles que en aquella dirección había.

Las yeguas lo siguieron, galopando en línea, que poco a poco fue rompiéndose a medida que las más ágiles se adelantaban a las otras.

Los jinetes espolearon frenéticamente sus cabalgaduras, que corrieron tras las yeguas que huían velozmente.

La caza había empezado.

XVI
LA CAZA

En aquella ocasión, Moro demostró las excelentes cualidades de que estaba dotado: dejó atrás a todos mis compañeros, y cuando, después de pasar la avenida, entramos en una segunda pradera, me encontré entre la retaguardia de las yeguas salvajes.

La mayor parte de ellas eran animales hermosos, y en cualquiera otra ocasión habría arrojado el lazo a alguna; pero entonces sólo me preocupaba de separarlas de mi camino, porque me impedían galopar libremente.

No habíamos atravesado aún toda la segunda pradera, cuando ya estaba yo a la cabeza de las yeguas, de suerte que, al verse adelantadas por mí, se dispersaron en todas direcciones.

Toda la yeguada quedó rezagada, toda menos el caballo blanco; sólo él huía en línea recta, lanzando de vez en cuando su agudo relincho.

Moro, para correr, no necesitaba ni espuelas ni riendas; veía ante sí el objeto de nuestra persecución, y adivinaba el deseo de su dueño; sus patas apenas dejaban huella en el suelo; a cada nuevo impulso saltaba, dilatándosele los ijares, con la conciencia de su poderoso vigor.

No habíamos llegado aún al límite de la nueva pradera, y ya le había sacado una considerable ventaja al caballo blanco; pero éste penetró otra vez en la espesura de un tallar. Encontré, sin embargo, un paso y seguí adelante, guiándome por el crujido de las ramas que el corcel rompía en su impetuosa carrera; de vez en cuando divisaba su cuerpo blanco entre las hojas verdes.

Temeroso de no alcanzarle, no me cuidaba más que de correr en su seguimiento, ya metiéndome de cabeza en lo más espeso de la arboleda, ya siguiendo las caprichosas revueltas de aquel verdadero laberinto. Ni yo ni mi caballo nos preocupábamos de las espinas de las mimosas; pero, *Moro,* a veces, tropezaba con enormes falsas acacias que me interceptaban el paso con sus ramas horizontales; entonces me

veía obligado a tenderme sobre la silla para pasar por debajo de ellas, lo que me hacía perder parte de la ventaja alcanzada sobre el caballo blanco.

Cuando salíamos a la pradera, metíase el corcel fugitivo entre los grupos de bosquecillos, después de haber ganado terreno durante la travesía del chaparral; sin embargo, procuraba llegar a la llanura abierta que se extendía más allá, lo cual era una prueba de la costumbre que tenía de confiar en sus pies. Tratándose de un perseguidor como yo, quizá habría hecho bien en no salir del chaparral.

A los diez minutos traspusimos los bosquecillos, desde donde se dilataba ante nosotros, hasta perderse de vista, la inmensa e ilimitada pradera.

La caza continuó incesante hasta que desaparecieron los árboles detrás de nosotros, y la vista sólo percibió ya la inmensurable sabana, y la azulada bóveda del cielo que la cubría en el centro de ese círculo inmenso cuya circunferencia es todo el horizonte.

Mis soldados, perdidos en el laberinto del chaparral, se habían visto obligados a renunciar a la caza, y los mustangs habíanse diseminado en varias direcciones, de suerte que en toda la extensión de la pradera solamente se veían dos objetos: la forma

blanca del corcel que parecía ser llevado por el viento, y la silueta del jinete que le perseguía.

Era aquél un galope terrible para *Moro.* Habíamos cruzado más de diez millas de praderas, sin que yo hubiera necesitado hacer uso del látigo ni de la espuela. El ardoroso animal estaba también interesado en aquella caza: no quería ser vencido a la carrera. En cuanto a mí, sólo pensaba en la sonrisa de una mujer; pero, ¿acaso no ha habido hombres que por motivos análogos han perdido una corona o renunciado a la conquista de un mundo? ¡Adelante, *Moro,* adelante! ¡Hay que vencer o morir!

No teníamos ya, delante de nosotros, ningún obstáculo; ya no podía ocultarse el fugitivo; la llanura, con su verde alfombra, era tan lisa como el mar dormido; nada distraía las miradas: no podía desaparecer por ninguna parte. La luz diurna debía iluminar aún los campos durante una hora; el caballo blanco no podría escapársenos a favor de la obscuridad; antes de hacerse de noche debía ser nuestro. ¡Adelante, *Moro*, adelante!

Y seguíamos corriendo en silencio. Mi adversario ha dejado de relinchar, ha perdido su confianza en su rapidez; corre ya con temor; nunca, como ahora le habían acosado tan de cerca. Galopa sin hacer lo

mismo que sus perseguidores; sólo se percibe el rumor de nuestra desenfrenada carrera.

Sólo doscientas yardas le separan de nosotros, ¡estoy seguro de la victoria! Un espolazo bastará para hacer que *Moro* se ponga al alcance conveniente: es tiempo de terminar esta carrera desesperada. ¡Vamos, valiente *Moro,* un esfuerzo más, y habrás coronado tu empresa!

Miro mi lazo; pende del arzón de la silla, con una punta perfectamente atada a una anilla y la hebilla fuertemente sujeta al pomo: el nudo corredizo libre y suelto, la cuerda bien enrollada; todo se encuentra en buen estado.

Me lo coloco en él brazo con que sujeto la brida con la mano derecha tomo el nudo; estoy ya preparado... pero, ¡gran Dios! ¿Dónde se ha metido el caballo blanco?

Mientras arreglaba el lazo, aparté la vista de él un momento, y, al buscarle nuevamente con la mirada, había desaparecido.

Maquinalmente tiré de las riendas tan vivamente, que faltó poco para que mi caballo se doblara del cuarto trasero; verdad es que el pobre animal se había casi detenido espontáneamente, revelando su terror con un gemido sordo.

Examiné la pradera en todas direcciones, aunque una sola ojeada habría sido suficiente, porque la llanura, conforme la he descrito, era lisa como una tabla; únicamente el horizonte limitaba la vista; allí no había peñas, ni árboles, ni malezas, ni zarzas, ni siquiera hierbas altas: la alfombra de musgo apenas se elevaba dos pulgadas del suelo y no hubiera podido ocultarse en él una culebra. ¡Dios de Dios! ¿dónde se ha metido el famoso corcel?

Una indefinible sensación de espanto se apoderó de mí. Estaba tembloroso y lo mismo le ocurría a mi caballo, que estaba cubierto de espuma. *Moro* y yo sudábamos; pero este sudor no tardó en convertirse en la helada angustia del miedo. ¡Era aquello un misterio incomprensible, aterrador!

XVII
EL CABALLO FANTASMA

Durante mi vida, habíame visto con frecuencia expuesto a numerosos peligros, pero todos ellos juntos no me habrían producido emoción tan intensa como la que sentí al detener de pronto a mi caballo en la pradera.

Nunca he sido supersticioso; pero en aquel momento creí en la realidad de los sucesos sobrenaturales: la desaparición del caballo blanco de los llanos no era natural; no podía explicármela en modo alguno. Con frecuencia me había reído de la credulidad de los marineros cuando hablaban del barco fantasma; pero el suceso que yo había presenciado tenía mucha semejanza con el que había provocado mi risa en muchas ocasiones, porque, ¿qué otra cosa

que un fantasma podía ser el caballo de que trataba de apoderarme?

Los cazadores habían atribuido este carácter al caballo blanco, y todas sus anécdotas históricas acudían a mi memoria; me había reído y burlado de la necia credulidad de los narradores, y a la sazón estaba dispuesto a darles crédito.

A veces creía estar soñando; pero pronto recobraba la conciencia de mis actos: me veía en la silla, y veía a mi caballo jadeante y sudoroso. Aquello era real, era positivo. Recordaba, además, todos los incidentes de la persecución; recordaba que el caballo blanco estaba ante mí momentos antes, y, sin embargo, había desaparecido. Los cazadores habían dicho la verdad; aquel caballo era un fantasma.

Abrumado por esta idea, convertida ya en convicción, permanecía inmóvil en la silla, encorvado y silencioso, y fijos los ojos en el suelo, con la mirada extraviada; habíaseme caído el lazo de la mano, y las riendas pendían sueltas del cuello de mi montura.

Con todo, conseguí recobrarme, y rechacé la idea de que haya fantasmas en el mundo.

Acababa de fijar los ojos en una huella reciente del extraño cuadrúpedo, que, llamando mi atención, dio un nuevo giro a mis ideas

Si el caballo hubiera sido un fantasma pensé, no habría dejado huellas.

Esta consideración me decidió a seguir la pista hasta el punto en que el corcel había desaparecido.

Acto seguido, recogí otra vez las riendas y conduje a mi caballo sobre la pista, sin separar mis ojos de las huellas, que iban en línea recta.

A los doscientos pasos, *Moro* se detuvo bruscamente; miré hacia delante para averiguar la causa de aquella parada imprevista, y se disiparon por completo mis creencias supersticiosas.

A unos treinta pasos de distancia cruzaba la pradera una línea obscura en dirección transversal de la que nosotros seguíamos. Semejaba una angosta hendidura; pero, al acercarme más, vi que era una grieta de anchura considerable, a que suele darse el nombre de barranca. El suelo estaba abierto, como sí lo hubiera hendido, un terremoto, y la abertura era casi tan ancha en el fondo como en la superficie de la pradera; su lecho estaba lleno de fragmentos de rocas. Sus paredes eran perfectamente verticales, y los niveles de las diferentes capas de terrenos se correspondían con exactitud hasta la superficie del suelo; aquel abismo era invisible a muy poca distancia de sus bordes. A la derecha disminuía su profundidad,

terminando, sin duda, por este lado no lejos del sitio en que me encontraba, en tanto que a la izquierda era cada vez más profundo y más ancho. Frente a mí el fondo estaba casi a veinte pies de la superficie de la pradera.

La desaparición del caballo blanco quedaba ya perfectamente explicada: ¡había dado un salto espantoso, de unos veinte pies de altura! A la orilla de la barranca veíase el suelo desmoronado por sus cascos, así como las piedras desprendidas en el sitio a donde había saltado; el violento roce de sus patas había dejado huellas visibles en la roca.

Miré al fondo de aquella hendidura, pero nada vi. La barranca formaba un recodo a poca distancia; mi fugitivo lo había doblado, y, por consiguiente, no podía yo verlo. Era indudable que se me escapaba, y, convencido de mí impotencia, renuncié a perseguirle por entonces.

Di rienda suelta a mi rabia y empecé a pensar en la temeraria empresa que había acometido. Mi terror se había disipado por completo; pero mi posición distaba mucho de ser agradable. Estaba lo menos a treinta millas de la ranchería, e ignoraba el camino que debía seguir para volver a ella. Lo evidente era que no podía regresar hasta la mañana siguiente. El

sol estaba a punto de desaparecer en el horizonte, y de noche no había que pensar en seguir mi propia pista: no me quedaba, pues, más remedio que pernoctar allí.

Tenía hambre y sed. Aquella prolongada carrera a caballo durante las horas de calor me había producido una sed terrible, y a mi pobre caballo le ocurría lo mismo; pero como sabía que no había agua por allí cerca, aumentaba mi tormento, haciendo que aquella apremiante necesidad física me fuera más insoportable que a *Moro*.

Examiné minuciosamente el fondo de la barranca hasta dónde alcanzaba mi vista: allí no había una gota de agua. Los fragmentos de roca descansaban en un lecho de arena y guijarros, y, aunque en alguna época debió correr un torrente a lo largo de aquel canal natural, a la sazón estaba completamente seco.

Después de reflexionar un momento, ocurrióseme explorar desde la pradera todo el fondo de la barranca, y acto seguido empecé a andar conduciendo a mi caballo por el borde mismo del precipicio. La profundidad de éste aumentaba a medida que avanzábamos.

Habíase ocultado el sol, el crepúsculo sería corto probablemente, y no me atrevía a cruzar la pradera

en medio de la obscuridad, por temor de precipitarme con mi caballo en el abismo.

La noche cerró, al fin, por completo. Sin ánimo para andar más por aquellos sitios peligrosos, tuve que detenerme sin haber logrado encontrar agua, y la perspectiva del horrible y prolongado suplicio que me veía obligado a soportar me infundía espanto.

Seguía, no obstante, caminando, cuando de pronto vi una cosa brillante que me hizo dar un salto en la silla y lanzar una exclamación de alegría: era agua; estaba precisamente en la dirección que yo seguía.

Una laguna, o, mejor dicho, un pantano, sin árboles ni juncos en derredor, fue lo que se ofreció a nuestra vista: en sus orillas no había vegetación alguna, y su superficie estaba al mismo nivel de la llanura. Corrí hacia él regocijándome de antemano, aunque con cierta zozobra, temiendo que se tratara de un efecto de espejismo.

Moro y yo aceleramos la marcha.

Al llegar a unos doscientos pasos de aquel anhelado sitio, sin apartar los ojos de la brillante superficie líquida, el caballo dio un respingo, de pronto, y retrocedió asustado. En la obscuridad creciente pude distinguir aún la superficie de la pradera. La barranca surcaba el suelo abierto a nuestras plantas, y cruzaba

al través de nuestro camino. ¡El abismo formaba allí cerca un brusco recodo, y la laguna estaba en la opuesta orilla!

XVIII
UNA PRADERA ENCANTADA

Era tanta la profundidad que la barranca tenía en aquel sitio, que era imposible divisar los guijarros y pedruscos de que estaba sembrado su lecho. Era, por consiguiente, una locura intentar franquearla, especialmente en medio de la obscuridad. Acaso, cuando brillase la luz del nuevo día, me sería posible encontrar un sitio por donde atravesarla, aventurada hipótesis que no me sirvió de gran consuelo.

Conduje mi caballo a cierta distancia del precipicio, le quité la silla y la brida y lo dejé pacer. En cuanto a mí, pocos preparativos tenía que hacer, careciendo como carecía de cena; pero esta circunstancia era poco importante en la situación en que me encontraba; un vaso de agua era en aquellos momentos preferible a todos los manjares del mundo.

Mi carabina, mi cuchillo de caza, mi frasco de pólvora, mi morral y mi calabaza, vacía hacía ya mucho tiempo, eran todos los utensilios de que a la sazón podía disponer. Afortunadamente, llevaba mi manta atada a la grupa de *Moro;* me embocé en ella, y, apoyando mi cabeza en la silla, coloquéme lo mejor que pude con la esperanza de dormir; pero pasó mucho tiempo antes que pudiera lograrlo. Volvíame a un lado y a otro contemplando la luna; el astro de la noche no aparecía sino a intervalos, ocultándose tras las densas nubes que recorrían la bóveda celeste; pero, cuando se veía libre de ellas, su luz hacía brillar la laguna como una plancha de plata. El agua parecía mofarse de mí, revelándome todo lo horrible del suplicio de Tántalo, pues, efectivamente, los dioses no habían podido inventar una tortura más cruel que la impuesta al pobre rey de Lidia.

Al cabo de algún tiempo, la sed cesó de torturarme, y el sueño empezaba a tributarme sus caricias bienhechoras. Ningún ruido debía despertarme; en mi, derredor el silencio era absoluto, pues ni siquiera llegaba a mis oídos el aullido habitual del lobo de las praderas. La única señal de vida que me indicaba que no estaba yo completamente solo, era el ruido de los

cascos de mi caballo al piafar de vez en cuando, y el que hacían sus mandíbulas al triturar la hierba.

Dormíme al fin; pero con un sueño agitado por continuas pesadillas. Sin duda alguna, las impresiones que recibimos en los ensueños fatigan física y moralmente tanto como las que nos ocasiona la realidad, a juzgar por el cansancio y la angustia que se experimenta, al despertar, después de haber soñado mucho. Durante aquella noche pasada en la pradera, se reprodujo en mi dormida imaginación todo cuanto había ocurrido durante el día, pero aumentado extraordinariamente. Era la sombra de la realidad con algunas modificaciones, y otra realidad, mucho más agradable, fue la que me despertó. Al abrir los ojos, estaba mojado, no por el torrente, sino por un copioso aguacero.

En otra circunstancia cualquiera, la lluvia me habría producido una sensación desagradable; pero entonces la recibí con un grito de júbilo. El trueno retumbaba incesantemente, el relámpago brillaba casi sin intermisión, y poco después percibí el ruido de un verdadero torrente que pasaba por el fondo de la barranca.

Mi primera ocupación fue apagar la sed, a cuyo fin extendí las manos, ahuecando las palmas, levanté

la cabeza y abrí la boca cuanto pude, bebiendo así en las mismas fuentes del cielo. Pero, aunque caían gruesas y compactas gotas, aquel modo de beber no me satisfacía, y apelé a otro recurso. Sabía que mi manta era impermeable; la extendí introduciendo su parte central en un hoyo del terreno, y en cinco minutos mi sed quedó saciada.

Moro bebió en la misma fuente.

Como una parte de mi manta estaba seca, me envolví en ella y, después de escuchar durante algún tiempo el bramido del trueno, púseme de nuevo a dormir, y tuve la suerte de disfrutar de un sueño tranquilo.

XIX
PERDIDO EN LA PRADERA

Cuando desperté, el sol brillaba en un cielo azul y despejado.

Tenía hambre, pues no había tomado nada desde mi frugal desayuno del día anterior, y es sabido que los rigores del hambre son más insoportables durante el segundo y tercer día que se pasan sin tomar alimento.

Recorría la pradera con la vista, pero no se ofrecía a mis miradas ni un cuadrúpedo, ni un ave; solamente vi a mi caballo, que pacía tranquilamente la hierba. No pude menos de envidiarle, pensando en la bondad del Creador que de tal modo atiende al sustento de los seres menos inteligentes, dándoles la facultad de vivir donde el hombre podría morir exte-

nuado. ¿ Quién no reconoce en eso la mano de la Providencia?

Me aproximé al borde de la barranca y miré hacia abajo: era un abismo horrible, aunque en aquel punto eran menos escarpadas sus paredes. Las rocas desprendidas de lo alto formaban en éstas un reborde a modo de talud, por el cual hubiera podido descender, un hombre al fondo del precipicio, y trepar enseguida por el lado opuesto, pero un caballo no podía pasar. La pendiente de esta escarpadura era desigual y sumamente áspera; veíanse suspendidos en ella grandes peñascos salientes, y en sus intersticios crecían cactus, arbustos espinosos y enebros enanos.

Miré el canal por donde había corrido el torrente la noche anterior, y descubrí entre las peñas el surco del agua; su caudal había sido considerable; pero ya no quedaba cantidad suficiente para llenar una taza. La poca que había se filtraba rápidamente al través de la arena, o ascendía al espacio, convertida en vapores.

Llevaba la carabina; pero, después de examinar largo tiempo el borde de la barranca, tuve que renunciar a descubrir el rastro de alguna pieza de caza, y regresé al sitio donde había pasado la noche.

Arranqué la estaca donde *Moro* había permanecido atado, lo ensillé, y enseguida empecé a reflexionar, porque deseaba volver a la ranchería, y no sabía cómo encontrar el camino. La lluvia había borrado mis huellas y no era posible utilizarlas para el regreso, como había pensado hacer. Recordaba haber recorrido grandes trechos llenos de un polvo muy fino, en que apenas quedaban impresos los cascos de un caballo; recordaba también que la lluvia había sido un copioso aguacero de anchas y pesadas gotas, y, por consiguiente, no era posible el regreso siguiendo, una pista.

Hasta entonces no había pensado en aquella dificultad; pero, al presentarse a mi imaginación, iba acompañada de cierto sentimiento de terror. ¡Estaba perdido en la pradera!

En circunstancias análogas han perecido los hombres mejor montados. Puede necesitarse mucho tiempo para salir de una pradera de cincuenta millas, y el tiempo trae consigo la muerte. La sed y el hambre no tardan en domar el vigor; luego llega la desesperación. Pero no es esto todo; el mismo aislamiento produce un terror involuntario, del que sólo se libran los indios acostumbrados a recorrer las

praderas. Los sentidos se embotan, se pierde la energía y falta la resolución.

¡La soledad de la pradera es espantosa!

Y espanto horrible era lo que yo experimentaba, pues, aun cuando ya había tenido ocasión de andar por grandes llanuras, aquélla era la primera vez que vagaba al azar, extraviado y atormentado por un hambre devoradora. No dejaban, por otra parte, de ser muy singulares las circunstancias que a tal situación me habían conducido. La desaparición del caballo blanco de los llanos quedó explicada, pero me dejó una rara impresión.

Como el sol brillaba en el espacio, podía caminar en línea recta hasta el mediodía; entonces me vería precisado a detenerme, porque en las latitudes meridionales y en aquella época del año el sol está tan cerca del cenit a dicha hora, que el astrónomo más experto no sabría decir hacia dónde cae el Norte ni el Sur.

Abrigué la esperanza de poder llegar a los bosques antes del mediodía, aun cuando no por eso estuviera más seguro de salir bien del paso. La llanura no es más peligrosa que los claros de los bosques y chaparrales que la circundan. Se puede andar días enteros por aquellas espesuras sin alejarse del punto

de partida, espesuras que con frecuencia son tan estériles como el desierto mismo.

Absorto en estos pensamientos ensillé y embridé mi caballo, y, acto seguido, recorrí la pradera con la vista para determinar la dirección que debería seguir.

XX
UNA COMIDA EN LA PRADERA

Al hacer este examen, llamáronme la atención ciertos objetos: eran animales cuya especie me era desconocida. En la pradera ocurre a veces que la forma y tamaño de los seres y de las cosas presentan los aspectos más falaces: un lobo parece tan grande como un caballo, y puede tomarse por un búfalo algún cuervo posado en una ligera protuberancia del terreno. La causa de esta ilusión óptica no es otra que el estado particular de la atmósfera, y sólo el ojo experto del cazador de oficio reduce a sus verdaderas proporciones esas formas que el espejismo agiganta y altera.

Los seres indecisos, a que he hecho referencia, se encontraban a dos largas millas de distancia, en dirección del lago, y, por consiguiente, al otro lado de

la barranca. Cinco eran los diferentes bultos que se movían como fantasmas en los límites del horizonte. Algo que no recuerdo desvió tres o cuatro minutos mi atención de aquellos objetos lejanos, y cuando volví a mirar habían desaparecido; pero a orillas de la laguna veíanse cinco bonitos antílopes. Estaban tan cerca del agua, que ésta reflejaba sus graciosas formas, y levantaban la cabeza en una actitud que demostraba que no habían hecho más que detenerse. Su número era el mismo que el de los seres indecisos que pocos momentos antes había yo visto mucho más lejos.

Su presencia fue un nuevo aguijón para mi hambre, así es que sólo pensé ya en el modo de llegar hasta ellos. La curiosidad los había atraído a la laguna; probablemente nos habían espiado a mí y a mi caballo desde, lejos, pero aun se mostraban tímidos y ariscos. Entre ellos y nosotros estaba la barranca, pero, si lograba atraerlos hasta el borde, los tendría al alcance de mi carabina.

Volví a atar mi caballo a la estaca improvisada, y empleé cuantos medios se me ocurrieron para llamarles la atención; pero fue tiempo y trabajo perdidos: los antílopes no se apartaron del agua. Acordándome entonces de los vivos colores de mi manta,

ideé otra estratagema que, diestramente preparada, casi siempre produce buen resultado. Até una de las puntas de dicha prenda a la baqueta de mi carabina que había pasado previamente por el dobladillo de su parte superior. Luego con el pulgar de la mano derecha sujeté la baqueta a través del cañón, y, enseguida, poniendo una rodilla en tierra, mantuve mi arma a la altura del hombro, en tanto que la manta, desplegada en casi toda su longitud, caía hasta el suelo tapándome por completo.

Antes de tomar estas disposiciones, me había arrastrado hasta el borde mismo de la barranca, para acortar en lo posible la distancia en el caso de que los antílopes se acercaran por el lado opuesto. No es necesario consignar, pues el lector lo comprenderá fácilmente, que ejecuté cada una de esas maniobras con todo el silencio y la precaución posibles para no espantar la caza. Sabía que no tan sólo dependía mi desayuno del feliz éxito de mi tentativa, sino mi misma vida.

Al poco tiempo advertí con satisfacción que los antílopes estaban próximos a caer en el lazo. Este animal es muy curioso, y aunque sea el más tímido de los seres animados ante un enemigo conocido,

cuando ve un objeto que no conoce, abandona todo temor para satisfacer su curiosidad.

El pedazo de tela de vivos colores no tardó en producir su efecto. Los cinco curiosos animales empezaron a girar por la orilla de la laguna, después se detuvieron, miraron un momento mi singular cebo, y se alejaron rápidamente; pero, al poco tiempo, volvieron sobre sus pasos, aspirando fuertemente el aire y moviendo sus agudos hocicos. Por fortuna, el viento me era favorable, y no me olfatearon, pues, en otro caso, no habrían dejado de descubrir la trampa, porque conocen y temen el olor del hombre y mucho más el del cazador.

La banda componíase de un macho joven y de cuatro hembras que probablemente formarían el núcleo de otra más numerosa: conocí el macho por su, mayor talla y sus astas ahorquilladas, de las que carecen las hembras; parecía guiar los movimientos de sus compañeras, porque ellas se mantenían en línea tras él, lo seguían y lo imitaban en cuanto hacía.

Al acercarse de nuevo llegaron hasta un centenar de pasos de mí; era precisamente el alcance de mi carabina, y me apercibí para disparar. El jefe de la banda era el más próximo, y, por consiguiente lo escogí por víctima.

Apunté e hice fuego.

Cuando el humo se hubo disipado, tuve la satisfacción de ver al macho tendido en la pradera, agitándose con las convulsiones de la agonía; pero lo que me sorprendió extraordinariamente fue que ninguna de las hembras se asustase al oír la detonación y que todas contemplaran con aspecto azorado a su jefe, sin comprender lo ocurrido.

Quise cargar de nuevo la carabina; pero, como me había puesto en pie aturdidamente, quedé descubierto a los ojos de los antílopes, que, al verme, huyeron rápidos como el viento. Dos minutos después, los había perdido de vista.

Una nueva dificultad me salió entonces al paso: la de atravesar la barranca, porque aquella pieza tentadora yacía en la orilla opuesta; así, pues, me puse a examinar el precipicio en busca de un paso practicable.

No tardé en encontrar lo que buscaba. La escarpadura tenía a uno y otro lado unas especies de roturas que permitían escalarla, aun cuando la operación era peligrosa. Aseguré la cuerda con que estaba sujeto mi caballo a la estaca, dejé la carabina en el sitio que me había servido de lecho, y procedí a atravesar la barranca, sin llevar más arma que mi cuchillo

de monte. La carabina sólo podía servirme de estorbo en aquella circunstancia.

Cuando hube conseguido llegar al fondo del barranco, empecé mi ascensión por el lado opuesto, que era el más escarpado; sin embargo, me pude ayudar de las ramas de los cedros enanos que nacían en la misma roca. Con sorpresa advertí que aquel camino había sido utilizado ya por hombres o por animales, porque la poca tierra reunida en los bordes salientes estaba como apisonada, y las peñas parecían arañadas en algunos sitios. No hice gran caso de estos indicios; estaba demasiado hambriento para que me preocupara otra cosa que la comida.

Al fin, pude llegar al otro borde del precipicio, y, saltando a la pradera, estuve pronto junto al antílope muerto. Sin detenerme a más desenvainé mi cuchillo, y me dediqué al oficio poco poético de carnicero. Momentos después había comido una gran cantidad de carne cruda.

Satisfecho mi primer ímpetu de mi devorador apetito, ocurrióseme que la caza asada sabría mucho mejor, y al volver a la barranca para reunir algunas ramas de cedro, se me heló el corazón de espanto.

XXI
EL OSO

Un enorme oso grizzly, el más peligroso de cuantos animales habitan la pradera, y cuya ferocidad me era perfectamente conocida, salía de la barranca, precisamente por el mismo sitio por donde yo acababa de trepar.

Como no era aquél el primer encuentro de este, género que había tenido, las formas y el aspecto de este animal me eran familiares, y no podía equivocarme acerca de la especie a que pertenecía. Su largo pelaje tan erizado como espeso, su estrecha frente, la anchura de la cara que distingue a ese animal, sus ojos amarillentos, sus dientes enormes, pero casi cubiertos por los labios, y, sobre todo, sus largas garras ganchudas, que constituyen el carácter específico del grizzly, no me dejaban ninguna duda.

Cuando llegué al nivel de la pradera, dio uno o dos pasos adelante, y, deteniéndose enseguida, se enderezó, quedándose de pie lo mismo que una persona, y lanzando un gruñido semejante al resoplido del jabalí a quien se despierta de pronto. Se mantuvo derecho un rato, rascándose la cabeza con sus extremidades anteriores o agitándose a izquierda y derecha, en una actitud que le asemejaba algún tanto a un mono gigantesco, dándole su pelaje de color rojo leonado cierto parecido con el gran orangután.

Si hubiese estado yo a caballo, aquella fiera me habría producido el mismo espanto que un inofensivo caracol, porque el oso es demasiado lento en su carrera; pero estaba a pie, y sabía que mi adversario me alcanzaría por mucho que yo corriese.

Estaba seguro de ser acometido, porque el grizzly, con quien ningún animal de América se atreve a luchar, es siempre el primero en el ataque, y, por esta circunstancia y por su ferocidad, el mismo león de Africa vería marchitos sus laureles en un encuentro con él. El hombre evita encontrarlo en su camino, a no ser que cuente con su auxiliar, el caballo; y, aun en este caso, si el terreno no está libre y despejado, el prudente cazador de oficio se abstiene de molestarlo. El cazador blanco reconoce en el oso grizzly el

valor de los guerreros indios, y éstos consideran la destrucción de uno de estos animales como un hecho glorioso en la historia de su vida. Entre los indios bravos, un collar de uñas de oso es una insignia de honor, puesto que no se permite llevar este adorno sino al que ha muerto por su propia mano los animales a quienes pertenecían.

Además, el grizzly no se intimida ante ningún adversario; arremete a cuantos animales ve, y, si puede atraparlos, los mata enseguida. Su poderosa garra tiene fuerza suficiente para desgarrarles los músculos, como si descargara en ellos un hachazo, y puede arrastrar a cualquier distancia el cuerpo de un búfalo. Se precipita sobre el hombre, ya le encuentre montado o a pie, dándose a veces el caso de que una docena de cazadores tuvieran que huir ante sus furiosas acometidas, y disparar doce balazos a un oso sin conseguir darle muerte. Sólo una certera bala en el corazón o en el cerebro puede matarlo instantáneamente.

Siendo tan fuerte y teniendo una predisposición tan sanguinaria, no es extraño que el oso grizzly sea un animal temido. Si tuviera la velocidad del tigre o del león, su ataque sería más terrible que el de estos animales, y los sitios en que habita serían inac-

cesibles para el hombre. Pero su marcha es lenta comparada con la del caballo, y, lo que no deja de favorecer a los que cruzan por su dominio, tampoco trepa a los árboles. Por lo demás, no es muy aficionado a vivir en las selvas, aun cuando siempre hay algunos bosquecillos en las inmediaciones de sus guaridas, y más de una presunta víctima de estas fieras ha debido su salvación a algún árbol que ha encontrado en su huida.

Fácilmente se comprenderá la impresión que me produjo el encuentro con uno de los más enormes y, sin duda, de los más feroces individuos del género, en plena pradera, viéndome solo, a pie, casi desarmado, y sin un matorral donde esconderme, sin ningún árbol a que trepar. Me era imposible huir ni defenderme, pues, como había dejado la carabina al otro lado de la barranca, no tenía más arma que el cuchillo. Aun cuando me hubiese dirigido a la especie de senda que iba a parar al fondo, el oso, merced a sus largas garras, habría bajado antes que yo por las paredes de la hendidura, apoderándose de mí quizá antes de concluir el descenso. Además, la fiera me interceptaba el paso, y aquella tentativa hubiera sido lo mismo que arrojarme en brazos de la muerte.

Todas estas reflexiones cruzaron por mi mente con la rapidez del relámpago, bastándome una sola ojeada para comprender cuán desesperada era mi situación. No me quedaba más alternativa que luchar a todo trance, y sostener el combate haciendo uso de mi cuchillo. Lo apurado de mi situación me obligó a sacar fuerzas de flaqueza, y haciendo frente a mi feroz enemigo, me apercibí para la defensa.

Cansado sin duda de observarme, mi antagonista se puso en cuatro patas y, lanzando un espantoso gruñido, se precipitó sobre mí con la boca abierta.

Yo había decidido esperar su primera arremetida; pero, cuando vi mejor sus descomunales formas, sus agudos dientes y sus cenicientos ojos que parecían lanzar chispas, modifiqué el plan y emprendí la fuga. A esta resolución contribuyó el recuerdo del antílope cuyos restos había yo abandonado, pues el oso podía dejarse atraer por el cadáver y cebarse en él dándome tiempo para alejarme.

No fue mi esperanza de mucha duración, porque el grizzly, sin detenerse junto al antílope, se lanzó en mi persecución, y, ¿qué valía mi velocidad comparada con la de semejante adversario? Lo único que podría conseguir era quedarme sin aliento, inutilizándome así para sostener una lucha desesperada e

irremediable. Era preferible hacer frente enseguida a mi enemigo.

Estaba ya casi decidido a hacerlo así, cuando vi brillar algo que me deslumbró; había dirigido mis pasos hacia el estanque, y lo que ofuscaba mi vista era la reverberación del sol en sus aguas. Recobré entonces la esperanza: la fiera me seguía de cerca; un momento más, y nos habríamos agarrado a brazo partido.

No, todavía no pensé; lucharé con el oso en el agua, en el agua profunda; esto me dará alguna ventaja; tal vez sea entonces el combate más igual; quizás logre verme libre de él zambulléndome.

Y arrojéme a la laguna sin vacilar un momento.

El agua sólo me llegaba a la rodilla y seguí avanzando para llegar al centro; la laguna era cada vez más profunda. El oso se había quedado en la orilla, sin que al parecer tratara de seguirme lo cual me sorprendió, porque al grizzly no le intimida el agua, y es un buen nadador. No adivinaba lo que podía detenerle, si bien es verdad que no me cuidaba de ello, pues mi único pensamiento era alejarme lo posible de la orilla, como lo hice hasta que el agua me llegó al cuello. No podía ir más lejos sin nadar, por cuya

razón me detuve con el rostro vuelto hacia mi adversario.

Este había vuelto a enderezarse y, en tal postura, me miraba con fijeza, pero sin manifiesto propósito de mojarse. Volvióse a poner en cuatro patas, y empezó a correr alrededor de la orilla como si buscara un sitio para penetrar en el lago. Unos doscientos pasos me separaban de él, pues la laguna solamente tenía un diámetro doble de esta longitud. El oso hubiera podido alcanzarme fácilmente si lo hubiera intentado, pero parecía poco dispuesto a echarse a nado, aun cuando estuvo corriendo más de media hora por las orillas. De vez en cuando hacía cortas excursiones por la pradera, pero volvía a mirarme como si estuviera resuelto a no perderme de vista. Esperaba, yo que se alejara dando la vuelta a la laguna hasta el extremo opuesto, deparándome así la oportunidad, de huir por la barranca, pero, como si adivinase mí propósito, no varió de táctica, con gran desesperación mía.

Aquel estado de cosas se prolongaba indefinidamente, y aunque el agua, sumamente fría, me hacía tiritar, no me atrevía a moverme por no excitar a mi feroz enemigo.

Al fin, mi paciencia obtuvo recompensa. En una de las cortas excursiones que el oso hizo por la pradera vio al antílope, se apoderó de él y lo arrastró hacia la barranca, por la que desapareció en un minuto.

XXII
LUCHA TERRIBLE

Avancé, a nado, unas cuantas brazas, y luego, haciendo pie, me encaminé en silencio a la orilla. Transido de frío, chorreando agua y no sabiendo a dónde dirigirme, me encontré al borde de la laguna.

Para ponerme al abrigo del oso emprendiendo la fuga al través de la pradera, necesitaba regresar a recoger mi caballo y mi carabina, pues aventurarse a pie en aquella interminable llanura, era lo mismo que meterse en el mar sin barco. Además, aun cuando hubiera estado seguro de poder llegar sano y salvo a cualquier sitio habitado sin el auxilio de mi caballo, no estaba dispuesto en modo alguno a separarme de él; le quería demasiado para dejarlo allí, y, antes que abandonarlo, habría arriesgado mi vida.

El único camino por donde podía atravesar la barranca estaba ocupado por el enemigo: intentar el paso por aquel lado equivalía a caer entre sus dientes. Seguir andando por la orilla del precipicio para buscar otro paso, o encaminarme a él directamente desde el lugar en que me encontraba y bajar por allí, era tal vez mejor plan, y estaba ya resuelto a ejecutarlo, cuando me quedé nuevamente aterrado al ver al oso, en el lado opuesto de la barranca donde había dejado a *Moro*.

Cuando mis ojos tropezaron con el grizzly, sacaba lentamente su cuerpo macizo por cima del reborde escarpado de la barranca. Un momento después volvía a ponerse de pie en la llanura.

Esto me llenó de consternación: y con motivo, pues veía que el oso iba a acometer a mi caballo. Este había observado ya que la fiera se acercaba, y parecía apercibirse para la defensa. Estaba atado a la estaca a unos cuatrocientos pasos de la barranca con un lazo que tendría veinte pies de longitud. Al presentarse el oso, echó a correr cuanto se lo permitió la cuerda, y le oí resollar ruidosamente tratando de huir, lleno de espanto.

Este desagradable incidente me paralizó dejándome como clavado en el suelo, y esperé el resultado

dominado por una ansiedad cruel, pues conocía la imposibilidad de acudir en auxilio de mi pobre corcel, o por lo menos no se me ocurría entonces ningún medio.

La fiera se encaminó directamente al caballo; cuando la vi tan cerca de *Moro* que casi podía alcanzarle con la garra, el corazón me latió con angustiosa violencia; sin embargo, el caballo dio un salto de lado y púsose a galopar describiendo un círculo cuyo radio era el lazo. Comprendí que el lazo, no cedería, y que el pobre animal estaba imposibilitado para darse a la fuga.

Seguí observando la lucha con creciente ansiedad. El caballo galopaba alrededor del círculo, mientras que el oso dirigía sus ataques describiendo cuerdas de arco o un círculo de menor diámetro. Aquella escena parecíase en el fondo a un ejercicio de hipódromo, en el que *Moro* representaba su papel de caballo y el oso el de picador.

En dos o tres ocasiones, la cuerda, fuertemente distendida en su giro rápido, se enredó en los pies del oso, y después de arrastrarle muchos metros, le derribó panza arriba. Estas caídas aumentaban su rabia, porque, al enderezarse de nuevo, empezaba a correr con redoblada furia.

Aquel espectáculo se prolongó algunos minutos sin que la situación de ninguno de los actores experimentara cambio sensible alguno. Empecé a confiar en que el grizzly perdiera al fin el tiempo, y que, pareciéndole el caballo más ágil que él, acabaría por abandonar la partida, tanto más cuanto que *Moro* le había descargado dos o tres coces perfectamente aplicadas, con las que cualquier otro adversario habría tenido suficiente; sin embargo, aquellas coces no habían servido sino para irritar al feroz animal y excitar su sed de venganza.

Un momento después, la lucha varió de aspecto. La cuerda había dado otra vez contra el grizzly; pero éste, lejos de esquivarla, la sujetó con sus garras y dientes. Al pronto creí que iba a cortarla de un mordisco, que era mi más ferviente deseo, pero mi espanto fue grande al ver que se asía a ella para llegar hasta su extremo, agarrándose a cada paso, y acercándose así lenta, pero seguramente a su víctima. Esta empezó entonces a relinchar aterrorizada.

Me fue imposible presenciar durante más tiempo aquel espectáculo. Recordé que había dejado mi carabina cerca del borde de la barranca y a poca distancia de mi montura, y que, después de dispararla contra el antílope, la había vuelto a cargar. Corrí al

precipicio, bajé hasta el fondo como un loco, y, trepando por la pared opuesta, me apoderé del arma **y** me lancé al teatro de la lucha.

Todavía era tiempo; el oso no había alcanzado a su víctima, aunque sólo distaba de ella cinco o seis pies. Acerquéme a diez pasos de distancia e hice fuego; la bala cortó al parecer la correa, porque cedió al punto, y el caballo, libre ya, emprendió una carrera vertiginosa.

Cuando el grizzly advirtió que el cuadrúpedo se le escapaba, revolvióse contra mí lanzando un aullido de cólera. No me quedaba más remedio que combatir, y como no tenía tiempo para cargar otra vez la carabina, empecé a descargar fuertes culatazos sobre el monstruo. Viendo que éstos eran infructuosos, arrojé aquel arma, desenvainé el cuchillo y le descargué un violento golpe; pero casi en el mismo instante sentí la terrible presión de sus brazos que me enlazaban. Sus agudas uñas me desgarraron la carne, con una de las patas delanteras me sujetaba por el costado, mientras que con la otra me laceraba un hombro. Sus terribles dientes blancos brillaban y rechinaban de un modo terrible; pero, como yo conservaba en la mano mi cuchillo de caza y no había perdido la serenidad, con toda la energía de la deses-

peración, hundí varias veces la acerada hoja entre las costillas de mi adversario, procurando herirle en el corazón a cada golpe. Ambos rodamos por el suelo, y la sangre que brotaba de las fauces de la fiera nos cubría a los dos. Estaba fuera de mí, me abrasaba un ardiente deseo de venganza y en mi pecho hervía una cólera implacable.

Rodábamos... rodábamos por la hierba en aquella implacable lucha a vida o muerte; volví a sentir la dolorosa impresión de las agudas garras, la penetrante fuerza de los dientes, y nuevamente hundí mi cuchillo hasta la empuñadura.

XXIII
ANTIGUOS CAMARADAS

Ya creía estar en el otro mundo, luchando con algún espantoso demonio; pero los objetos que veía en torno mío no tenían nada de sobrenaturales.

Las heridas me ocasionaban grandes sufrimientos; pero alguien, en cuyos ojos se reflejaba la bondad, me curaba aunque con mano dura.

Aun permanecía en la dilatada pradera; recuerdo el espantoso combate, todos los detalles de la lucha; pero entonces creí haber sido víctima de mi adversario. Veía sobre mí el cielo azul, alrededor la verde llanura, y a mis lados formas humanas.

¿En qué manos había caído? Cualesquiera que fueran aquellos hombres, eran amigos; ellos debieron salvarme de las garras del monstruo. Quería hablarles, pero me faltaban fuerzas... los veía inclinados

sobre mí. Uno de ellos llevaba una larga y espesa barba negra; el otro, anciano y enjuto de carnes, tenía el rostro bronceado como si se hubiera teñido con una capa de color de cobre. Miré a uno y a otro alternativamente, y a mi imaginación acudieron lejanos recuerdos. Aquellas facciones...

Volví a perder el conocimiento.

Poco después recobré los sentidos, y me sentí más fuerte. Iba a ponerse el sol; una piel de búfalo, tendida entre dos estacas plantadas verticalmente, me resguardaba de sus rayos. Tenía mi manta debajo, y la cabeza apoyada en mi silla cubierta con otra, piel; estaba tendido de lado, lo cual me permitía ver lo que pasaba; junto a mí ardía un buen fuego, y ante él había dos hombres, uno sentado y el otro de pie. Mis miradas pasaban de uno a otro, alternativamente.

El más joven estaba apoyado en el cañón de su carabina, con los ojos fijos en la hoguera; su tipo era el del verdadero montañés, el del cazador de oficio; tendría unos seis pies de estatura, y una complexión vigorosa que revelaba su origen sajón; sus brazos semejaban dos robles, y la mano con que empuñaba el cañón del fusil, parecía desarrollada, descarnada y nerviosa. Sus mejillas, anchas y firmes, así como sus

labios, desaparecían en parte bajo su espesa barba; tenía los ojos de color gris azulado, pequeños y de tranquila mirada, los cabellos eran castaños, y la tez, que en otro tiempo fue blanca, se había ennegrecido hasta parecerse a la de un mulato, a causa, sin duda, del ardor del sol. El conjunto de aquel rostro prevenía en su favor; su expresión osada respiraba franqueza y buen humor, y revelaba un carácter bueno y generoso.

Vestía una blusa de caza de piel de gamo, que, tratada por el humo, había adquirido la suavidad de un guante; polainas que le llegaban hasta el muslo, con franjas en las costuras, y zapatos de monte, de fabricación india, con suelas de piel de búfalo. La blusa de caza, sujeta con un cinturón, quedaba abierta por arriba, dejando al descubierto la garganta y parte del pecho; pero, sobre éste, veíase la camiseta interior, de piel de antílope o de cervatillo leonado. El cuello de la blusa le caía airosamente sobre los hombros, y terminaba por una larga franja de la misma piel; por último, iba cubierto de un gorro de mapache, con la cabeza del animal hacia la frente y la cola atigrada cayéndole como una pluma a la espalda.

Su equipo consistía en un saquillo de balas, hecho con la piel sin curtir de un gato tigre, y adornado con la cabeza del bonito pato de verano; dicho saco iba pendiente de una bandolera, de la que colgaba además un gran cuerno en forma de media luna, con extraños grabados. Finalmente, sus armas eran un cuchillo, una pistola, ambos sujetos al cinturón, y una carabina tan recta que la línea del cañón apenas se desviaba de la de la culata.

Su compañero en nada se parecía a él ni a nadie. Era un personaje extremadamente raro.

Estaba sentado al otro lado de la hoguera, con el rostro casi completamente vuelto hacia mí, y la cabeza poco menos que metida entre dos piernas largas y flacas. Más que un ser humano, parecía el tronco de un árbol cubierto con una piel de gamo de color de tierra; y, a no ser por el movimiento de sus brazos, podría tomársele por tal. Movía los brazos y las mandíbulas al mismo tiempo, estas últimas muy ocupadas en roer una chuleta que había asado en las brasas.

Su indumentaria era tan sencilla como salvaje. Consistía en cierta cosa que debió haber sido una blusa de caza, pero que entonces tenía el aspecto de un saco de cuero, con el fondo descosido y aguje-

reado, y las mangas remendadas en los codos. Esta piel era de color negro terroso, muy arrugada en cada articulación, reforzada en los sobacos, sumamente mugrienta, y sin ningún adorno. Había tenido un cuello, pero esta pieza superflua debió haber sido cercenada poco a poco por arreglos sucesivos hasta no quedar vestigio de ella. Las altas polainas y los zapatos de monte corrían pareja con la blusa, y parecían haber sido construidos con el mismo cuero. No llevaba camisa, ni camiseta interior, ni ninguna otra prenda, a no ser que merezca tal nombre un gorro muy estrecho, que en sus buenos tiempos había sido de piel de gato, pero que a la sazón estaba tan raído que no le quedaba más que una superficie grasienta, ruda como el cuero y en completa armonía con el resto del traje. El gorro, la blusa, las polainas y los zapatos no debían haberse separado de aquel cuerpo desde el día en que se pusieron por primera vez, a pesar de haber transcurrido buen número de años. La blusa estaba abierta por delante, dejando ver el pecho y el cuello desnudos, los cuales, así como el rostro, las manos y la garganta del pie, que no cubrían las polainas, estaban tostados por el sol y ennegrecidos por el fuego, que les habían dado el aspecto del cobre oxidado; aquel hombre, con su

traje y equipo, semejaba, en suma, que había sido ahumado a propósito.

Tendría unos sesenta años de edad; sus facciones eran algo duras, la nariz aguileña, los ojos negros, pequeños, vivos y de mirada penetrante, los cabellos negros también y muy cortos y la tez morena. Como este individuo no tenía nada de francés ni de español, descendía, probablemente, de la variedad morena de la raza anglo sajona.

Al examinar a aquel hombre, advertí que, aparte de su raro atavío, había en él algo que lo diferenciaba de los demás. Estaba desorejado.

Un hombre en tal forma mutilado tiene un aspecto repulsivo, que hace pensar en algún drama horrible; en una bárbara venganza, en un crimen, en un castigo cruelmente infligido.

Por casualidad, sabía yo por qué aquel individuo carecía de orejas... me acordaba... conocía al hombre sentado ante mí.

Lo había visto muchos años atrás, en condiciones casi idénticas a la en que me encontraba a la sazón. En aquella época lo vi, como ahora, sentado frente a una hoguera, asando su comida. Tenía la misma actitud; no había habido ninguna variación en el mugriento gorro de piel de gato, en las estrechas po-

lainas y en la piel de gamo ennegrecida que cubría aquel enjuto cuerpo. Quizás no se hubiera quitado la túnica ni las polainas desde entonces; pero no parecían más sucias que en aquella ocasión, sencillamente porque esto no era posible. Tampoco lo era olvidar a aquel hombre habiéndolo visto una vez. Era Ruben Raw1ings, llamado más comúnmente «el viejo Rube», que gozaba de justa celebridad entre los cazadores de profesión.

Su compañero era Bill Garey, otra notabilidad en el mismo oficio, y el amigo constante e inseparable del viejo Rube.

Al conocerlos, respiré con más satisfacción; aquellos hombres eran amigos míos.

Iba a hablarles, cuando al dirigir la mirada algo más lejos, vi un grupo de caballos; pero lo que entre ellos observé me hizo incorporar bruscamente.

En primer lugar vi la yegua de Rube, animal ciego, sin pelo en los costados, de huesos salientes y desmesuradas orejas. La conocí perfectamente por su color ceniciento, su cuerpo flaco, su cola sin crines y su apariencia de mula; junto a ella estaba el grande y vigoroso caballo de Garey, y mi propio corcel, *Moro*, atado a su lado. La presencia de mi caballo me sorprendió agradablemente, pues le había

visto huir desenfrenadamente después de librarse del oso, y su desaparición me tenía inquieto.

Pero lo que me produjo un estremecimiento de asombro extraordinario fue ver otro caballo del que conservaba indeleble recuerdo. ¡ Aquellas airosas formas, aquellos contornos llenos de gracia y armonía, aquel terso pelaje de un blanco plata, aquella cola ondulante y aquellas orejas de azabache, todo su conjunto, en fin, me decía claramente que era el caballo blanco de los llanos!

XXIV
EXTRAÑA CONVERSACIÓN

La sorpresa, juntamente con el esfuerzo que me vi precisado a realizar para levantarme, me produjeron una sensación tan dolorosa, que de nuevo perdí el conocimiento, pero, por fortuna, lo recobré pronto.

Los dos hombres se acercaron a mí, y, después de aplicarme a las sienes una cosa fresca, entablaron conversación.

¡ Llévese el diablo a las mujeres! exclamó Rube, cuya voz me era conocida. Siempre se han de ver los hombres en algún apuro por su causa. ¡ Mira como está este pobre joven! Y todo por una muchacha... ¡ Podrían irse todas al infierno!

¡ Bah! respondió Garey. La quiere mucho. Aseguran que es muy linda. El amor es un sentimiento muy poderoso, amigo Rube.

Aunque tenía los ojos abiertos, no podía ver a Rube, a quien el toldo de piel ocultaba; pero llegó a mi oído una especie de glu glu, muy parecido al ruido que hace una botella al vaciarse revelándome el efecto producido por la observación de Garey en el ánimo de su compañero.

¡Dios me condene, Bill repuso al fin, Dios me condene si no has perdido el juicio lo mismo que ese joven! ¡ El amor un sentimiento poderoso!... ¡ Ja, ja, ja! Sin duda alguna vuelve locos a los hombres más razonables, y, si no, mira a ese joven: lo ha entontecido.

Entonces, ¿ tú no has amado nunca?

Cerca le andas, Bill. Una sola vez me ocurrió esa desgracia, enamorándome hasta la punta de los pelos; pero la verdad es que la muchacha era extremadamente hermosa.

Esta confesión terminó con un suspiro muy semejante al resuello del búfalo.

¿Y quién era ella? preguntó Garey, ¿una blanca o una piel roja?

¡Una piel roja! repuso Rube desdeñosamente. No, amigo mío, nada de eso. No quiero decir que una piel roja no valga tanto como una blanca, y hasta es más conveniente, porque puede dejarla plantada cuando se canse de ella. En mi juventud tuve relaciones con más de media docena de esas indias; pero lo que puedo decir, sin que sea alabarme, es que nunca cedí una squaw por el valor de un alfiler menos de lo que me había costado, y que, en la mayoría de los casos, salí ganancioso. Volviendo a mi asunto, la muchacha de que te hablo era mi amante.

Entonces sería una blanca, ¿ no es así?

¿ Es blanco el alabastro? Su piel era como el cráneo de un búfalo blanqueado en la pradera, y los cabellos y los ojos, rojos como la cola de un zorro pequeño. ¡ Ah, Billy! Eran unos ojos capaces de hacer perder la chaveta al más pintado: grandes como los del gamo y suaves como la piel de un cervatillo ahumada; no he vuelto a ver ojos iguales.

¿Cómo se llamaba?

Caridad Holmes, si mal no recuerdo. Aquella muchacha había comido sus primeras papillas en el puerto del Gran Pato, en el fondo del Tennessee, hace unos treinta años. La primera vez que la vi fue

en casa de un confitero, y recuerdo que nos pusimos a comer caramelos, chupándolos los dos al mismo tiempo cada uno por una punta, hasta que nuestros labios se encontraron, y entonces... ¡ qué beso, Bill, qué beso!... Los labios de Caridad eran más dulces que el caramelo mismo. Otra vez nos vimos en la tienda, de comestibles de la esquina; después, en el baile, donde divisé, como al vuelo, las pantorrillas de Caridad, y una pierna blanca y tersa como un álamo descortezado. Aquello hizo perder los estribos al pobre Ruben Raw1ings. «Caridad le dije, me gustas.» Y ella me contestó: «Rubens, no me desagradas.» Enseguida fui a ver al papá Holmes, y le pedí la mano de su hija. ¡Que el diablo confunda a aquel viejo marrullero! ¿Pues no tuvo valor para negármela? Precisamente por entonces llegó un buhonero del Connecticut, muy almibarado. Hizo la corte a Caridad y ésta se casó con él. ¡Váyanse al infierno las mujeres, pues todas son lo mismo! Cuando tropecé con el buhonero le pegué una paliza tan soberbia, que estuvo más de un mes en cama; pero a consecuencia de este ligero desahogo me vi obligado a levantar el campo, y desde entonces vivo en las praderas. No volví a ver a Caridad; pero supe de ella por un muchacho que encontré en el Missouri; se-

gún parece, estaba hecha una matrona, y si no se ha muerto, debe tener a estas horas un batallón de hijos. ¿Ves como no se puede fiar en las mujeres? Ya ves lo que le ocurre a su marido. Vaya, vaya; no me hables de ellas.

Hasta entonces había yo escuchado en silencio, sin revelar a los cazadores que había advertido su presencia. Todo seguía aún rodeado de misterio para mí; aquel caballo blanco me daba en qué pensar, y me sorprendía ver allí a mis antiguos conocidos, Rube y Garey. Todo aquello me preocupaba lo que no es decible, y me devanaba los sesos por descubrir cómo habían podido conocer el motivo que allí me había conducido.

Sin perder más tiempo en conjeturas, me volví hacia ellos, y exclamé, tendiéndoles la mano:

¡Rube! ¡Garey!

¡Bravo! Ya ha vuelto en sí. Esto marcha; mas, por lo pronto, no se mueva, y recobrará las fuerzas poco a poco.

Tome un traguito de este cordial me dijo Bill con su ruda bondad, dándome una calabaza que me llevé a los labios.

Era aguardiente del Paso, que me aplacó inmediatamente los nervios, y me produjo grandes deseos de hablar.

Ya va usted reponiéndose, capitán dijo Garey, satisfecho, al parecer, de haber sido conocido.

Sí, mis antiguos camaradas, ya ven cómo no los he olvidado.

Tampoco nosotros. Con frecuencia hemos hablado de usted. Habíamos oído decir que había vuelto a los establecimientos para convertirse en un gran propietario, y hasta que había usted cambiado de nombre...

¿Y importa el nombre? interrumpió Ruben Maldito lo que me importaría cambiar el mío por un pedazo de tierra a orillas del río James.

Capitán prosiguió el más joven, sin hacer caso de la interrupción de su compañero, ninguno de los dos le hemos dado al olvido.

¿Qué había de olvidar? exclamó Ruben. ¡Olvidar al joven que en cierta ocasión tomó al viejo Rube por un grizzly! ¡Cuánto se rió Bill cuando le conté el lance de la cueva! ¡Ahí es nada; confundir al vicio Rube con un oso gris!

Y el antiguo cazador rióse, de muy buena gana, durante un minuto. Después siguió:

De todos modos, fue gracioso el lance. ¿ No te parece, Bill? Lo cierto es que entonces me salvó la pelleja, y soy incapaz de olvidar un servicio.

Creo que me lo ha pagado ya, pues a usted le debo hoy la vida.

Es muy posible que lo hayamos librado de las garras de un oso; pero usted mismo se ha salvado valientemente de otro grizzly. ¡Carambola, y qué bien maneja usted el cuchillo! ¡ No se puede desear más!

Pero, ¿ había dos osos?

Mire, allá hay un par.

El cazador señaló la hoguera, junto a la cual yacían en el suelo los cadáveres de dos osos, desollados ya, y descuartizados en parte.

Yo no he luchado más que con uno.

Era demasiado.

Ha tenido que luchar con bríos, para dar a ese muerte.

¿ Es decir, que lo he muerto?

Sin duda alguna. Cuando nosotros llegamos al campo de batalla, el oso estaba tan muerto como un cerdo salado. Nos pareció, sin embargo, que no se había encontrado usted en mejor estado; lo vimos tan abrazado a la fiera, que no parecía sino que usted

y ella se habían dormido juntos amorosamente. Ya no le quedaba a usted sangre ni para el desayuno de una sanguijuela.

¿Y el otro oso?

Salió de la barranca poco después. Bill había ido a buscar el caballo blanco; yo estaba sentado junto a usted, precisamente en este mismo sitio, cuando vi asomar su hocico. Enseguida agarré mi carabina y le metí una peladilla en el ojo. Ahora escúcheme: no soy médico ni Bíll tampoco; pero conozco algo lo que son heridas y debo aconsejarle que no se mueva ni hable una palabra más por ahora. Tiene usted bastantes rasguños, aunque, por fortuna, no son peligrosos; pero no conserva dos onzas de sangre en él cuerpo, y es preciso que descanse hasta recobrarla. Eche otro traguito, y vámonos de aquí, Bill, dejémosle solo; mientras tanto comeremos carne del oso.

Y, dicho esto, dirígióse a la hoguera seguido de su compañero.

A pesar de mi impaciencia por ver satisfecha mi curiosidad, me fue preciso guardar silencio y permanecer en reposo porque sabía que ninguno de los cazadores respondería por el momento a las preguntas que les dirigiese.

XXV
ANHELO DE VENGANZA

No tardé en dormirme y, durante mucho tiempo, permanecí sumido en un sopor profundo.

Desperté cerca de media noche. La temperatura era bastante fresca; pero advertí que me habían arropado cuidadosamente con mi manta, la cual me preservó del frío.

Encontrábame bastante aliviado: busqué a mis compañeros con la vista, pero advertí que la hoguera estaba apagada, sin duda por temor de que su brillo atrajese a algún merodeador indio. Aunque la luna no brillaba en el espacio, la noche era bastante clara. Esmaltaban el ancho firmamento sus relucientes mundos, y el fulgor de las estrellas me permitía distinguir los contornos de los dos cazadores y de los caballos que pacían tranquilamente. Uno de aquéllos

dormía; el otro, sentado, velaba tan inmóvil como una estatua; pero el fuego que se veía en el hornillo de su pipa atestiguaba su vigilancia. Por débil que fuera el fulgor de los astros, me bastó para darme a conocer a Rube, que era quien vigilaba.

Habría preferido que fuese el otro, pues anhelaba conferenciar con él; pero mi impaciencia no me permitió esperar, y me volví hacia Rube. Como éste estaba sentado muy cerca de mí, le hablé en voz baja para no despertar a Garey.

¿Cómo pudieron ustedes encontrarme? le pregunté.

Siguiéndole la pista.

Entonces, ¿ me seguían desde los establecimientos?

Desde más cerca. Estábamos acampados en el chaparral, y lo vimos a usted persiguiendo al caballo blanco. A la primera ojeada lo conocimos. «Dime, Bill pregunté entonces a mi compañero, ¿no es ese el joven que me tomó en cierta ocasión por un oso?» « Si, él es», me contestó Bill; y en aquel momento tropezamos con un mejicano que había servido a usted de guía e iba buscándole. Nos contó que una señora le había encargado que se apoderara usted del caballo blanco... «¡Váyanse al diablo las

mujeres! dije entonces a mi compañero. ¿No es verdad, Bill? »

Al oír esta pregunta, Garey, que no hacia más que dormitar, respondió con un gruñido de asentimiento.

Pues bien prosiguió Rube, viendo que había una mujer de por medio, dije a Bill: «ese joven no se detendrá hasta que se apodere del caballo blanco o pierda su rastro. » Sabía que iba usted bien montado, pero sabía también que perseguía al mejor corredor de todas las praderas. Entonces le consideramos perdido, porque veíamos al caballo blanco dirigirse hacia la gran pradera. No es decir que ésta sea la mayor que hay en el mundo, pero, de todos modos, es un desierto donde cualquiera puede extraviarse. Los gaznápiros que le acompañaban a usted habían retrocedido, y Bill y yo montamos en nuestros jacos, y corrimos detrás de usted. Al salir a la pradera no le vimos; pero encontramos su pista. La noche nos sorprendió antes de llegar a la mitad del camino, y tuvimos que hacer alto hasta la salida del sol. Por la mañana la pista estaba casi borrada, y necesitamos mucho tiempo para llegar a la barranca. «¡Calla! me dijo Bill El caballo ha saltado por aquí, y éstas son las huellas del joven, que llegan

hasta el fondo del precipicio.» Ya íbamos a bajar a él, cuando divisamos a lo lejos el caballo de usted, que corría por la llanura sin silla ni brida. Corrimos en su persecución, y cuando creíamos alcanzarlo, vimos en el suelo a usted y al grizzly, tendidos uno encima de otro y tan tranquilos como un par de lirones. *Moro* relinchaba y gritaba como un gato salvaje metido en un armario. Al pronto creímos que habla usted muerto; pero, fijándonos más, conocimos que sólo estaba desmayado y que el oso habla dejado de existir. Naturalmente, nos pusimos a cuidarle, hasta que recobró usted el conocimiento.

Pero, ¿ y el caballo? ¿ y el caballo blanco?

Bill fue quien se apoderó de él en la barranca, un poco más lejos, por haberle interceptado el paso unas grandes peñas; ya lo sabíamos nosotros, pues hemos estado en este sitio más de una vez. Sabíamos que no podría escalar las peñas, y Bill lo persiguió, lo encontró en una roca saliente a la que había trepado para resguardarse del torrente, le echó el lazo y le hizo subir hasta aquí. Ahora, ya sabe usted toda la historia de lo sucedido. Pero el caballo es suyo, capitán añadió Garey incorporándose, si se digna aceptarlo.

Gracias, amigos míos, gracias, no sólo por este obsequio, sino por haberme salvado la vida. A no ser por ustedes, aquí hubiera perecido. De nuevo les doy las gracias, queridos amigos.

Todo estaba ya para mí perfectamente claro; pero yo deseaba hablar con Garey.

Interrogándoles supe que los dos cazadores estaban dispuestos a tomar parte en la guerra de nuestros compatriotas contra el enemigo. A causa de haber sido maltratados por los soldados mejicanos de una avanzada de la frontera, ambos se habían vuelto encarnizados enemigos de Méjico, y Rube decía que no estaría satisfecho hasta matar una veintena de aquellos demonios de pellejo amarillo». La guerra que acababa de estallar les proporcionaba la ocasión deseada, y, a la sazón, se disponían a llevar a cabo su propósito.

No dejó de sorprenderme algún tanto aquel odio a los mejicanos, que antes no sentían, y me informé más particularmente de la clase de los malos tratos que habían sufrido. Me refirieron detalladamente el suceso que les había ocurrido en una de las ciudades fronterizas de Méjico, en la que, por una causa insignificante, los dos cazadores fueron arrestados y azotados.

Sí murmuró Rube entre dientes con ira reconcentrada, sí, ¡azotados! ¡un montañés recibir latigazos de un mejicano!... No hablemos de eso, no hablemos de eso; pero, ¡voto a bríos! ... este negro no saldrá de Méjico sin haber dado muerte a un soldado por cada correazo: ¡ y me aplicaron veinte! ...

Y yo también exclamó Garey con la misma vehemencia, yo también hago ese juramento.

Sí, Billy, sí; estoy seguro de que completaremos la cuenta. Por lo pronto ya tenemos dos: mire usted, capitán.

Y, dicho esto, acercóme su carabina a los ojos, señalándome un sitio particular de la culata, en el que había dos señales recién hechas en la madera. Demasiado comprendía yo que aquello significaba la muerte de dos mejicanos, caídos bajo las balas del cazador; pero éstos no habían sido sus únicas víctimas.

Advierta usted, joven repuso Rube conociendo que aquel examen no me había agradado mucho, que no se nos debe considerar como fieras, pues, aunque nos han maltratado horriblemente, no somos capaces de vengarnos en las mujeres o en los niños como los indios, ni aun en los hombres, como no sean soldados. No tenemos ojeriza a los esclavos

de los tiranos mejicanos, pues jamás nos causaron mal alguno. Acabamos de hacer una expedición con los pieles rojas Iutaws hacia los establecimientos del Norte, y allí hicimos estas primeras señales; pero ni Bill ni yo tocamos siquiera un dedo de ninguna mujer ni niño, y si nos hemos separado de los indios, ha sido porque ellos no obraban del mismo modo. Ahora vamos a batirnos como se debe entre los blancos y cristianos, y por esa razón hemos venido.

Me satisfizo oír a Rube expresarse en aquellos términos y así se lo manifesté. Por *indianizado* que estuviese el viejo cazador, a pesar de su carácter salvaje y de su indiferencia hacia toda emoción ordinaria, aun quedaba en su alma una fibra de humanidad. En más de una ocasión había observado en él, efectivamente, singulares síntomas de sentimientos delicados; y hallándose colocado en circunstancias excepcionales, no debía juzgársele lo mismo que a los hombres completamente civilizados.

Entonces dije después de una corta pausa, tendrán ustedes intención de alistarse en un cuerpo de guerrilleros, ¿ no es así?

Sí respondió Garey, y en la compañía de usted, capitán; pero Rube no querrá.

No, no exclamó el aludido con vehemencia, no quiero alistarme en una compañía. El cazador no se bate sino por cuenta propia. Ya sabe que toda mi vida he sido libre, y no conozco la profesión de soldado. 0 mucho me equivoco, o debe haber ordenanzas militares que no me acomode seguir, y, por lo tanto, prefiero la guerra a mi modo. Nosotros sabemos guardarnos a nosotros mismos. ¿ Qué dices a eso, Bill?

Opino de la misma manera replicó Garey con tono meloso; pero, mi buen Rube, creo que sería mejor proceder con regularidad, sobre todo yendo con el señor capitán, que nos haría el servicio militar lo más llevadero posible. ¿ No es así, capitán?

La disciplina de mi cuerpo es de las más suaves; somos guerrilleros; nuestro servicio difiere mucho del de las tropas regulares, de suerte que...

De todos modos interrumpió Rube, necesito batirme como siempre lo he hecho; ir y venir libremente por donde se me antoje. No quiero tener ninguna obligación incompatible con mi carácter, y acabaría desertando.

Pero alistándose repliqué, tendrían derecho a una paga y a raciones regulares, mientras que...

¡Váyanse al diablo las pagas y las raciones! exclamó el viejo cazador, golpeando el suelo con la culata de su carabina. Si me bato es por satisfacer mi sed de venganza.

Dijo esto con tanta energía y resolución que no admitía réplica, por lo cual me batí en retirada.

Escuche usted, capitán añadió Rube más tranquilamente. Aunque no deseo formar parte de su compañía, quisiera pedir a usted un favor, y es que me permita continuar a su lado con Bill, y seguirle a donde conduzca a su gente. No necesitaré recurrir a sus raciones, porque en Méjico habrá bastante caza, y, en caso de que no la hubiera, entonces... entonces nos comeríamos un mejicano. ¿ Te agrada, Bill?

Garey sabía que aquello sólo era una broma de Rube, y respondió con una sonrisa afirmativa; pero agregando que preferiría comer cualquier otra cosa.

¡Bah! No hay que ocuparse en ello prosiguió Rube no nos moriremos de hambre. Conque, si usted nos permite que le acompañemos en estas condiciones, tendrá a su disposición dos famosas carabinas que no retrocederán ante el fuego enemigo; puede estar seguro de ello.

Basta; vengan ustedes en la forma que les agrade. Los veré con gusto a mi lado, sin que hayan de sujetarse a ninguna clase de servicio.

¡Bravo! Sea enhorabuena. Ea, Bill; besemos nuevamente la calabaza a la salud de la bandera de las rayas y las estrellas. ¡Viva Tejas!

XXVI
INCENDIO DE LA PRADERA

Mi restablecimiento fue rápido. Mis heridas, aunque profundas, no eran peligrosas, y como sólo eran lesiones externas, se cerraron pronto merced a la influencia cauterizadora de la *lechuguilla.* A pesar de la rudeza de mis médicos, es indudable que no pude haber caído en mejores manos para la curación de dolencias de aquella índole. El viejo Rube, especialmente, conocía al dedillo la farmacopea de las praderas, y, al aplicar a mis heridas la savia de una especie de pita que crecía entre las peñas de la barranca, demostró sus conocimientos, devolviéndome en breve las perdidas fuerzas. Garey, por su parte, se encargó de proporcionarnos víveres con su carabina, y, gracias a él, no carecimos de buenos bocados.

A los tres días, encontrándome bastante fuerte para montar a caballo, nos pusimos los tres en marcha, llevándonos nuestra presa, el arrogante caballo blanco de los llanos, siempre arisco, siempre salvaje. Para impedir que se escapara, los cazadores lo conducían atado a sus sillas a derecha e izquierda por medio de un lazo.

El cielo tenía un color gris plomizo; el sol no dejaba ver su disco de oro, y, como nos faltaba este guía, mis compañeros recurrieron a una brújula de su invención, para orientarnos en el camino.

Plantaron una gran estaca en el suelo y a su punta sujetaron un pedazo de piel de oso, que, merced al largo pelo que tenía aún, podía divisarse a más de una milla de distancia. Determinada ya por este procedimiento la dirección que debíamos seguir, plantaron a algunos centenares de la primera otra estaca con su correspondiente trozo de piel de oso. Entonces, volviendo la espalda a aquellos postes indicadores, cabalgamos confiadamente, aliñando atrás de vez en cuando para ver si nos manteníamos en la línea deseada. Este era un expediente muy ingenioso, aunque no me sorprendió porque había visto numerosas pruebas de la destreza e inteligencia de los cazadores.

Cuando los pingajos negros que colgaban de las estacas estuvieron a punto de desaparecer en lontananza, clavamos otras dos estacas, análogas a las primeras, y estos nuevos jalones aseguraron nuestra dirección en otra etapa, y así sucesivamente hasta que recorrimos seis millas.

Al fin, llegamos a la vista de un terreno poblado de árboles, situado frente a nosotros, pero que, aparentemente al menos, distaba aún cinco millas, y hacia él guiamos nuestros caballos. Al mediodía nos internamos en él. No era un bosque espeso, sino una serie de grupos de arbustos, alamedas y cañadas herbosas. Había allí muchos sitios amenos; pero, como faltaba el agua, aunque yo me encontraba fatigado, proseguimos adelante.

Después de andar otra milla al través de los bosques, salimos por el lindero de una pradera de considerable extensión, muy diferente de la que dejábamos atrás. Estaba cubierta de plantas floridas, como heliantos, malvas, alteas, hibiscos y otras, sumamente apiñadas y a menudo entrelazadas unas con otras.

A la sazón no se divisaba en ella ni una flor; todas se habían abierto, marchitado y deshojado al fin, sin que la mirada del hombre las hubiera quizá contem-

plado, y sus tallos, agostados, abrasados por un sol ardiente, ofrecían un aspecto negruzco y macilento.

Llegamos a las márgenes de un riachuelo, y, aunque la distancia recorrida no era mucha, mis compañeros, temerosos de que el cansancio me produjera fiebre, propusieron acampar en aquel sitio, y aplazar para el día siguiente la continuación del viaje.

Me sentía con fuerzas para ir más lejos; pero no opuse ninguna objeción, y desensillamos los caballos atándolos cerca del arroyo. Deslizábase éste por el fondo de una cañada alfombrada de musgo, en la que plantamos la estaca donde atamos nuestras cabalgaduras; pero en el punto más elevado del terreno vimos un sitio más cómodo, y en él acampamos, a la sombra de una gran itaiba, cerca de la dilatada pradera. Allí trasladamos las sillas, bridas y mantas, después de lo cual recogimos un buen montón de ramas secas para encender lumbre.

Habíamos apagado nuestra sed y la de los caballos; pero teníamos hambre, porque la carne ahumada del oso gris empezaba a repugnarnos. Por fortuna, Garey llevaba siempre encima anzuelos y sedales, y me propuso una partida de pesca en el arroyo que cerca de allí estaba. Poco después tenía cebados sus anzuelos, nos sentamos a la orilla del agua, y es-

peramos pacientemente que un pez se dignara morder.

Rube no era muy aficionado a la pesca, y se quedó mirándonos un rato, pero sin interesarse en nuestra empresa.

¡Váyanse al diablo los peces! exclamó al fin. Prefiero una talada de gamo a todos los pescados de Tejas. Voy a ver si levanto alguna caza.

Y, echándose la carabina al hombro, alejóse río arriba, no tardando en desaparecer. Garey y yo continuamos cebando los anzuelos, pero sin gran resultado.

Acabábamos de pescar un par de peces, cuando resonó en nuestros oídos el disparo de la carabina de Rube. Al parecer procedía de la pradera, y hacia allí nos encaminamos presurosos. Sin duda era Rube el que divisamos a lo lejos, casi a media milla del campamento, aunque a causa de la altura de las matas sólo se le veían los hombros y la cabeza. Al ver que se bajaba de vez en cuando, presumimos que se inclinaba para desollar o descuartizar la caza; pero no podíamos saber qué clase de pieza había muerto por interceptarnos la vista los altos tallos de las plantas.

Debe ser un gamo dijo Garey; hace ya muchos años que los búfalos no bajan tanto hacia el

Sur, aun cuando he matado algunos cerca del Río Grande.

Sin decir más, regresamos al riachuelo y nos pusimos nuevamente a pescar. Estábamos seguros de que Rube no necesitaría el auxilio de nadie, y de que en caso contrarío habría hecho alguna señal para darnos aviso. Esperábamos verle regresar pronto al campamento con sus provisiones de caza.

De pronto percibimos un chasquido particular que nos hizo volver rápidamente la vista hacia la pradera.

Lo que vimos nos estremeció, y nos pusimos en pie de un salto. Los caballos se encabritaban ya, tirando de sus lazos y lanzando relinchos de terror, especialmente la yegua de Rube. La causa de este espanto estaba bien de manifiesto.

El viento había sin duda llevado algunas chispas de nuestra hoguera en dirección de los tallos secos de la llanura, y la pradera de altas hierbas estaba ardiendo.

Aunque asustados por aquella súbita conflagración, no era esto lo más temible. La cañada en que nos encontrábamos estaba alfombrada de un musgo corto, no siendo, por consiguiente, probable que el incendio llegase hasta ella, y aun en este caso nos ha-

bríamos librado de las llamas con facilidad. Una pradera incendiada no es muy peligrosa cuando su hierba es corta y ligera, pues se puede cruzar por entre las llamas, sin más riesgo que socarrarse los cabellos o sufrir una sofocación causada por el humo; pero en una llanura cubierta de compacta y vigorosa vegetación, se corre gran peligro de morir quemado. Estábamos, pues, tranquilos por nosotros; pero muy alarmados por nuestro compañero de viaje.

Cuando poco antes le hablamos visto se encontraba a media milla de distancia, entre las malezas y a pie como nosotros. Habría cometido una locura si hubiera tratado de huir hacia el extremo opuesto de la pradera que lo menos distaba tres millas; aun yendo a caballo, le habrían alcanzado las llamas, porque le hubiera sido imposible abrirse paso al través de aquellas grandes matas, enlazadas como estaban por lianas y otras plantas rastreras, cuyo enmarañamiento habría impedido avanzar al caballo más vigoroso.

La única probabilidad que tenía de salvarse consistía en volver por el lado más inmediato, pero para esto necesitaba ir directamente contra las llamas, y, de no haber huido antes que el incendio estallara con toda su fuerza, debió encontrarse con la retirada

cortada en esta dirección. Las hierbas secas ardían como la yesca; las llamas, impelidas por el fuerte viento, parecían lanzar ante sí de vez en cuando lenguas de un vivísimo color rojo que lamían los agostados tallos, enroscándose en ellos como sierpes y consumiéndolos casi con la rapidez del relámpago.

Garey y yo corrimos hacia la pradera llenos de tristes presentimientos. Al llegar a lo alto de la cuesta, y a más de doscientas yardas de la itaiba, el fuego se había extendido extraordinariamente y se acercaba al sitio a que acabábamos de llegar,

Apenas echamos una ojeada a lo lejos, cuando el incendio, silbando y chisporroteando, precipitaba su manto abrasador frente a nosotros, y nos ocultaba la pradera, interceptándola con su muralla de llamas; pero aquella rápida ojeada nos bastó para apreciar la magnitud del desastre, y el terrible espectáculo que presenciamos llenó nuestros corazones de tristeza y desaliento. Entonces comprendimos la situación del desdichado Rube, expuesto a una muerte cierta.

Permanecía aún en el mismo sitio en que le habíamos visto últimamente, y no había hecho al parecer ninguna tentativa para escapar; probablemente conocería que toda tentativa era inútil. Sin duda, pensó que lo mismo era morir en el sitio en que se

encontraba que ser devorado por las lenguas de fuego cuando tratara de evitarlas.

¡ Aquel pobre viejo a las puertas de la eternidad era un espectáculo horrible! Aun recuerdo su feroz aspecto cuando la roja llama del incendio, rodando entre nosotros y él, ocultóle a nuestra vista. Un solo momento lo divisamos: únicamente sobresalían su cabeza y sus hombros de las altas hierbas abrasadas. No gritó ni hizo ademán alguno; pero, a pesar de la distancia, creí ver en sus ojos una mirada de desesperación horrible.

No había esperanza. ¡El viejo cazador debía morir!

XXVII
RUBE ASADO VIVO

Garey y yo permanecimos inmóviles, silenciosos y estupefactos. Una horrible angustia laceraba nuestros corazones. Volví a mi compañero los ojos, y vi que tenía la mirada fija en el mismo punto, como si hubiera querido atravesar con ella la muralla de fuego que se alejaba más y más de nosotros para aproximarse a Rube. La expresión de aquella mirada era horrible; una sola lágrima la enturbiaba, lágrima que se deslizaba por la bronceada mejilla de Garey, poco acostumbrada a sentir semejante rocío. El ancho pecho del joven cazador levantábase a breves intervalos, pudiendo conocerse que estaba a punto de faltarle el aliento; escuchaba, escuchaba sin que nada le distrajera, esperando sin duda percibir a cada mo-

mento el grito de muerte de su viejo camarada, de su amigo.

Ningún lamento humano llegó hasta nosotros, que nos revelase la crisis suprema. Si resonó, no lo oímos; bien es verdad que era imposible, porque el sonido se hubiera perdido entre el mugido de las llamas y el chasquido de los tallos huecos, que estallaban con el estruendo de un fuego graneado de fusilería. Ningún fúnebre lamento llegó, pues, a nuestros oídos, y sin embargo, experimentamos una especie de satisfacción cuando creímos que el drama había llegado a su desenlace: el infortunado cazador se había quemado vivo.

Las llamas habían pasado ya del sitio en que nuestro amigo había sido visto por última vez, e iban mucho más allá, dejando en pos suyo el terreno carbonizado y ennegrecido. Aunque el humo nos impedía ver la llanura, sabíamos que el momento fatal había pasado, que la desgraciada víctima había sucumbido, y que no nos quedaba que hacer sino buscar sus huesos entre las calientes cenizas.

Garey no se había movido hasta entonces, permaneciendo silencioso y derecho corno una estatua; pero no era la esperanza la que así lo tenía, pues desde el primer momento comprendió que el peligro

era inevitable, sino una especie de parálisis producida por la desesperación. Cuando se persuadió de la muerte de su amigo, sus músculos, rígidos tanto tiempo, se aflojaron bruscamente; dejó caer los brazos inertes a lo largo del cuerpo; por sus atezadas mejillas rodaron copiosas lágrimas, inclinó tristemente la cabeza, y con voz enronquecida, exclamó:

¡Dios mío! ¡Todo ha concluido ya! ¡Hemos presenciado los últimos momentos del pobre Rube!

Mi pena, sin ser tan aguda como la de mi compañero, era, sin embargo, muy violenta; hacía mucho tiempo que conocía al viejo cazador; había corrido con él peligros que ligan los corazones más estrechamente que todas las frases aduladoras del mundo.

Admiré, en más de una ocasión, su levantado ánimo y sabía que, a pesar de su hosco humor y de su carácter particular, y aun a pesar de sus crímenes, su corazón, extraviado al principio por una mala educación, y pervertido más tarde por la influencia de las malas compañías, no estaba exento de virtudes, por lo cual sentía cierta amistosa inclinación hacia aquel hombre.

Entre Garey y él reinaba una estrecha amistad. Compañeros inseparables durante muchos años, participando de las mismas privaciones, de iguales

peligros, y hasta de idénticas costumbres e ideas, por más que fuesen algo diferentes en inclinaciones, edad y carácter, eran tan amigos como es posible ser. ¿ No era, por consiguiente, extraño que se trasluciese un sentimiento de angustia inefable en la mirada que el joven cazador dirigía a la ennegrecida superficie de aquella fatal llanura?

No supe qué responder a su exclamación de pesadumbre. Tampoco podía consolarlo, pues yo estaba tan necesitado de consuelo como él; mi silencio le decía que comprendía la significación de su triste queja.

Al poco rato añadió con acento tembloroso y conmovido:

Ea, capitán. Aunque lloremos como dos indias viejas, no podemos remediar nada.

Y con su ancha mano enjugábase las lágrimas, volviendo el rostro como si se avergonzara de derramarlas.

Ya ha concluido todo. Vamos a buscar sus huesos para darles sepultura. Venga usted conmigo.

Montamos a caballo, y nos dirigimos al lugar asolado por el incendio. Los pobres animales, al sentir el calor de los humeantes restos**,** se encabritaban y sacudían con las patas1as cenizas bajo las cuales

manteníase aún el fuego oculto. Los ojos nos escocían al contacto del humo, que nos impedía ver a dos pasos de distancia, a pesar de lo cual nos encaminamos como pudimos al sitio donde había desaparecido el cazador, y donde esperábamos encontrar sus huesos.

Cuando llegamos, tropezaron nuestras miradas con una masa negruzca que nos pareció más voluminosa que un cuerpo humano. Después de un detenido examen, comprendimos que aquel bulto informe era el cadáver de un búfalo. Sin duda era la caza muerta por Rube, y allí yacía tal como debió caer, de pecho contra el suelo, las patas separadas en toda su anchura y las espaldillas levantadas. El desdichado cazador casi había acabado de desollar el animal, pues la piel, separada a lo largo de la espina dorsal, estaba desprendida de los costados.

Allí no estaban los restos mortales del cazador. El humo se había disipado bastante para permitir examinar el terreno en torno nuestro, como lo hicimos, y sólo encontramos el estómago y los intestinos del búfalo, negros y medio consumidos.

Seguimos con la vista las llamas que continuaban haciendo estragos en lontananza. No era probable que Rube hubiera salido de la pradera, pues apenas

le habría sido posible avanzar un centenar de pasos sin que le alcanzase y envolviese el incendio.

Probablemente, sus huesos estarían consumidos por completo, calcinados y reducidos a cenizas. Era la única hipótesis que explicaba la desaparición de los restos de nuestro amigo.

Permanecimos algún tiempo a caballo dominados por extrañas emociones, pero explorando en silencio la llanura en todas direcciones con la mirada, porque el humo se había ya disipado. En las praderas de altas hierbas no hay musgo, y los tallos secos y largos habían ardido con la rapidez con que se propaga el incendio en un campo de lino, así es que podíamos ver claramente toda la superficie de la llanura circundante; pero nada, nada que se asemejara a restos humanos pudimos encontrar.

¡Nada! exclamó Garey ¡ Pobre viejo Rube! ¡Esas malditas hierbas lo habrán reducido a cenizas! Ya no queda de él ni siquiera para llenar una pipa.

Eso no es cierto replicó una voz que nos hizo dar un salto en la silla, como si el espectro de Rube nos dirigiese la palabra ¡Eso no es cierto! repitió la misma voz que parecía salir de tierra a nuestros pies Aun queda lo bastante del viejo

Rube para llenar la panza de este búfalo, y, ¡por el valle de Josafat, en el cual creen que me encuentro, nadie puede estar muy a sus anchas aquí! ¡Uf! Me ahogo. Dame la mano, Bill, y sácame de esta trampa.

Nos quedamos atónitos al ver que una mano, aun invisible, levantaba de pronto la piel colgante del búfalo, y que por una abertura practicada en el costado del animal asomaba una cara inconfundible. Había algo tan cómico en aquella aparición, que nos hizo prorrumpir a Garey y a mí en una sonora carcajada. El joven cazador tendíase en su silla, y su ruidosa hilaridad y vociferaciones salvajes espantaron a los caballos que empezaron a caracolear como si esperaran el ataque de los pieles rojas.

Al principio sorprendí una sonrisa significativa en la comisura de los delgados labios de Rube; pero aquel alegre síntoma desapareció, cuando las carcajadas de Bill le hicieron perder la paciencia.

¡Vete al diablo con tu risa! exclamó al fin. ¡Vamos, Bill, dame la mano: ayúdame, o me tendrás que sacar cocido! Este condenado escondite es sumamente pequeño. Vamos, hombre, apresúrate con mil demonios; creo que estoy medio asado.

Garey se apeó de un salto, y tirando de su compañero por un brazo, lo sacó de su singular refugio.

El aspecto del viejo cazador, encendido, humeante como un asado y chorreando grasa por todo su cuerpo, era tan, ridículo que nuevamente nos provocó la risa.

Cuando Rube vióse, al fin, libre de su incómoda situación, sin hacer caso de nuestro buen humor, se inclinó al suelo y sacó su larga carabina de debajo de la piel, donde la había puesto a buen recaudo, y después de examinar el arma para cerciorarse de que no se le había estropeado, la dejó cuidadosamente entre los cuernos del búfalo. Después sacó un cuchillo de su cinturón y empezó con toda tranquilidad a descuartizar el rumiante, como si esta operación no hubiera sido interrumpida.

Calmado un tanto nuestro regocijo, quisimos saber los detalles de la extraña aventura de Rube, y le interrogamos.

Mucho tiempo antes repuso, después de haberse hecho rogar un poco de que les salieran a ustedes dientes bastantes para pensar en perseguir a los osos grises o a los indios, y ha llovido mucho desde entonces, me vi en cierta ocasión a dos dedos de morir asado en la pradera como ahora acaba de ocurrirme. Comprendo que era muy natural que usted, capitán, me tomara por un bobo, puesto que en

otro tiempo me confundió con un oso; pero tú, Bill Garey, debías conocerme mejor, ya que me has tratado tanto. Pues bien prosiguió Rube después de echar un trago de aguardiente, cuando vi que ardían las matas, comprendí que no podía fiar la salvación a mis piernas. Si hubiera visto el fuego desde el principio, tal vez hubiera echado a correr; pero, ocupado como estaba en descuartizar ese animal, y con la cabeza baja, no advertí nada hasta que oí el chisporroteo, y, naturalmente, entonces ya era imposible escapar. Así lo comprendí desde luego. No diré que no he tenido miedo; por lo contrario, ha sido de padre y muy señor mío pues por un momento me consideré completamente perdido; pero entonces reparé en el búfalo, a quien tenía ya medio desollado, y se me ocurrió agazaparme debajo de él, cubriéndome con su piel. Como no podía taparme a mi gusto, ideé otra cosa mejor; vaciar el animal, y meterme en el hueco. Puedo asegurarles que no empleé mucho tiempo en hacer una abertura en los costados del cuadrúpedo y en sacarle los intestinos, después de lo cual me apresuré a rellenarlo con mi persona. El incendio avanzaba rápidamente, y puedo decir que he visto la muerte a dos dedos de mis narices, pues precisamente en el momento de ocultarme de-

bajo de esa soberbia colcha, la llama llegó rugiendo a mí alrededor, y me tostó las orejas. Miren. ¡ Ja, ja, ja!

Garey y yo hicimos coro a Rube, riéndonos de lo que ambos sabíamos que era una de sus bromas favoritas; pero el viejo cazador prolongó tanto el gruñido que le servía de risa, que no pudimos moderar nuestra impaciencia por conocer el fin de la aventura.

Y, al fin, ¿ cómo acabó? preguntóle Bill.

¡Oh! repuso el interpelado. El camino que ha seguido el incendio está asegurado de serpientes. Aquello mugía, chillaba, chirriaba y silbaba, y las hierbas crujían como si recibieran millares de latigazos. He estado muy expuesto a ahogarme de humo; pero conseguí bajar la piel del búfalo, y esto me ha resguardado, aunque estuve a punto de sofocarme antes de sujetarla. Luego, he permanecido inmóvil en mi escondite hasta que les he oído, y he comprendido que el peligro había pasado.

Rube terminó su relato con su exclamación habitual y, enseguida, púsose a descuartizar el búfalo que estaba ya casi asado. Le ayudamos en su tarea, y regresamos después al campamento llevándonos los mejores bocados del cuadrúpedo. Gracias a nuestra pesca, y a las chuletas asadas, así como a la lengua y

a los huesos con medula del pobre animal, aquella noche la pasamos muy bien, quedando agradecidos a la pradera por su hospitalidad.

XXVIII
LA MESA

Al siguiente día, después de haber almorzado carne de búfalo, que rociamos con una taza de agua fresca sacada del arroyo, montamos a caballo y nos dirigimos hacia un alto cerro que a lo último de la llanura se veía. Era como un faro perfectamente conocido de mis compañeros; se encontraba a nuestro paso, y diez millas más allá estaba el término de nuestras fatigas.

Efectivamente, aquel cerro era visible desde la ranchería, en los días espléndidos y luminosos. Habiéndome llamado hacía tiempo la atención aquella eminencia que divisaba desde el terrado de la casa del alcalde, más de una vez me propuse llegar hasta ella; pero las circunstancias me habían impedido siempre ejecutar mi proyecto. Tenía el aspecto de un

inmenso cofre empotrado en la pradera; desde lejos sus vertientes parecían enteramente verticales, y su cima tan horizontal como el llano que la circundaba, lo mismo que el *cofre* que corona la montaña de Perote.

Al acercarnos, distinguí una zona obscura, a modo de parapeto, a lo largo de su cresta, poblada de espesa arboleda: aquella zona era claramente perceptible por su contraste con las laderas perpendiculares blancas como 1a nieve. Era una de esas formaciones llamadas en España *mesas.*

Mi curiosidad iba en aumento, a medida que nos acercábamos a aquella singular eminencia. Había visto otras mesas junto al Missouri, en el país de los navajos, al oeste de las montañas Pedregosas, y a lo largo del Llano Estacado; pero la que a la sazón contemplábamos tenía un carácter original, a causa de su forma regular, y de la superficie lisa y brillante de sus encarpaduras. Además, su completo aislamiento contribuía a aumentar el efecto que producía, porque apenas se distinguían en lontananza las montañas por entre las cuales circula el Río Grande.

Después, al alejarnos, advertimos ciertas modificaciones en aquel cerro: su forma cuadrada, como la de un arca, que nos pareció menos definida; lige-

ras prominencias que surcaban sus laderas, y acá y allá líneas rectangulares que se cruzaban. La naturaleza no es siempre exacta en su arquitectura.

Sin embargo, no dejaba de ser una formación, singular, tanto más cuanto que su cumbre parecía inaccesible al hombre. Frente a nosotros había una escarpadura de cincuenta yardas, no escalada jamás, según aseguraban mis compañeros, expertos conocedores del territorio. A una milla de la base de la eminencia, el espectáculo cautivaba mi atención, y mis ojos vagaban por los contornos del cerro, en cuya cumbre descollaba una vegetación tan variada como abundante, que me producía extraordinario asombro, y que mis compañeros miraban con indiferencia.

¡Los indios! ¡Por vida del demonio! exclamó de pronto Garey poniendo término a mi contemplación.

¿Los indios? ¿Dónde?...

Estas preguntas salieron casi maquinalmente de mis labios, pero no necesitaba respuesta. La mirada de Garey había guiado la mía, y, siguiendo su dirección, vi una fila de jinetes que desembocaban por la parte posterior de la mesa con dirección a la llanura.

Mis compañeros tiraron de la brida a sus monturas e hicieron alto; yo les imité y permanecimos inmóviles en nuestras sillas, examinando aquella gente. Poco después vimos que eran doce los indios que se encaminaban hacia nosotros. Como se encontraban todavía a una milla de distancia no podíamos distinguir si eran o no pieles rojas, pues la afirmación de Garey no pasaba de ser una conjetura.

Si son pieles rojas agregó Garey, han de ser comanches.

Y si son comanches añadió Rube con tono amenazador, tendremos que habérnoslas con ellos, porque irán sobre el rastro de la guerra. ¡Ea! pasemos revista a las armas.

Seguimos inmediatamente el consejo de Rube, porque todos sabíamos que si los que venían hacia nosotros eran comanches, sería imprescindible luchar con ellos.

Este pueblo belicoso, que con sus tribus aliadas forma la confederación de indios más poderosa que existe en el continente americano, ocupa toda la parte occidental de Tejas, y sus hordas errantes vagan desde el Río Grande al Sur hasta el Arkansas al Norte. Aspiran a la propiedad de la totalidad de las praderas, titulándose sus dueños y señores, aunque

los pawnies, los sioux, los pies negros y otras tribus no menos guerreras les disputen esta soberanía hacia el Norte. Son, desde tiempos remotísimos, los más furibundos enemigos de los colonos tejanos, y el relato de sus incursiones y expediciones vandálicas daría sobrada materia para llenar veinte volúmenes; pero no siempre les eran provechosas estas incursiones, pues las represalias eran a veces mayores que los ataques y los cuerpos francos de la frontera proseguían su obra de venganza.

Los indios comanches habían encontrado en Méjico gente menos resuelta a defender su hogar, y desde medio siglo a aquella parte acostumbraban hacer todos los años una irrupción por las provincias del Nordeste, entregándose a la destrucción y al saqueo, de cuya irrupción volvían casi siempre cargados de despojos, llevando consigo numerosas cabezas de ganado caballar, mular y vacuno, y no pocas mujeres cautivas.

Durante algún tiempo, estos atezados merodeadores habían vivido en paz con los angloamericanos que colonizaban y roturaban los terrenos de Tejas; pero esto sólo había sido un armisticio temporal, pues los colonos viéronse pronto obligados a defenderse de los ataques de los indios. Desde entonces se

perpetuó la guerra; el hombre rojo y el hombre blanco se acometían en toda ocasión. Cuando dos viajeros se encontraban en la pradera, el color de su piel determinaba las relaciones que debían mediar entre ellos, y si resultaban enemigos, lo primero que se les ocurría era matarse el uno al otro.

Si hubiera sido posible que el odio que se profesaban ambas razas se acrecentase, habría producido tal efecto un suceso recientemente ocurrido. Una partida de guerreros comanches había ofrecido sus servicios al general en jefe del ejército americano diciéndole:

Dejadnos combatir a vuestro lado. No os profesamos odio alguno, sino que, por lo contrario, os respetamos porque sois buenos guerreros. Peleamos contra los cobardes mejicanos que nos han arrebatado nuestro territorio. ¡ Nos batimos por Moctezuma!

Estas palabras que circulan por toda la frontera septentrional de Méjico, despiertan un extraño interés, y su significación parece ininteligible.

El general americano rechazó la alianza con los comanches, y el resultado fue la triple guerra que a la sazón asolaba el territorio. Por consiguiente, si los jinetes que se aproximaban eran indios de la tribu

comanche, la previsión de Rube era fundada, por lo cual nos apercibimos para la defensa. Nos apeamos rápidamente, nos parapetamos detrás de nuestros caballos, y esperamos a pie firme que el grupo sospechoso se aproximara.

XXIX
GUERRILLEROS

La maniobra nos invirtió poco tiempo, aunque no teníamos necesidad de apresurarnos tanto, porque los jinetes, que continuaban avanzando, formados de dos en dos, estaban lejos todavía.

Este movimiento nos sorprendió, pues aquélla no era táctica propia de indios; ninguna partida de comanches ha marchado jamás en doble fila. Los jinetes no debían ser, por lo tanto, pieles rojas.

De pronto concebí una ligera esperanza, creyendo que fuera una partida de mis compatriotas que iban a buscarme. Aquél era nuestro orden acostumbrado de marcha; pero aquellas largas lanzas y banderolas ondeantes me descubrieron mi error; en el ejército americano no había lanceros, y, por consiguiente, no podían ser voluntarios.

¡Bah! exclamó Rube después de observarlos atentamente. ¡Que me ahorquen si son indios! Y si lo son, deben haberse comprado barbas y sombreros. Vaya, no son en modo alguno pieles rojas. No añadió levantando la voz, es una banda, de mejicanos.

Tenía razón; pero no podíamos alegrarnos mucho, de este descubrimiento, pues sabíamos que una partida de mejicanos, armados como aquéllos, era una tropa hostil, y hasta de una hostilidad encarnizada. Hacía unas cuantas semanas que en la guerra, aunque reducida a encuentros parciales, se peleaba furiosamente, y el terreno neutral había sido teatro de atroces venganzas y terribles represalias. Campos, haciendas, rancherías y pueblos habían sido talados, saqueados e incendiados sin piedad alguna.

Sin duda alguna, aquélla era una guerrilla de mejicanos destacada como exploradores, o una partida de ladrones, que era casi lo mismo.

El terreno neutral, en que de ordinario operaban las guerrillas, se extendía entre los dos ejércitos; nosotros estábamos bastante lejos de él, y completamente apartados de todo establecimiento. ¿ A qué circunstancia era debido el hecho de que una compañía de lanceros, guerrilleros o ladrones recorriese

las llanuras del desierto? En aquellos sitios no había caza para unos ni para otros; ni tropas americanas a que atacar, ni viajeros a quienes dejar en cueros. Mi propia compañía era la avanzada más distante del centro del ejército en esta dirección, y la ranchería donde acampaba distaba diez millas de la solitaria pradera. La única tropa que podía encontrarse en los alrededores de la mesa era alguna partida de comanches, y los mejicanos no habían de ir allí a buscar guerreros indios.

Aquella gente continuaba avanzando en línea recta, encontrándose ya entre nosotros y la mesa. Al llegar a una milla de la posición que ocupábamos, dieron media vuelta al Oeste, y maniobraron, al parecer, para atacarnos por retaguardia. Este movimiento nos, colocó sobre su flanco, y, destacándose más claramente sus contornos, pudimos entonces observar mejor su indumentaria, armas y equipo. Casi todos llevaban sombreros de anchas alas, chaqueta, cinturón y calzones; sus armas eran lazos, lanzas, carabinas o escopetas, sables y machetes. No formaban un cuerpo de tropas aguerridas, a juzgar por sus trajes y por la irregularidad de sus maniobras, pues cada cual llevaba la lanza como mejor le acomodaba, tendida, apoyada en el estribo o al hombre como un

fusil, y, por consiguiente, eran guerrilleros o salteadores de caminos.

Después de trazar un semicírculo casi completo, conservando siempre la misma distancia, volviéronse repentinamente de frente y se pararon. Su evolución nos preocupó, pues no podíamos adivinar qué se proponían. Su objeto no era cortarnos la retirada, Porque el bosque que habíamos dejado atrás distaba muchas millas; si hubiera estado más cerca, ya haría mucho tiempo que nos habríamos refugiado en él. Por el otro lado estaba la mesa que la última evolución de nuestros adversarios había dejado al descubierto; pero su pared de rocas tampoco nos ofrecía mejor refugio que el campo raso. El enemigo parecía no olvidar esta circunstancia, pues en caso contrario no habría marchado trazando un semicírculo, dejándonos así libre el camino de aquella dirección.

Hasta que se detuvieron, no comprendimos el fin que se proponían pero entonces adivinamos los tres su proyecto: ¡se habían parado precisamente entre nosotros y el sol!

Era una maniobra diestra, digna de guerreros indios, y que nos demostraba su pericia y excelente táctica. Acometiéndonos por aquel lado, tenían una

ventaja decisiva sobre nosotros, porque el resplandor del sol nos impediría fijar bien la puntería.

Mis dos compañeros se encolerizaban viendo la pasada que nos habían jugado tan diestramente; pero, aun cuando hubiésemos adivinado sus intenciones, nos habría sido imposible evitarla.

No tuvimos tiempo para reflexionar, pues, por sus movimientos, conocimos que se aprestaban a cargar sobre nosotros. Uno de ellos, que parecía el jefe y montaba en un caballo mayor que los otros, dirigióles la palabra; corría a lo largo del frente de batalla, hablando en alta voz y gesticulando violentamente, respondiendo los jinetes con vivas atronadores. Esperábamos de un momento a otro que el enemigo nos acometiese.

No nos quedaba otro recurso que luchar o rendirnos, y por mi parte habría preferido saltarme la tapa de los sesos antes de ser su prisionero, pues mi uniforme, a pesar de estar hecho jirones, les hubiera dado a conocer mi categoría, y se habrían apresurado a darme muerte. Mis compañeros sabían también que les aguardaba un triste fin, así es que decidimos vender cara nuestra vida.

No exclamó Rube resueltamente, no debemos rendirnos; hay que morir matando. Verdad

es que la partida es bastante desigual añadió mirando los jinetes, doce contra tres; no nos quedan muchas probabilidades de triunfar; pero, de todos modos, en peligros más graves me he visto y he salvado la pelleja, y tú también Bill. Aunque seamos pocos, dejemos que se acerquen.

Sí respondió Garey perfectamente tranquilo; han hecho bien en no acercarse mucho para entretenerse charlando; pero allí veo una silla a la que desembarazaré del que va en ella tan pronto como pasen de aquellas hierbas.

Y, mientras decía esto, Garey señalaba unas matas de *artemisia* que había a unos doscientos pasos de nosotros en dirección del enemigo.

La charla del viejo cazador, que contrastaba con el reposado acento de su compañero, había concluido de tranquilizarme. Al ver tan numerosos adversarios experimenté cierta zozobra, y la verdad era que no me faltaban motivos para ello, pues eran cuatro para uno; pero, no siendo aquélla la primera vez que luchaba contra enemigos superiores en número, mi inquietud no fue muy duradera.

Sin embargo, la partida no era tan desigual. Como no nos mataran a la primera descarga que nos disparasen, cada uno de nosotros estaba seguro de dar

cuenta de un jinete. Yo confiaba en la bondad de mi arma, y mucho más, si era posible, en la intrepidez de mis aliados, hombres que jamás erraban el tiro. Por consiguiente, no dudaba que, si nos acometían, de los doce enemigos, quedarían solamente nueve en estado de ponerse a tiro de pistola. Garey y yo llevábamos revólver de seis tiros, y Rube estaba provisto de un par de pistolas que prometían llenar bien su cometido.

¡Podemos hacer diez y siete disparos, y además tenemos nuestros cuchillos de caza! exclamó Garey con triunfante ademán, cuando hubimos pasado revista a nuestras armas.

El enemigo no había avanzado un paso todavía; a pesar de sus vivas y de sus vociferaciones, parecía indeciso en empezar el ataque. Su presunto capitán y su segundo seguían corriendo al frente de la línea de guerrilleros, animándolos con sus palabras, y dándoles, sin duda, órdenes para la acometida. Nosotros habíamos *formado el cuadro* con nuestros caballos para resistirlos. Garey, que montaba como un comanche, había domado el caballo blanco de los llanos al que bastaba tirarle del lazo para hacerle obedecer como un cordero. Colocamos los cuatro brutos cabeza con cabeza y grupa con grupa, formando cada uno de

ellos un lado del cuadro, el cual no habría podido romper una carga de caballería, porque para ello se habría necesitado desatar o cortar las bridas y deshacer los nudos de los lazos. Nosotros nos pusimos dentro, vueltos de frente al enemigo, hacia cuyo lado componía nuestra barricada la gran yegua de Garey, de suerte que el enemigo no nos veía sino las cabezas y los pies, y aguardamos tranquilos que los mejicanos nos acometiesen.

XXX
PARLAMENTANDO

Vivas, más entusiastas que los anteriores, llegaron a nuestros oídos, lo que nos hizo suponer que el capitán había terminado su arenga, y que el ataque era ya inminente. En efecto, el jefe, con otros dos o tres, adelantóse a los demás como si tuviera intención de principiar la lucha.

Ahora murmuró Rube con tono breve y resuelto, preparemos las carabinas. Mucha puntería, para aprovechar los disparos, porque el plomo vale aquí tanto como el oro otras veces. ¡Por el valle de Josafat! ¡Ya se preparan a caer sobre nosotros! Dejemos que se aproximen, y luego... luego más de uno no podrá seguir avanzando. ¡Por vida del Sol! Billi prosiguió dirigiéndose a Garey, dispara tú primero si quieres, porque tu carabina tiene más al-

cance; derriba a aquel mozo que monta un caballo color de tierra; yo me encargaré del que va en el mustang gris; y usted, capitán, despache a aquel que se pavonea sobre el caballo bayo. Sé que usted tiene mucha tranquilidad y no dudo que apuntará bien.

Sí, sí respondí vivamente.

En aquel momento llegó a nuestros oídos una voz que gritaba: *¡adelante!,* acompañada de los agudos sonidos del clarín.

¡Adelante! ¡anda! ¡Dios y Guadalupe! gritaron los mejicanos, y todos espolearon sus monturas, avanzando hacia nosotros.

Apenas habían adelantado veinte pasos nuestros, cuando se rompió su línea, porque muchos de los más valientes o de los mejor montados adelantáronse a los demás.

¡A los tres que van a la cabeza! exclamó Rube. ¡A los tres primeros! O mucho me equivoco o no tardarán en dar media vuelta. ¡ Ea, amigos! Mucho ojo, y atención a mi aviso.

Las recomendaciones que nos hacía Rube convirtiéronse pronto en una exclamación de sorpresa. Los guerrilleros habían llegado á galope a una distancia de trescientos pasos; pero, conforme se acercaban, disminuían la velocidad de su marcha hasta quedar

reducida a un paso de andadura más bien que a una carga a rienda suelta. Probablemente cuando vieron relucir los cañones de nuestras carabinas asestados contra ellos, lo pensaron mejor.

Garey esperaba que el que iba al frente pasara de los matorrales, pues suponía que su carabina no tenía mayor alcance. Un segundo más, y habría disparado; pero el jinete, como si su instinto le avisara oportunamente, pareció adivinar el límite exacto dónde empezaba el peligro, y antes de llegar al matorral se detuvo.

Sus camaradas siguieron su ejemplo, y toda la partida hizo alto a menos de trescientas yardas de la boca de nuestros cañones.

¡ Cobardes! gritó Rube con sarcástico acento. ¡Seguid adelante! ¿Por qué os detenéis?

Ignoro si los mejicanos oyeron o no la pregunta de Rube; pero es indudable que obtuvo una respuesta.

¡Amigos! ¡Somos amigos! gritó el jefe de la partida.

¿Amigos, eh? ¡Mala peste os lleve! gritó el cazador que conocía bastante el español para entender lo que nos decían. ¡Valientes amigos! ¿Pretendéis burlaros de nosotros?

Y, mientras decía esto, preparaba su carabina, porque entre los jinetes advertíase cierta inquietud.

¡Largo de ahí! No avancéis, o por todos los diablos del infierno que ha de pesaros. ¡Al primero que se ponga al alcance de mi carabina le expido el pasaporte para el otro mundo! ¡Llévese el demonio a los amigos como vosotros!

El jefe conferenció con su segundo, y al parecer pusiéronse a discutir un nuevo proyecto. Al poco rato el jefe volvió a gritar en español:

Somos amigos; no pretendemos ocasionaros mal alguno, y, en prueba de ello, mandaré a mi gente que se retire, mientras mi teniente habla con uno de vosotros en terreno neutral. ¿Creo que no opondréis reparo alguno a esta proposición?

¿Y a qué viene eso? contestó Garey, que hablaba bien el español. Nosotros no os pedimos, nada. ¿Qué queréis vosotros con todo ese aparato?

Tengo algo que deciros, y en particular a ti contestó el mejicano. Es una cosa que no quisiera que oyeran los demás.

Al decir estas palabras, volvióse, haciendo una expresiva seña a su gente.

Esta declaración nos sorprendió.

Garey no conocía a aquel individuo, según decía; pero también era posible que Garey se equivocase porque le daba el sol en los ojos, y el mejicano tenía casi oculto el rostro por las anchas alas de su sombrero.

Después de una corta deliberación, convinimos en que Garey aceptara la proposición, que en nada podía perjudicarnos, porque nuestro compañero siempre podría reunirse con nosotros antes que le atacaran, y Rube y yo le protegeríamos con nuestras carabinas. Si aquella gente meditaba una traición, no veíamos qué provecho podría sacar de ella.

Aceptóse, pues, la conferencia con las precauciones acostumbradas en casos análogos.

Los guerreros, excepto su jefe y su teniente, debían retirarse a media milla de distancia; el primero permanecería donde estaba, y a la mitad del camino, entre él y nosotros, Bill y el teniente parlamentarían a pie y sin armas.

A una orden del capitán, retrocedieron los guerrilleros; el teniente se apeó, dejó su lanza en el suelo, se desciñó el sable, se quitó las pistolas del cinto, Y. poniéndolas junto a la lanza, se encaminó al punto designado.

Bill nos entregó también sus armas, y salió al encuentro del mejicano.

Un minuto después estaban frente a frente. La conferencia fue breve, sosteniéndola casi exclusivamente el mejicano; Rube y yo vimos que aquel individuo nos designaba frecuentemente con el dedo, como si la conversación versara, sobre nosotros. Luego advertimos que Garey interrumpía bruscamente la arenga, y, dirigiéndose a nosotros, gritó en inglés:

Rube, ¿ qué crees que me propone este tunante?

¡Qué sé yo! contestó Rube, ¿ qué quiere?

Quiere... y Garey levantó la voz rebosando de indignación; quiere que le entreguemos el capitán americano, ofreciéndonos dejarnos en paz si lo hacemos.

Y, al decir esto, el joven cazador prorrumpió en una carcajada desdeñosa.

Mientras Garey se reía en las barbas de su interlocutor, Rube murmuraba por lo bajo:

¡ Pardiez! No deja de ser graciosa la pretensión.

Y, dirigiéndose a su amigo, gritó:

¿Y tú qué le has contestado, Bill?

Nada todavía replicó aquél vivamente; pero allá va mi respuesta.

Y, acto seguido, descargó sobre el rostro del mejicano un puñetazo tan tremendo, que le obligó a medir el suelo con las costillas.

XXXI
DISPARO MORTAL

Al ver el resultado imprevisto de la conferencia, prorrumpieron los mejicanos en un grito de cólera y, sin esperar la orden, corrieron a reunirse con su jefe. Luego, deteniéndose a larga distancia, dispararon sus carabinas y escopetas, pero ninguna de sus balas nos alcanzó.

El teniente, aturdido por el puñetazo, logró levantarse, pero tan trastornado que, en vez de montar a caballo y ponerse al lado de sus camaradas, volvióse hacia nosotros, extendió el brazo y nos amenazó con su puño crispado, acompañando este ademán con frases provocativas. Nosotros sólo oímos un redondo voto, que revelaba su cólera y su deseo de vengarse; pero aquel voto fue la última palabra que sus labios pronunciaron, pues un disparo,

hecho junto a mí, le introdujo una bala en el corazón. El mejicano llevóse vivamente la mano al pecho, y un segundo después caía de bruces, sin hacer ningún nuevo movimiento ni exhalar un gemido.

¡Ya no volverás a hacer semejantes proposiciones, canalla! ¡ Ya tienes bastante! exclamó una voz a mis espaldas.

Es excusado decir que fue Rube quien en tales términos se expresó; aun salía humo del cañón de su carabina, y ya se disponía a cargarla de nuevo, cuando prosiguió lanzando su salvaje grito de guerra:

¡Voto a bríos! Ya les llevamos ventaja: una señal más en la culata de mi carabina. ¡Qué arma tan preciosa! Lo cierto es que no creí alcanzarle, aparte de que el sol me daba de lleno en los ojos; pero ese tunante me puso fuera de mí. A no ser por esto, no me hubiera arriesgado a perder una bala. ¡Eh, amigos, cuidado con los caballos! No tiren hasta que yo cargue: ¡por vida suya, no tiren!

Bueno, Rube, bueno respondió Garey, que, apresurándose a pasar por debajo del vientre de un caballo, habíase metido en el cuadro y se apoderaba de su carabina; no tengas cuidado, viejo mío que te esperamos.

Lo que nos sorprendió fue que dieran tiempo a Rube para que cargara descansadamente su arma, después de lo cual nuestros tres cañones recobraron su amenazadora posición sobre el lomo del caballo de Garey.

Nuestras cuatro cabalgaduras habían permanecido inmóviles; tres de ellas estaban ya familiarizadas con escenas de este género y los disparos no las asustaban, y la cuarta, sujeta a las otras como estaba, veíase obligada a permanecer tranquila.

Todo el furor de nuestros enemigos se redujo a aullidos feroces, manotazos al aire y voces frenéticas.

A la sazón, estaban agrupados alrededor de su jefe sin orden ni concierto. Algunos le instaban al parecer a que diese la orden de ataque; otros se acercaban poco a poco más a nosotros haciendo fuego o blandiendo sus lanzas con aire amenazador; pero todos se abstenían de traspasar el peligroso círculo cuya circunferencia estaba trazada por el alcance probable de nuestras carabinas. En resumen, se manifestaban menos dispuestos a lanzarse sobre nosotros; sin duda la muerte de su camarada les había intimidado.

Casi a la mitad de la distancia que de ellos nos separaba, yacía el cadáver del teniente mejicano, con

su vistoso uniforme. Aquella muerte era para ellos una diminución de fuerza, porque no sólo habían perdido uno de sus jefes, sino uno de sus mejores soldados. Estaban seguros de su muerte; pero ninguno se atrevía a acercarse a él; conocían bien las carabinas tejanas y sabían que estábamos provistos de revólvers, arma cuya terrible nombradía había pasado ya la frontera del Río Grande.

Sin embargo, no todos eran cobardes, y aun los había valientes, como lo demostraban algunos deseando atacarnos enseguida. Por fortuna para nosotros no acababan de ponerse de acuerdo; carecían de un verdadero jefe, pues el que mandaba demostraba tener más prudencia que ardor bélico.

Nosotros los contemplamos tranquilamente y mis compañeros los espiaban como si fueran un rebaño de búfalos. No puedo asegurar que conservara yo la misma sangre fría; pero, de todos modos, aunque me mostrase menos indiferente al aspecto del peligro, imitaba su ejemplo, y sacaba del peligro mismo la resolución necesaria para arrostrarlo. Yo tenía además un motivo particular para confiar, pues, en caso de salir derrotados, me quedaba un recurso con el que no contaban mis compañeros y en el que tal vez no habían pensado: la sin par velocidad de *Moro*.

Habría podido huir desde luego; pero tan cobarde idea no se me ocurrió siquiera; prefería morir a abandonar a los hombres desinteresados que estaban resueltos a defenderme. Les debía la vida, y a la sazón ellos exponían las suyas por mí; así fue que decidí firmemente permanecer a su lado hasta el fin de la jornada y vender mi vida lo más cara posible. Si sucumbían ambos antes que yo, me quedaría el recurso de apelar a la fuga.

La idea de esta contingencia redobló mi valor, y contemplé a nuestros vengativos enemigos con una calma y una sangre fría de que aun hoy me admiro cuando evoco en mi memoria este episodio de mi vida.

Durante el intervalo de quietud en que nos vimos obligados a permanecer, reflexioné en la proposición que había hecho el jefe de la guerrilla respecto a mí persona. Tan enemigos eran los cazadores como yo de aquellos hombres; los tres éramos americanos o tejanos, los tres estábamos en el territorio de Méjico y armados para la lucha. ¿Porqué se conformaban con apoderarse de mí? ¿ Cómo sabían que era yo capitán de voluntarios? Debían tener noticia de ello y sin duda habían ido en busca mía.

De pronto ocurrióseme una idea, una sospecha casi tan vehemente como la certidumbre; a no impedírmelo el sol que me cegaba habría podido descubrir antes el enigma.

Bajé la visera de mi gorra de campaña, cuya sombra aumenté poniéndome las manos sobre los ojos a guisa de pantalla, y contemplé atentamente al jefe de la banda. Las pocas palabras que cruzó con Garey habían despertado ya en mí un vago recuerdo, pareciéndome que aquella voz había sonado antes en mis oídos. Guiado por mis sospechas, observé con mas detención el aspecto y la fisonomía de aquel hombre; por fortuna, tenía la cara vuelta hacia mí, y a pesar de los rayos del sol que me deslumbraban, a pesar de su sombrero de anchas alas caídas, lo conocí: era Rafael Ijurra. Entonces comprendí por qué era yo su presa más codiciada.

Mis sospechas se confirmaron; pero, al primer latido de mi corazón impulsado por esta certidumbre, sucedió otro mucho más penoso... un vago recelo de...

Haciendo un poderoso esfuerzo sobre mí mismo conseguí dominar la emoción que me embargaba...

Los guerrilleros comenzaron, al fin, a moverse; había llegado el momento decisivo.

XXXII
LA LUCHA

A pesar de los movimientos del enemigo, no esperábamos que nos atacase directamente, pues el triste fin de su compañero había amenguado evidentemente su ardor, y tantos gritos y bravatas concluyeron por mitigar su entusiasmo.

Podíamos suponer, por lo tanto, que habían concertado otro plan de ataque, y que iban a ponerlo en práctica.

¡Cobardes! refunfuñaba Rube; no se atreven a volver a la carga. ¡El diablo confunda a los mejicanos! ¡Calla! Ahora preparan otra de sus tretas. ¿Qué te parece, Bill?

¡Pardiez! Opino... replicó Garey que observaba sin pestañear los movimientos del enemigo

opino que van a galopar alrededor de nosotros, y a disparar a la usanza india.

Eso es repuso Rube; no es otra su intención. Ea, ya van a empezar.

Los jinetes, rompiendo el grupo, se habían diseminado por la pradera, permaneciendo unos inmóviles, y corriendo otros, incesantemente. En el momento en que Rube acababa de hablar, vimos que uno de ellos se destacaba del grupo principal y lanzaba su caballo a galope. Hubiera podido creerse que se proponía abandonar el terreno; pero no era este su propósito, porque, a los pocos pasos, hizo describir una curva a su caballo con el evidente objeto de trazar un círculo en torno nuestro. Tan pronto como se hubo separado de sus compañeros unas veinte yardas, salió tras él otro jinete que repitió, la misma operación; luego otro y otro, hasta que nos rodearon cinco como en el centro de un circo. Los seis restantes permanecieron inmóviles.

Observamos que los cinco primeros no llevaban lanzas, sino carabinas, detalle que no nos sorprendió, pues comprendíamos el propósito de nuestros adversarios. Sin embargo, hubiéramos podido temerla más si realmente hubieran sido pieles rojas, porque, en un ataque de este género, el arco, que

despide muchas flechas por minuto, es mucho más temible que la carabina. El hecho de apelar a esta estratagema revelaba que los agresores eran hombres que habían presenciado combates a la india, que eran sin duda alguna merodeadores de frontera consumados, y nos advertía al propio tiempo que nos veríamos en la precisión de defendernos con todo el valor y sagacidad de que el Cielo nos había dotado.

La misión de los cinco hombres destacados consistía en correr en torno nuestro, llegar a tiro de fusil para descargar su carabina y procurar matarnos un caballo, distraernos, en fin, esquivando en lo posible nuestros disparos. Conseguido esto, los otros seis, que estaban tan cerca como se lo permitía el peligro, cargarían sobre nosotros por el lado opuesto, haciendo fuego y utilizando después su lazo con seguridad.

Mis compañeros temían más a esta última arma que a cualquiera otra, y no, les faltaba razón para ello, pues sabían que, una vez descargadas nuestras carabinas, podrían los enemigos valerse del lazo lejos del alcance de nuestras pistolas.

No nos dieron tiempo para reflexionar, pues los jinetes pasaron por delante de nosotros con la rapi-

dez del relámpago, demostrando su práctica en estas lides.

Esta estratagema había empeorado sin duda alguna nuestra situación; pero no por ello nos desalentamos. Instantáneamente modificamos nuestra posición relativa. Dejando de hacer frente los tres al mismo lado, nos pusimos espalda con espalda, vigilando cada cual el arco de círculo que tenía delante.

Los cinco jinetes ejecutaron su maniobra con rapidez, lanzando sus caballos a escape. Después de trazar en torno nuestro dos o tres veces un anchuroso círculo, se fueron acercando poco a poco, disparando después sus carabinas al mismo tiempo. Volvieron de nuevo al grupo principal, cambiaron sus armas por otras, y volvieron hacia nosotros siempre al galope.

Casi todas las balas de la primera descarga pasaron sobre nuestras cabezas; pero una hirió a la yegua de Rube, y el pobre animal se puso a relinchar y a descargar fuertes coces. El daño no era de consideración; pero sí un preliminar de lo que debíamos temer, por lo cual vimos con ansiedad creciente que los jinetes volvían a la carga.

Los cinco que procuraban envolvernos en sus amenazadores círculos eran jinetes inmejorables. Ni

en Arabia ni en los hipódromos de Londres o de París habrían encontrado no ya quien les aventajase, sino siquiera quien les igualase, porque aquellos hombres pasan su vida a caballo. En el momento en que se acercaban a la peligrosa parte del círculo expuesta al fuego de nuestras carabinas, desaparecían detrás del cuerpo de su caballo, no dejando ver más que una bota con su espolón en el hueco de una silla de madera deprimida, o, a lo sumo, una mano asida a la crin del animal. Luego asomaba de pronto una cabeza velada casi inmediatamente por una ligera humareda seguida de la explosión de la carabina, después de la cual el jinete volvía a ocultarse huyendo precipitadamente. Apenas se distinguía entre la humareda el cañón del fusil que brillaba contra la cruz del caballo; pero la dirección del fuego nos revelaba que el jinete había apuntado por encima del cuello de su montura que no cesaba de correr.

Durante todas estas maniobras, nos fue imposible apuntar a ninguno de los cinco jinetes: más fácil nos hubiera sido matar un ave al vuelo. Habríamos podido herir o matarles un caballo; pero esto tenía poca importancia en comparación del riesgo que corríamos descargando nuestras armas, porque no osábamos perder una sola bala empleándola en los ani-

males. Sin embargo, era muy penoso dejarnos fusilar de aquel modo, sin ninguna probabilidad de rechazar la agresión; así era que mis camaradas, a pesar de su ordinaria sangre fría, tascaban el freno con rabia.

En una ocasión, los mejicanos describieron su curva, a rienda suelta y nos hicieron otra descarga, pero entonces con mejor resultado para ellos, pues hirieron a Garey en el hombro y le hicieron a Rube un rasguño en la cara.

¡Bravo! ¡Uf! exclamó el cazador pasándose la mano por la mejilla herida. No son muy torpes. Por poco se me llevan una oreja.

Al decir esto, vio la sangre que brotaba del hombro de Bill, y cambiando repentinamente de expresión, agregó:

¡Por vida de Satanás! ¿Estás herido, Bill?

No es nada respondió Garey; un arañazo ni siquiera me duele.

¿De veras?

De veras.

¡Por vida de Satanás! exclamó Rube más seriamente. Es imposible permanecer aquí. ¿ Qué hacemos, Bill? Habla, muchacho.

¿ Qué hacemos? Caer sobre ellos resueltamente. No nos queda otro recurso.

No conviene replicó Rube moviendo la cabeza con ademán de duda Nuestro joven amigo podría escapar quizá; pero ni tú ni yo saldríamos bien librados del lance.

Pues no hay otro medio de escapar repuso Garey con impaciencia. Vas a montar en el caballo blanco, que es muy vivo, y a dejar tu yegua; o monta en el mío; ya te seguiré. No es posible huir juntos; pero podemos hacer que estos tunantes se diseminen persiguiéndonos separadamente, y atraparlos unos tras otros. Eso será preferible a permanecer aquí dejándonos acribillar a balazos como un búfalo entre un rebaño de carneros.

En aquel momento ocurrióseme una idea.

¿Por qué no nos lanzamos a escape hasta ese cerro escarpado? les pregunté señalando la mesa.

No podrían rodearnos, y, teniendo la roca a nuestras espaldas y los caballos delante, desafiaríamos a esa canalla. No es difícil llegar hasta allí precipitándonos...

Sí, sí; que los demonios me lleven si el capitán no dice, bien exclamó Rube interrumpiéndome; ¡magnífica idea!

Sí, sí añadió Garey. Pues no hay que perder un minuto, porque van a empezar nuevamente su maldito círculo.

Este coloquio no duró más que unos cuantos segundos, pues lo habíamos empezado cuando los cinco tiradores hicieron su segunda descarga y mientras se retiraban a galope para cambiar de fusil. Aun no habían tenido tiempo de volver para descargar sobre nosotros por tercera vez, cuando nos disponíamos a partir, cosa que pudimos hacer tan tranquilamente que sin duda alguna pasóle inadvertida al enemigo, el cual no sospechaba nuestro proyecto. El camino hacia la mesa estaba, por consiguiente, enteramente libre.

¡Animo, Rube gritó Garey ánimo, vejete, y adelante!

¡Sangre fría, Bill! replicó Rube mientras arreglaba la brida del caballo de Garey. No te apresures; tenemos tiempo; estoy seguro; aun no están listos. ¡Ea! continuó dirigiéndose a la yegua, no te quedes atrás: ya volverás al redil, y en todo caso no han de comerte. Vamos, Bill, estoy dispuesto.

Ya era tiempo, porque los mejicanos espoleaban sus caballos para rodearnos otra vez. Sin pararnos a

observarlos más, saltamos sobre los nuestros, y nos lanzamos a galope con dirección a la mesa.

Al volver rápidamente la cabeza, vimos que todos los guerrilleros nos perseguían lanzando gritos furiosos que llegaban a nuestros oídos. Advertimos con gran satisfacción que les sacábamos ventaja; aquella fuga, tan repentina como inesperada, sorprendiéndoles, les había hecho vacilar un momento, y, por nuestra parte, teníamos seguridad de llegar a la mesa antes que nos alcanzaran.

Garey y yo nos hubiéramos puesto pronto lejos del alcance de sus miradas; pero nos hacía perder tiempo el caballo en que iba Rube. Por fortuna para nosotros, la persecución no podía durar mucho, pues, de lo contrario, los mejicanos no hubieran tardado en apoderarse del viejo cazador. Garey y yo íbamos a su lado.

No temas nada, Rube le decía su compañero animándole: no nos separaremos de ti ni una pulgada.

Sí añadí en la excitación del momento; viviremos o moriremos juntos.

¡Bravo, capitán! exclamó Rube en un arranque de brusca gratitud; ¡bravo! Sé que usted es capaz de hacer ese sacrificio y que no me aban-

donará, aunque en otro tiempo le di un chasco, cuando me tomó por un oso. ¡Calla! Me parece que se acercan esos pillastres.

Corríamos directamente hacia la mesa, cuyo escarpado talud elevábase como una descomunal muralla sobre el nivel de la llanura; nos dirigíamos hacia el centro como si esperáramos que se abriese una puerta en la peña, que nos sirviera de refugio. A nuestros oídos llegaban las exclamaciones de asombro y el ruido de los cascos de los caballos del enemigo, y hasta percibíamos algunas expresiones con perfecta claridad.

Pero, ¿a dónde van?

Pretenderán trepar a caballo por las peñas?

¡Bravo, bravo! Van a caer en la trampa.

Y a esto seguían estrepitosos gritos de júbilo suponiendo que nos metíamos voluntariamente en una posición de la que parecía imposible, salir.

Al advertir que emprendíamos la fuga, creyeron que, poseyendo excelentes caballos, nos proponíamos librarnos de ellos apelando a la huida; pero, al ver que no era ésta nuestra intención, empezaron a vociferar de un modo que demostraba su satisfacción, y a medida que nos acercábamos a la mesa, se desplegaban para envolvernos por todas partes. Esta

era, precisamente, la maniobra que habíamos previsto y la que deseábamos que ejecutaran.

Galopamos hasta la misma roca, y, cuando llegamos, nos apeamos de un salto, nos adosamos a ella y pusimos los caballos delante de nosotros. Después, sujetamos las riendas con los dientes, y apuntamos nuestras carabinas al enemigo, dispuestos a dar muerte al primero que se pusiera a nuestro alcance.

XXXIII
EL CABALLO DE RUBE

La actitud defensiva que adoptamos bruscamente produjo un rápido efecto en nuestros perseguidores; que se detuvieron en la pradera, y algunos, que se habían adelantado mucho, retrocedieron a galope.

¡Oh! exclamó Rube, miren, miren, qué cuidado tienen en mantenerse a una distancia respetable.

Enseguida comprendimos la ventaja de esta nueva posición; podíamos hacer frente los tres al lado por donde nos amenazaba el enemigo, y ya no nos inspiraba cuidado alguno su táctica de circunvalación, puesto que nos guardaba las espaldas la mesa que era inaccesible. Sólo teníamos que vigilar el gran arco que Se extendía ante nosotros, el cual no llegaba siquiera a formar un semicírculo, porque nuestro

nuevo refugio era una especie de bahía o de ángulo entrante formado por dos paredes oblicuas de la muralla, que flanqueaban el campo de batalla. Estas paredes avanzaban trescientos pasos próximamente por cada lado, de suerte que nada dominaba nuestra posición.

Hubiera sido imposible elegir lugar más adecuado para mantenerse a la defensiva, y aunque galoparan los guerrilleros en toda la extensión del arco dominado por nuestros fuegos, siempre nos encontrarían dispuestos a enseñarles los dientes.

Los gritos de triunfo de nuestros enemigos degeneraron en exclamaciones de desaliento; pero pronto volvieron a cambiar de tono, prorrumpiendo en nuevos gritos de triunfo que resonaron en todo el campo. Buscamos con la vista la causa de aquel cambio repentino, y vimos con el disgusto consiguiente que acababa de llegarles un refuerzo.

Eran cinco jinetes de refresco, que, sin duda, pertenecían a la misma banda; al parecer salían de detrás de la mesa, del lado de la ranchería.

Cuando los recién llegados estuvieron sobre el terreno, formóse la tropa en dos filas, y se desplegó ante la abertura de la pequeña bahía que nos servía de abrigo. Ejecutaron con rapidez este movimiento,

quedando colocadas seis parejas equidistantes frente a nosotros.

Los tres hombres restantes, entre los cuales se encontraba Ijurra, permanecieron en la misma posición.

Uno de los recién llegados era cierto tunante que me había llamado frecuentemente la atención en la ranchería. Era un hombre de elevada estatura, y, lo que es raro en Méjico, de cabellos rubios. Se le conocía con el apodo de *el Zorro,* sin duda a causa del color de sus cabellos, y según me había informado el alcalde, no era otra cosa que un salteador de caminos. Hay que advertir que *el Zorro* no ocultaba a nadie su profesión, porque el bandolero de Méjico es, por lo común; bastante conocido de sus compatriotas, y en sus ratos de ocio preséntase en las ciudades populosas, y con gran desvergüenza se pasea por las calles y entabla conversación con quien se le antoja. Tal era *el Zorro,* el brazo derecho de Ijurra.

No nos pasó inadvertido el propósito del enemigo, que consistía en sitiarnos, tal vez hasta que la sed y el hambre nos obligaran a rendirnos. Esto no era, sin embargo, otra cosa que una suposición nuestra, porque si el valor de Ijurra no era mucho, en cambio tenía una gran dosis de astucia y sutileza.

Desde aquel momento, Rube no estuvo ya en su centro; cuando vio que los guerrilleros tomaban posiciones, pareció sentir que estuviéramos donde estábamos.

¡Ay, ay, ay! exclamó malhumorado. ¿Cómo vamos a salir de aquí? Que me corten la cabeza, Bill, si no hubiésemos hecho mejor en batirnos con ellos en la pradera, antes que el hambre nos extenuase. Y por cierto que ahora me comería un buen trozo de carne asada. ¡Eh! Menos humo, tunantes añadió dirigiéndose a los mejicanos, algunos de los cuales habían encendido sus cigarros, menos humo! Me parece que antes que anochezca va a echar humo alguno de vosotros, o perderé el nombre que llevo. Dame una mascada de tabaco, Bill, a ver si engaño el estómago. Tengo la barriga tan vacía como mi pobre yegua. Pero mírala, mírala, Bill.

Pronunció estas palabras con tanta energía, que Garey y yo volvimos la vista en la dirección que nos indicaba, y entonces presenciamos un espectáculo que, a pesar de lo descorazonados que estábamos, nos provocó la risa.

La vieja yegua, que desde lejana fecha llevaba a maese Rube por montes y valles, era un animal tan original como su dueño. Flaco, marcándosele todas

las costillas, pobre armazón de huesos y pellejo, pertenecía, sin duda alguna, a la raza de Rocinante; y, aunque por sus largas orejas parecía una mula, era un verdadero mustang de pura raza andaluza. En sus buenos tiempos debió tener ese color amarillento conocido con el nombre de «tierra de Siena», que es el peculiar de todos los caballos mejicanos; pero el tiempo y las mataduras lo habían transformado de tal modo, que en su piel predominaban las crines grises, especialmente en la cabeza y el cuello. Tenía un resuello sumamente corto, y, a intervalos regulares, el juego convulsivo de los pulmones le hacía arquear el lomo como si tratara de descargar un par de coces y le faltaran las fuerzas necesarias. Solía llevar la cabeza más baja que el lomo, a pesar de lo cual advertíase en los movimientos de su solitario ojo porque la pobre yegua era tuerta algo que significaba que se proponía vivir aún mucho tiempo, o, como decía su dueño, «se negaba a servir de pasto a los lobos».

Tal era el cuadrúpedo, hacia el cual nos llamaba la atención. Habiéndonos separado de él en medio de la pradera, nuestra precipitada carrera nos lo habla hecho olvidar, y ni Garey ni yo nos volvimos a acordar de él; pero Rube estaba muy lejos de mostrar

tanta indiferencia como nosotros hacia su antigua yegua, prefiriendo perder «una pata» como él decía, a quedarse sin su leal compañero, y abrigaba la esperanza de que no le ocurriese mal alguno. Naturalmente, Bill y yo creíamos que la atravesarían de un balazo o que los guerrilleros la apresarían con sus lazos; sin embargo, comprendimos que no debía ser esta su triste suerte.

La yegua, que no tenía deseo alguno de separarse de su dueño, habla galopado hacia nosotros; pero, como su marcha era relativamente lenta, quedó rezagada y se confundió con los caballos del enemigo, el cual, aunque no pudo menos de reparar en ella, no se dignó apresarla a causa, sin duda, de su escaso valor. Encontróse, pues, en el momento oportuno a retaguardia de los guerrilleros; pero, cuando Rube la llamó, atravesó rápidamente la línea de nuestros adversarios para reunirse con su amo. Uno de los guerrilleros, al verla pasar, pretendió atraparla, sin duda porque llevaba una vieja silla de montar con las trampas y lazos de Rube sujetas al pomo; pero, como ni la yegua, ni la silla ni todo lo demás valía la pena de lanzarle el lazo, aguijó su caballo para sujetarla por la brida.

Esto no era cosa tan fácil, pues en el momento en que el guerrillero se inclinaba para apoderarse de las riendas, el animal lanzó uno de sus gritos salvajes, encogió vivamente el cuarto trasero, y descargó un terrible par de coces en las costillas del mejicano, que cayó al suelo, gravemente herido en apariencia, y quizá con dos o tres costillas rotas.

Al furioso relincho de la yegua respondió Rube con una estrepitosa carcajada, y hasta la llegada de su favorita no dejó el viejo cazador de hacer las más vehementes demostraciones de júbilo.

¡Ya estás aquí, vejancona! exclamó cuando el animal llegó a su lado. ¡Valiente par de coces le has descargado! ¡Así, así! Has hecho perfectamente en venir conmigo. Hola, ¿y también me traes la silla? ¡Bravo! ¿No te parece muy hermosa en este momento, Bill? Vale más oro que pesa. ¡Ven acá: ponte ahí, ajajá!

Rube, satisfecho, consiguió, después de algunos apóstrofes suplementarios, colocarla junto a la roca, parapetándose tras ella, de modo que se sirvió del pobre animal como de una doble barricada contra el enemigo.

Sin embargo, nuestro júbilo no se prolongó mucho, porque algo imprevisto vino a llenar de zozobra nuestros corazones, ya extremadamente abatidos.

XXXIV
« EL ZORRO»

Uno de los guerrilleros recién llegados llevaba un largo fusil que se asemejaba a uno de esos descomunales mosquetes que usan los cazadores de América Meridional. Su dueño, según toda probabilidad, era *el Zorro.*

No tardamos en comprender que aquella arma lanzaba una onza de plomo a doble o triple distancia que nuestras carabinas, y con una precisión que nos hizo recelar que, antes de que obscureciese, *el Zorro* podría privarnos del auxilio de nuestros caballos, y quizás también darnos muerte.

Faltaba todavía media hora para que el sol dejara de brillar en el horizonte, cuando empezó el bandido su tarea. Resonó el ruido de un disparo y la bala fue a dar en la roca junto a mi mano, haciendo saltar

fragmentos de piedra alrededor de mis orejas, y cayendo luego a mis pies aplastada como un duro español.

La detonación fue mucho más fuerte que la de una carabina: Rube lanzó una exclamación, acompañada de su silbido habitual de mal agüero, para dar a entender que no era cosa despreciable aquella verdadera pieza de artillería; Garey opinaba como él. Su mirada decía claramente que aquel nuevo medio de ataque probablemente nos pondría en mucho mayor peligro del que hasta entonces habíamos corrido. *El Zorro* nos fusilaría a su sabor, pues con nuestras carabinas no podríamos responder a sus fuegos ni apagarlos.

El salteador había hecho su primer disparo sin tomarse la molestia de apuntar. Fortuna tuvimos en ello; pero no debía ocurrir siempre lo mismo, porque vimos que Ijurra plantaba oblicuamente dos lanzas en el suelo, de modo que se cruzaran a una altura conveniente, formando de este modo un punto de apoyo tan perfecto como hubiera deseado un tirador al blanco.

Apenas cargó su arma, colocóse *el Zorro* delante de las lanzas con la rodilla en tierra, descansó el cañón del fusil en la horquilla improvisada y apuntó.

Experimenté cierta satisfacción al observar que nos apuntaba a mí o a mi caballo; la dirección de su fusil habría bastado para revelármelo, pero me convencí de ello al ver que Ijurra le ayudaba en aquella operación.

No experimenté temor alguno por mí, porque estaba bastante resguardado; pero temblaba por el pobre corcel que me escudaba con su cuerpo. El corazón se me oprimía; de pronto vi el fogonazo del pistón, luego la roja llamarada lanzada por la boca del fusil, y oí casi al mismo tiempo el ruido de una bala enorme que chocaba contra mi caballo. Saltáronme a la cara unas cuantas astillas de madera; eran fragmentos de la silla; la bala había atravesado el pomo, pero sin herir al noble bruto. Sin embargo, fue un magnífico tiro, demasiado bien dirigido para que pudiéramos alegrarnos, pues a aquél no tardarían en seguir otros.

Ya empezaba a inquietarme, como le sucedía también a Rube, cuando de pronto oí un grito que me hizo apartar la atención del *Zorro* y de su fusil.

Rube estaba a mi derecha, y me señaló hacia la parte inferior de la pared del cerro un objeto que no podía discernir, por interceptarme la vista los caballos; pero, casi inmediatamente, el cazador les hizo

avanzar muy pegados a la roca indicándome que le siguiera, lo mismo que a Garey.

Seguidamente puse mi caballo en movimiento, y Garey trotó detrás de mí con igual premura. Apenas habíamos dado diez pasos cuando comprendimos el motivo de la extraña conducta de Rube. A unos veinte metros del sitio en que antes nos encontrábamos, había un enorme pedrusco en la llanura, sin duda un fragmento de roca desprendido de la escarpadura, que yacía a muchos pies de la base de la mesa; su altura y posición eran tales que quedaba detrás de él espacio suficiente para que a hombres y a animales les sirviera de refugio.

Con gran apresuramiento dirigimos allá nuestros caballos, y nos cobijamos todos detrás de la peña, lanzando una exclamación de júbilo. En toda la línea de la guerrilla resonó un grito de rabia y de decepción. Los pillos comprendieron que su largo fusil no les sería ya de ninguna utilidad, y vimos a Ijurra y su artillero gesticulando en la llanura como energúmenos. La misión del *Zorro* quedaba terminada.

No era posible encontrar mejor refugio que él nuestro en toda la extensión de las praderas. Era, sin ningún género de duda, una pequeña fortaleza, que nos permitía desafiar a doble número de enemigos, a

no ser que aquellos pícaros, revistiéndose de verdadero valor, se arriesgaran a acercarse y a luchar con nosotros cuerpo a cuerpo.

Nuestra rápida desaparición había producido en las filas de los guerrilleros una profunda sensación; a juzgar por sus gritos y denuestos, la nueva treta que les acabábamos de jugar les puso en el colmo de la estupefacción, creyendo sin duda, dada la posición que ocupaban en aquel momento, que nos habíamos embutido en la pared, porque desde la llanura no se distinguía el espacio que separaba el pedrusco de la base del cerro; de otra suerte, nosotros mismos habríamos visto aquel refugio cuando llegarnos.

Si nuestros enemigos sabían que había allí aquel fragmento de roca, podría parecer extraño que nos hubiesen dejado el camino libre hasta asilo tan seguro, porque esta negligencia hubiera desmentido la astucia de que habían dado pruebas; pero también era extraño que ignorasen su existencia, pues, siendo la mayoría de ellos naturales de aquella frontera, debían haber recorrido frecuentemente aquellos parajes, y sobre todo, la mesa, que pasaba por una de las cosas más notables de la provincia.

Había, sin embargo, una razón para que ninguno de nuestros adversarios conociese detalladamente la localidad, pues, según me informaron mis compañeros, aquel sitio era el punto de reunión preferido de los comanches, a quienes deleita todo lo pintoresco. Tal vez la circunstancia de haber cerca un manantial influyera más en la preferencia que, en sus descansos, le daban estos «señores de la praderas».

De todos modos, hacía mucho tiempo que la mesa era considerada como un sitio peligroso, y los curiosos no solían ir allí, y, por consiguiente, era probable que ninguno de los mejicanos apostados delante de nosotros se hubiera internado tanto como entonces en aquellas desiertas llanuras.

XXXV
PLAN DE EVASIÓN

Nuestra repentina desaparición no tardó mucho en perder su carácter misterioso, porque nuestros rostros y la boca de los cañones de nuestras carabinas asomados a los bordes de aquella roca blanca, debieron disipar la creencia de los guerrilleros en un hecho sobrenatural. Habiendo colocado rápidamente los caballos donde los consideramos más seguros, adoptamos la posición indicada por si se decidían a acometernos, aunque esto debía importarnos poco, especialmente desde que podíamos espiar todos los movimientos del enemigo.

El *Zorro* continuó algún tiempo disparando con su desmesurado fusil, cuyos tiros podíamos ya esquivar fácilmente, y cuyas balas calan inofensivas a nuestros pies. Al advertirlo el salteador, cesó de dis-

parar, y, acompañado de otro individuo, corrió hacia los establecimientos, a donde sin duda le enviaba Ijurra a desempeñar alguna comisión.

Unos ojos perspicaces bastaban para vigilar los movimientos de los sitiadores; Garey se encargó de ello, dejándonos a Rube y a mí más libres para combinar algún plan de evasión. Teníamos seguridad de que no habían de atacarnos y, por consiguiente, debíamos continuar en nuestra posición hasta que la sed y el hambre nos obligaran a rendirnos, o atacar a nuestra vez, procurando abrirnos paso audazmente. En cuanto a lo primero, demasiado sabíamos que la sed y el hambre no tardarían en ponernos en el caso de entregarnos. Sin embargo, el hambre no era todavía muy de temer, pues teníamos nuestros cuchillos, y junto a nosotros una abundante provisión con la que el viajero de las praderas suele sustentarse. Habíamos probado ya el asado de caballo, y podíamos apelar nuevamente a él; pero no teníamos nada para mitigar la sed, la hermana gemela del hambre. Hacía ya muchas horas que nuestras calabazas estaban vacías, y precisamente corríamos hacia el manantial de la mesa en el momento en que divisamos al enemigo. La excitación producida por nuestra escaramuza

había aumentado esta necesidad, haciéndonos sufrir muchísimo.

El segundo proyecto era un arranque de desesperación, y la verdad era que el refuerzo que habían recibido nuestros adversarios había colmado la medida de nuestra desgracia. Abrirse paso entre ellos equivalía a batirse cuerpo a cuerpo con toda la partida, y ya nos pesaba no haberlo hecho así cuando sólo teníamos que luchar con once hombres.

Sin embargo, después de un momento de reflexión, convencímonos de que nuestra posición era mejor, porque las sombras de la noche nos favorecerían en cierto modo.

Si, merced a un vigoroso empuje, lográbamos romper la línea desplegada de los guerrilleros, quizá podríamos escapar amparados por las tinieblas nocturnas y gracias a la confusión de la lucha. Este proyecto tenía algunas probabilidades en favor nuestro. La resolución más temeraria era, sin duda, la más cuerda. Alguno se exponía a sucumbir; pero ésta era la única esperanza que nos quedaba para salir del apurado trance, pues no nos cabía duda de que si nos rendíamos, seríamos fusilados sin remisión.

Además, no teníamos esperanza alguna de recibir socorro, a pesar de saber que mis amigos, que los

voluntarios americanos debían buscarme. Ni Wheatley ni Holingsworth se decidirían a abandonarme sin hacer un esfuerzo para averiguar mi paradero; pero había transcurrido ya demasiado tiempo para confiar que me encontrasen.

Discutí con Rube los detalles combinación, y luego nos separamos, entregándonos cada cual a sus propias reflexiones.

En aquella hora crítica se me ocurrieron ideas más penosas que las que el peligro mismo de nuestra posición me sugería.

Desde que advertí que Ijurra era el jefe de la guerrilla, me había asaltado una terrible sospecha, y me puse a examinar detenidamente sus consecuencias deplorables.

¿Necesito pronunciar el nombre que predominaba en mis reflexiones? ¡Isolina de Vargas! ¿Sabía ella lo que ocurría? ¿Sabía que Ijurra era el jefe de una guerrilla? ¿Quién le había puesto sobre mi pista? ¿Sería la caza del caballo salvaje una estratagema para que los guerrilleros mejicanos se apoderaran de mí? ¿Qué motivo podía tener Isolina para desear mi pérdida? Seguramente que no podía proceder éste de un cariño exagerado a su patria o de odio a sus enemigos, pues, según mis informes, en su mente no

tenían cabida semejantes ideas, sino sentimientos completamente contrarios, esto es, los de un verdadero patriotismo. Era una mujer muy animosa e inteligente para declararse en un sentido o en otro; ¿y por ventura no tenía yo motivos suficientes para considerarla como amiga de nuestra causa y como enemiga de los tiranuelos de Méjico a quienes pretendíamos derribar? En otro caso, yo sería víctima de una inconcebible doblez y de una hipocresía nunca vista.

También podían ser sus sentimientos personales, y no nacionales. De todos modos, no encontré explicación plausible que justificara su deseo de perderme; sólo me lo explicaba presumiendo que amaba a su primo, que Rafael Ijurra era el dueño de su corazón.

Este, sí tenía bastantes razones para desear mi muerte. El insulto que había recibido cuando nos encontramos por vez primera, la persuasión de que la amaba, pues para mí era indudable que él lo sabía, y mi carácter de enemigo, de invasor de su país, eran motivos más que suficientes de venganza, aunque los dos primeros fueran de mayor peso que los otros. Para un hombre como Rafael Ijurra, la ven-

ganza y los celos eran pasiones más vehementes que el amor patrio.

Me consoló, sin embargo, el hecho de haber encontrado al corcel blanco, que tenía delante de mí, y en esto al menos no podía haber decepción alguna; no era una añagaza que pudiera haber dado lugar a un acontecimiento tan notable como la persecución de los guerrilleros. Ijurra podía haberse enterado de mi expedición sin que ella se la hubiese hecho saber. Isolina ignoraría probablemente que era un jefe de guerrilleros, pues su misma inocencia podía ser causa de que desconociese las infamias de su primo.

Leí nuevamente el billete de Isolina, y medité cada una de sus palabras; pero no pude descubrir nada que revelase una traición. No: Isolina era leal y sincera.

XXXVI
ELIJAH QUACKENBOSS

Mientras reflexionaba de este modo, estaba apoyado contra el enorme fragmento de roca y con el rostro vuelto hacia la empinada pared de la mesa. Precisamente frente a mí presentaba su superficie un hueco o ligera cortadura, más profunda cuanto más se aproximaba a la cima. Era una pequeña garganta o surco que las aguas llovedizas habían formado, y servía de desagüe a las que caían de las nubes sobre la superficie del cerro.

Las vertientes de éste eran perfectamente verticales; pero la canal presentaba cierta inclinación relativamente considerable, y, al fijarme en ella, se me ocurrió la idea de escalar la mesa por aquel punto. La observé entonces atentamente desde la base a la cima, y cuanto más la examinaba, más me convencía

de que merced a un desesperado esfuerzo no sería muy difícil llegar a la cumbre. La peña tenía protuberancias que podían servir de escalones, y a trechos había pequeños matorrales, de cedros que crecían en las junturas de los fragmentos de roca, y que podían servirnos de auxiliares para intentar la ascensión.

También me llamaron la atención ciertas huellas que parecían recientes, y que, con toda seguridad, no eran debidas a la acción de los elementos, sino a la planta humana. Alguien había escalado aquella pared de roca.

Mi primer impulso fue notificar este descubrimiento a mis compañeros, pero esperé hasta convencerme de que el que había acometido tan arriesgada empresa consiguió llegar a la cumbre. Era la hora del crepúsculo; pero había aún luz suficiente para cerciorarme de que la tentativa tuvo un éxito feliz.

Acudieron entonces a mi imaginación vagos recuerdos, que fueron tomando consistencia, hasta que pude responder satisfactoriamente a las preguntas que me dirigía yo mismo. Conocía al hombre que había efectuado tan penosa ascensión; lo único que me admiraba era no haberme acordado antes de él.

Entre los extraños individuos que formaban la compañía de que yo era jefe, había uno que respondía al eufónico nombre de Elijah Quackenboss, y que era el más excéntrico de todos. Mestizo de yanquee y de alemán, era oriundo de las montañas de Pensilvania. Había sido maestro de escuela en su país natal y adquirido, por consiguiente, instrucción relativa; pero lo que más me llamaba la atención en él era que se dedicaba a la botánica, sin poseer grandes conocimientos de esta ciencia, aunque era muy competente en la *flora campestre* y la *syIva*, dando pruebas de una aptitud que no cedía a la del mismo Linneo. Quackenboss debía, sin duda, este instinto a su ascendencia teutónica.

Si sus cualidades intelectuales eran raras, no sorprendían menos sus dotes físicas. Era de elevada estatura, pero de cuerpo enjuto y encorvado, y ninguno de sus miembros era exactamente igual al del lado opuesto; así, por ejemplo, tenía un brazo más largo que otro, cada una de las piernas desemejante de su compañera, pareciendo que unos y otras se habían adherido al cuerpo accidentalmente, por lo que siempre estaban en perpetuo desacuerdo. Los ojos, tan poco en armonía como el resto del cuerpo, se negaban obstinadamente a mirar en la misma di-

rección; pero, esto no obstante, Elijah Quackenboss era capaz de hacer una magnífica puntería, y de hundir un clavo de un balazo a cien pasos de distancia.

Sus extravagancias le hacían pasar por loco entre sus compañeros, que se sorprendían de verle entregado por completo a sus investigaciones botánicas, ocupación que para ellos era absurda. Sabían, sin embargo, que Elijah Quackenboss ponía siempre la bala donde ponía su ojo derecho, y que, a pesar de su pacífico carácter, era muy valiente, lo cual le ponía a cubierto del ridículo.

No he conocido a nadie tan apasionado por la botánica como él. Poco le importaba el cansancio del servicio militar, pues, cuando tenía un momento disponible, iba a buscar plantas raras, alejándose mucho unas veces, y otras corriendo verdaderos peligros. Pocos días antes me había hablado de una nueva y singular especie de *mamillaria* descubierta en un cerro de la pradera, al que había trepado para hacer una exploración botánica. Aquel cerro era la mesa; y Elijah Quackenboss lo habla escalado. Si él, siendo un hombre tan rudo y desmañado, pudo llegar a la cumbre, ¿por qué no habíamos de llegar nosotros también?

Comprendiendo la ventaja que podría resultarnos de esta maniobra, comuniqué mi descubrimiento a los dos cazadores. Ambos lo oyeron con júbilo, y, después de un breve examen, declararon que el paso era practicable. Garey aseguró que podría llegar arriba con facilidad, y Rube dijo con su metafórico estilo «que todavía no tenía enmohecidas las coyunturas; y que no hacía un mes aún que había subido a una joroba mucho más alta que aquélla».

Enseguida se me ocurrió otra idea: ¿qué beneficio nos reportaba aquella ascensión? Por allí no podíamos escapar del todo, puesto que no contábamos con la posibilidad de bajar por el lado opuesto, donde la pared de rocas era en absoluto impracticable. En la cumbre estaríamos a cubierto de todo ataque, pero sufriríamos de igual modo los tormentos de la sed, nuestro enemigo más temible, porque en lo alto de la mesa no debía de haber agua. Nuestra situación no mejoraría; por lo contrario, sería peor.

Así opinaba Garey. Abajo, contábamos con nuestros caballos: uno de ellos para alimentarnos cuando la necesidad apretara, y los otros para ayudarnos en nuestras tentativas de evasión. Si trepábamos a la eminencia, tendríamos necesidad de abandonarlos. Desde arriba la distancia apenas excedía de cincuen-

ta pasos, y nuestras carabinas podían defender a los pobres animales de los ataques del enemigo; pero sin utilidad alguna. Nuestros caballos sucumbirían al fin de hambre y de sed, lo mismo que nosotros.

Nuestra esperanza, pues, se desvaneció al punto.

Rube no había manifestado aún su opinión. El buen viejo estaba de pie, empuñando con ambas manos su larga carabina, cuya culata descansaba en el suelo, y mirando atentamente el interior del cañón. Era la postura que adoptaba siempre que procuraba resolver una cuestión intrincada, y como Bill y yo conocíamos esta particularidad del viejo cazador, guardábamos silencio, para no interrumpir sus reflexiones.

XXXVII
EL PLAN DE RUBE

Rube permaneció algún tiempo en la misma actitud meditabunda, en silencio y sin hacer movimiento alguno. Al cabo de un rato, dejó escapar de sus labios un silbido tenue, pero alegre, y se enderezó.

Hola; ¿qué ocurre, vejete? le preguntó Garey, que comprendía esta señal, y sabía que el silbido revelaba algún descubrimiento.

¿Es muy largo tu lazo, Bill? repuso Rube, respondiendo con otra interrogación.

Veinte yardas, más bien más que menos contestó Garey.

¿Y el de usted, joven?

Una o dos yardas más.

Perfectamente dijo nuestro curioso amigo con aire satisfecho entonces dejaremos chasqueados a esos tunantes, sin duda alguna.

Bravo, vejete. Has ideado algún buen plan, ¿eh? preguntó Garey.

Sí.

Pues sepamos cuál es añadió Garey al ver que Rube volvía a quedar silencioso. No disponemos de mucho tiempo para pensar en cosas que...

¡Sí, sí, Bill! No seas tan impaciente; ¡qué demonio! No tengas prisa... Ataré mi vieja yegua junto al caballo del capitán, para que no puedan hacerles daño cuando amanezca. ¡Por el valle de Josafat! ¡Van a rabiar y a tirarse de los pelos cuando vean volar a los pájaros! ¡Ja, ja, ja!

Y Rube siguió riendo algún tiempo, con tanta alegría y desembarazo como si se encontrara el enemigo a cien leguas de nosotros.

Garey y yo estábamos impacientes; pero veíamos que nuestro camarada se hallaba en uno de sus raros momentos de buen humor, y, persuadidos de que no conseguiríamos nada tratando de apresurarle, esperamos a que se calmara su hilaridad. Al fin el viejo cazador dejó de reírse, y volvió a quedarse absorto en

los cálculos de un profundo problema, murmurando:

Veinte yardas de Bill, y veinte del capitán, son cuarenta, y con el mío, sesenta. Pongamos cincuenta y seis: sí, sí, cincuenta y seis, porque hay que deducir algunos nudos, aunque agreguemos las bridas de los caballos. Tenemos más cuerda de la que necesitamos, y sobra para ahorcar una docena de mejicanos si les llego a poner la mano encima. ¿Y por qué no?

Durante este cálculo aritmético, Rube, en vez de seguir mirando el interior del cañón de su carabina, medía con la vista la pared de rocas. Esto bastó para que adivináramos su plan; pero permanecimos callados, porque anticiparnos al viejo cazador en la revelación de su proyecto era ofenderle gravemente.

Ea, amigos dijo al fin, van a ver cómo saldremos de aquí. En primer lugar escalaremos la altura tan pronto como llegué la noche para que la obscuridad nos proteja; luego, nos llevaremos los lazos; después ataremos los tres uno a otro, y si no son bastante largos añadiremos un par de bridas; seguidamente, sujetaremos el extremo de la cuerda a un tronco o a una estaca plantada en lo alto del cerro, y, por último, nos descolgaremos bonitamente

por el otro lado. Cuando estemos en la pradera, echaremos a correr hacia los establecimientos, y al llegar, reuniremos una docena de voluntarios de los del capitán, volveremos más deprisa que el viento al cerro, y administraremos a esos monigotes una paliza de padre y muy señor mío. ¿ Qué les parece mi plan?

Garey y yo lo habíamos aprobado ya mentalmente y así se lo manifestamos.

El proyecto era realmente factible. Si llegábamos a ejecutarlo en todos sus detalles sin llamar la atención del enemigo, era más que probable que al cabo de algunas horas nos encontráramos en la ranchería, apagando nuestra sed en el fresco pozo de la plaza. La expectativa de este agradable momento nos comunicó nueva energía, y acto seguido empezamos a hacer nuestros, preparativos, vigilando uno de nosotros, mientras los dos restantes realizaban la obra.

Empalmamos los lazos, sujetamos los caballos cabeza con cabeza valiéndonos de sus ronzales, y asegurándolos de modo que se mantuviesen detrás del peñasco derrumbado, y, hecho esto, esperamos que concluyera de cerrar la noche. Ya había empezado a tender sus sombras, prometiendo favorecer nuestro proyecto. Un manto de nubes de plomizo

color cubría el firmamento, y sabíamos que la luna tardaría algunas horas en salir.

Rube, que se jactaba de conocer las señales del tiempo como un buen marino, examinó la bóveda ce1este.

¿Qué tal, vejete? le preguntó Garey, ¿qué te parece? ¿Será muy obscura la noche?

Como boca de lobo murmuró Rube, y como si no le hubiera dejado muy satisfecho esta comparación, añadió: Como el interior de la barriga dé un búfalo en una pradera incendiada.

Esta ocurrencia nos hizo reír a todos. Si nuestra risa llegó a oídos de los guerrilleros, debieron creer que habíamos perdido el juicio.

Realizóse el pronóstico de Rube: la noche fue obscurísima y tenebrosa. La capa de plomo se fraccionó en una porción de negros nubarrones que recorrían la superficie del cielo con lentitud. Amenazaba una tormenta y ya percibíamos el ruido de las gruesas gotas que caían pesada y verticalmente sobre nuestras cabezas, formando un charco en nuestras sillas. Esto nos llenaba de satisfacción; pero, de pronto, el rápido fulgor de un relámpago cruzó el espacio, iluminando1a pradera como con un millar de antorchas. No era uno de esos pálidos y casi lívidos

destellos que se ven en los climas del Norte, sino un resplandor fúlgido que pareció penetrar en todos los ámbitos del espacio y competir con la claridad del día.

Aquel fulgor, tan brillante como inesperado, nos inquietó porque era un obstáculo a nuestros deseos.

¡Que el diablo confunda los relámpagos! exclamó Rube malhumorado. Eso es diez veces peor que si brillara la luna.

No había acabado aún de decir esto, cuando rasgó las nubes un segundo relámpago y la pradera se iluminó espléndidamente. Distinguimos los guerrilleros a caballo, formando el cordón al través de la llanura, como igualmente sus armas y equipo, y hasta los botones de sus chaquetas. Con el aspecto de fantasmas que la pálida luz eléctrica daba a sus rostros, y su estatura, desmesuradamente aumentada por aquel efecto de óptica, semejaban espectros.

Los relámpagos se sucedían sin interrupción; pero no se oía el ruido de los truenos. Por doquiera reinaba un profundo silencio, que comunicaba a aquella escena un carácter espantable.

¡Muy bien! exclamaba el amigo Rube viendo a los agresores inmóviles en su puesto. Pronto nos encaramaremos allá arriba entre relámpago y

relámpago; pero ahora hagámosles saber que continuamos aquí.

Acto seguido, sacamos las cabezas y las carabinas fuera de la roca, en cuya posición esperamos que brillase otro relámpago, y, efectivamente, pronto rasgó, el espacio una viva luz que iluminó la pradera, y a cuyo fulgor el enemigo no pudo dejar de vernos.

Tan pronto como volvimos a quedar sumidos en la obscuridad, Garey, que debía ser el primero en trepar, comenzó su ascensión.

XXXVIII
EL ESCALAMIENTO

Nuestros corazones latían con inusitada violencia. Rube acechaba a los guerrilleros dejándoles ver la cabeza, y yo tenía la vista fija en aquel murallón de rocas; pero en vano trataba de distinguir a nuestro camarada entre las espesas tinieblas de la noche. Escuchaba atentamente tratando de apreciar el progreso de su ascensión y percibía una especie de ligero frote, a mayor distancia y altura cada vez; pero Garey llevaba zapatos con suela de cáñamo, y el ruido que hacía era demasiado débil para que pudiera oírlo el enemigo.

El intervalo de obscuridad parecióños interminable. No duró cinco minutos, pero a nosotros nos pareció este espacio de tiempo de una pesadez abrumadora. Al fin, volvió el relámpago a rasgar las nu-

bes, y entonces dirigí la vista a la pared de rocas; Bill estaba aún a la mitad del camino, de pie sobre una ligera prominencia, agazapándose cuanto podía contra la piedra.

Mientras brilló el relámpago permaneció en esta actitud, tan inmóvil como la roca misma. Volvíme con gran ansiedad hacia donde estaban los guerrilleros, y no oí voz alguna ni observe el menor movimiento entre ellos. ¡Gracias al Cielo, no le habían visto!

Junto al lugar en que Garey se había detenido, crecían en las hendiduras de las peñas algunos cedros rastreros; su obscuro follaje salpicaba, por decirlo así, la cara de la mesa y hacía menos perceptible al audaz explorador. Cuando otro relámpago lo permitió, recorrí el surco con la mirada, pero ya no se veía otra cosa que una línea negra, semejante a una larga y delgada hendidura que descendía desde la cumbre hasta la base de la pared de roca. Era la cuerda que llevaba Garey, demostración palpable de que éste había llegado a la cima.

Entonces me correspondió el turno de trepar, porque Rube se había empeñado en ser el último, y me dispuse a ello, después de echarme la carabina a la espalda y de despedirme tristemente de mí animo-

so y fiel caballo. Con la última oscilación de la luz eléctrica, agarré el lazo que pendía del cerro y empecé mi penosa ascensión.

Aquella cuerda me inspiraba gran confianza, porque sabia que estaba atada o fuertemente sujeta por el resistente puño de Garey. Merced a esta ayuda, fue menos penosa para mí la operación, y antes de que otro relámpago iluminase la pradera, puse el pie en la cima de la roca, Allí ya, nos tendimos boca abajo entre las malezas que había al borde mismo del precipicio, cuidando de presentarnos de frente lo menos posible. Garey había sujetado la cuerda auxiliar al tronco de un arbolillo.

Un momento después advertimos una sacudida que nos indicaba que Rube había empezado a subir, y, al minuto, apareció su enjuta figura en el borde de la pared de rocas, dejándose caer junto a nosotros, silencioso sin fuerzas y jadeante. A pesar de la obscuridad, advertí algo extraño en su fisonomía; me pareció que tenía la cabeza más pequeña, pero no me entretuve en hacerle preguntas. Los guerrilleros estaban en su puesto, ignorantes sin duda alguna de nuestra maniobra. Rube había tenido la sagaz ocurrencia de dejar su gorro sobre el fragmento de roca, alimentándoles de este modo la grata ilusión de que

seguíamos allí, circunstancia que me explicaba la variación que había advertido en la cabeza del buen cazador.

Subimos la cuerda, y anduvimos cautelosamente por la planicie superior de la mesa para escoger un sitio a propósito para efectuar el descenso. No tardamos en encontrarlo; al borde del precipicio descollaba un crecido número de pequeños pinos, y los utilizamos para amarrar sólidamente la cuerda alrededor de su tronco.

Sin embargo, aun nos faltaba mucho que hacer antes que uno de nosotros pudiera acometer la empresa. La peña, cortada a pico, tenía por allí más de cien pies de altura, y descolgarse por una cuerda de esta longitud era una tentativa digna del marino más experto. Ninguno de nosotros era capaz de realizar semejante proeza: podíamos hacer que descendiese el primero ayudándole, y haríamos lo mismo con el segundo; pero el tercero tendría que descolgarse sin ayuda alguna. Afortunadamente, mis compañeros eran hombres de gran presencia de ánimo, y ocurrióseles una idea para obviar la dificultad.

Con sus cuchillos cortaron una porción de estacas, les hicieron muescas y las ataron de trecho en trecho en toda la longitud de la cuerda. Quedaba,

pues, terminada nuestra escala de Jacob; pero necesitábamos cerciorarnos de que era bastante larga, porque los nudos podían haberla encogido. A este fin, atamos una piedrecita a la punta de la cuerda y la dejamos caer desde lo alto del cerro; aplicamos luego el oído, y percibimos el ruido seco de la piedra al dar en el suelo de la pradera. La cuerda tenía, por consiguiente, la necesaria longitud. La volvimos a subir, quitamos la piedra y atamos a Rube, pasándole la cuerda alrededor del cuerpo por los sobacos. Como era de los tres el que menos pesaba, lo elegimos para hacer la primera prueba, pues teníamos que convencernos de la solidez de la cuerda, y no era prudente que descendiera antes el más grueso. Durante la ascensión no había aquélla soportado sino la mitad de nuestro peso, porque nos afirmábamos con los pies contra la roca o contra los rebordes salientes. Al llegar al suelo, Rube debía probar la resistencia de la cuerda, y, si el resultado era satisfactorio, bajaríamos Bill o yo. Con este objeto debía agregar a su propio peso el de una piedra grande, de modo que uno y otra equilibraran el de Garey, que era el que pesaba más.

Puestos de acuerdo respecto a este punto, el viejo cazador empezó a descolgarse tranquilamente, mien-

tras que Garey y yo dejábamos ir poco a poco la cuerda con gran precaución.

Pie por pie, yarda por yarda, fue deslizándose ésta por nuestras manos a medida que descendía Rube, a quien el reborde saliente de la roca nos impidió seguir viendo.

Estábamos sentados uno junto a otro con el rostro vuelto hacia la llanura; ya habíamos dejado ir más de las tres cuartas partes de la cuerda, y nos congratulábamos de que la prueba estuviera próxima a su fin, cuando con gran espanto cesamos de sentir el peso, pero tan bruscamente que ambos caímos de espaldas. En el mismo momento oímos un grito agudo que partía de la base de las rocas.

Nos incorporamos enseguida y maquinalmente tiramos de la cuerda, que ya no pesaba y subía sin necesidad de ningún esfuerzo. Entonces la soltamos, y nos miramos uno a otro en silencio. Verdad es que el accidente era bien claro: la cuerda se habla roto y nuestro compañero había caído desplomado al suelo.

Los dos, movidos por un impulso simultáneo, nos arrodillamos y nos acercamos arrastrando al borde del precipicio tratando de ver su fondo; pero la obscuridad nos lo impidió y hubimos de esperar

que brillase otro relámpago. Mientras tanto escuchábamos conteniendo el aliento, pero sólo percibimos el lejano aullido del lobo de las praderas. Ninguna voz humana llegó a nosotros.

Transcurrió un largo rato antes que un relámpago iluminase el horizonte y nuestra zozobra iba en aumento, cuando de pronto percibimos cierto rumor de voces, que salía del pie de la roca en que nos encontrábamos. Al parecer, eran dos los que hablaban pero ninguno de ellos era Rube, lo que nos hizo suponer que serían nuestros enemigos. Al fin brilló un relámpago que nos permitió ver a aquellos hombres: ambos estaban a caballo, y se agitaban en la llanura, muy cerca de la pared de rocas. Los vimos; pero no el cuerpo de nuestro amigo. Como el relámpago había durado bastante, pudimos explorar con la vista el terreno. Rube no estaba allí, vivo ni muerto.

Los dos jinetes iban armados de lanzas, pero no llevaban ningún prisionero. No habían, por consiguiente, capturado al pobre cazador. Las palabras de los bandidos, que oíamos claramente, pusieron término a nuestra zozobra.

¡Caramba! decía uno de ellos con impaciencia, debe usted haberse equivocado.

Capitán, seguramente he oído la voz de un hombre.

Entonces habrá sido la de alguno de esos pícaros que están refugiados detrás de la roca. Por aquí no hay nadie. Vaya, volvámonos por el otro lado de la mesa... ¡vamos!

El ruido de los cascos de los caballos nos anunció que daban la vuelta indicada por el último interlocutor, que no era otro que Ijurra.

Cuando supimos que nuestro amigo no había caído en sus garras respiramos a nuestras anchas. Por lo demás, no teníamos la menor idea del daño que habla sufrido, porqué habíamos dejado ir casi toda la cuerda, y Rube se llevó la mayor parte tras sí. En los primeros momentos de confusión, no examinamos cuánta nos quedaba todavía cuando cayó el desgraciado, y sólo podíamos hacer conjeturas.

La desaparición de Rube nos hizo confiar que no estuviese herido gravemente; pero si no había hecho más que alejarse un poco arrastrándose, y se encontraba aún cerca de la mesa, el enemigo podía caer sobre él, de un momento a otro. Como los guerrilleros habían oído su grito y lo estaban buscando, temíamos que lo encontrasen.

Atravesamos la planicie de la mesa hasta el borde opuesto para espiar desde allí los movimientos de los dos jinetes. Estos se habían detenido para examinar el terreno, esperando, sin duda, que un relámpago rompiese las tinieblas; también nosotros lo esperábamos, con gran ansiedad, y presa de la mayor angustia.

¡Qué buena ocasión, para derribarlos de sus sillas! me dijo Bill en voz baja.

Tentado estuve de aprobar su idea; pero la prudencia me contuvo, porque había concebido la esperanza de recobrar la libertad.

En aquel momento un nuevo fulgor iluminó el horizonte. Los dos sombríos jinetes destacáronse de lleno en medio de aquel cárdeno resplandor; los teníamos a menos de cincuenta pasos de nuestros fusiles, y habríamos podido dispararles cómodamente; pero precisamente entonces tropezaron nuestros ojos con algo que nos hizo soltar las carabinas: era el cuerpo de Rube. Estaba boca abajo con, los brazos y las piernas extendidos en toda su longitud y la cara oculta entre la hierba. Desde la altura en que nos encontrábamos, semejaba la piel de un búfalo sujeta al musgo con estacas; pero sabíamos que era el cuerpo

del cazador. No estaba muerto, porque un cadáver no habría quedado en aquella postura.

No se nos ocultó el motivo que había tenido para colocarse de aquel modo, y el corazón nos latió con violencia, mientras la luz meteórica ondulaba sobre el paisaje. Rube estaba apenas a una distancia de quinientos pies, y, aunque perfectamente visible desde donde lo mirábamos, debió escapar a las investigaciones de los dos jinetes que se encontraban en la llanura, porque, cuando volvió a reinar la obscuridad oímos con gran satisfacción que se dirigían al otro lado de la eminencia, y, mientras caminaban, Ijurra manifestaba nuevamente su credulidad respecto a lo ocurrido.

Ni Bill ni yo nos movimos aguardando que un nuevo relámpago brillara, y, cuando esto ocurrió, la piel de búfalo había desaparecido. Solamente, allá a lo lejos, y casi a una milla de distancia, creímos divisar la misma forma aplanada contra el suelo; pero, como la superficie de la pradera recibía menos luz en aquel sitio, no pudimos cerciorarnos de ello.

Lo que no admitía duda, era que Rube había logrado escapar.

XXXIX
REFUERZO

Hasta entonces, y desde que tropezamos con la guerrilla, no respiré con satisfacción; tenía la seguridad de salir libre del lance. Mi compañero abrigaba la misma confianza, y, por consiguiente, volvimos a atravesar la cima de la mesa con más ánimo y tranquilidad.

No se nos ocurrió siquiera descolgarnos del cerro, porque era imposible con el trozo de cuerda que nos quedaba, y volvimos al borde de la roca para espiar a los guerrilleros e impedirles, en lo posible, que se acercaran a nuestros caballos.

La suerte de los pobres animales nos inquietaba cada vez más, desde que teníamos menos que temer por nosotros mismos. Mientras creímos que cada momento que transcurría podía ser el último de

nuestra vida, la suerte de *Moro* y del caballo blanco de los llanos me inspiró un interés relativo; pero a la sazón que estaba cierto de salir bien de aquel trance, recobraba sus derechos el recelo del porvenir, y me preocupaba el deseo de salvar a mi caballo y al hermoso corcel que era causa inocente de los peligros a que me había expuesto, y por cuya captura esperaba obtener una dulce recompensa.

Había pasado el peligro, y la libertad estaba próxima. Tal era la íntima convicción de mi compañero y la mía propia, porque sabíamos que Rube llegaría a la ranchería, y se apresuraría a volver con los socorros necesarios. Sin embargo, abrigábamos algunos temores de índole distinta. Quizá se hubieran alejado de la ranchería mis voluntarios, el ejército habría podido emprender la marcha... la avanzada recibir orden de replegarse... el mismo Rube haber sufrido algún tropiezo en el camino... quizás lo habrían muerto.. .

Esta última suposición era la que menos nos preocupaba porque contábamos con la astucia del cazador, que era capaz de penetrar hasta en el campamento americano, y aun en el del enemigo, en caso de necesidad. Si el ejército había hecho algún movimiento, Rube le daría alcance antes del amanecer,

pues no le sería difícil encontrar un caballo por el camino; se reuniría con mis voluntarios, y Holingsworth le prestaría algunos, aunque, en caso contrario, sobraban en el campamento merodeadores con quienes se podía contar fácilmente para una expedición de este género. Así, pues, no nos cabía duda de que nuestro amigo volvería con un refuerzo, antes de rayar el alba o al día siguiente.

Mientras tanto, defendiendo la roca con nuestras carabinas, no había enemigo que se nos acercara, ni hombre alguno, por intrépido que fuese, capaz de escalar nuestros atrincheramientos. La sed ni el hambre no nos inspiraban tampoco cuidado alguno, porque los dones de la fortuna habían caído sobre nosotros cual benéfico rocío: hasta en la solitaria cumbre de aquel cerro encontramos medios de aplacar la primera y satisfacer la segunda.

Al atravesar la planicie tropezamos con enormes cactus que, en gran número, allí crecían: eran las *mamillaria* de Quackenboss, de ancha copa, algunas de las cuales tenían hasta diez pies de diámetro. Garey sacó rápidamente su cuchillo, quitó a uno de los más gruesos troncos una parte de su corteza erizada de púas, le cortó el ápice, y formó una especie de taza

en su masa jugosa. Un minuto después mitigábamos la sed en aquella fuente vegetal del desierto.

Con la misma facilidad aplacamos el hambre. Los árboles de verde ramaje que habíamos divisado desde la pradera eran pinos de los que hay muchas especies en el norte de Méjico y cuyas piñas contienen semillas comestibles y nutritivas. Unas cuantas nos bastaron para satisfacer el apetito.

No hay, pues, que extrañar que con tales provisiones por el momento y con tan grandes esperanzas para el porvenir cesáramos de temer la impotente saña de nuestros enemigos. Nos tendimos para vigilar sus movimientos y defender nuestros caballos, y en esta actitud, al cárdeno resplandor de un relámpago, vimos a los guerrilleros en su puesto, exactamente lo mismo que los habíamos dejado. Un hombre de cada grupo estaba a caballo, mientras que su compañero, a pie, paseábase entre el cordón que formaban. Habían tomado hábilmente sus medidas, y se conocía bien que estaban resueltos a no dejarnos escapar.

La tormenta empezaba a calmarse, y los relámpagos eran menos frecuentes. Durante uno de estos intervalos, nos llamó la atención el rumor de las pi-

sadas de caballos que se oían a lo lejos: era el paso de una partida que iba por la pradera.

El ruido que producen los cascos de un caballo revela al habitante de las praderas si aquéllos llevan o no jinetes, y Bill conoció que los llevaban.

Los guerrilleros, siempre alerta, los oyeron lo mismo que nosotros, y dos de ellos se adelantaron a galope para reconocer quiénes eran. No vimos estos detalles porque era imposible distinguir un objeto a seis pasos de distancia en medio de las tinieblas que nos envolvían; pero las palabras de nuestros enemigos no los dieron a conocer.

El rumor partía de muy lejos; pero, como cada vez era más perceptible, dedujimos que los jinetes se iban acercando a la mesa. Esta circunstancia imprevista no nos esperanzó, porque Rube no tenía siquiera tiempo de haber llegado a la ranchería. Los recién llegados debían ser *el Zorro* y sus compañeros.

Permanecimos largo tiempo en duda, hasta que al fin llegaron los jinetes, y saludaron a los sitiadores, en tanto que los caballos de ambas partes relinchaban como si fuesen antiguos conocidos. En aquel momento brillaron algunos relámpagos, y nos sorprendimos desagradablemente al ver que no sólo había llegado *el Zorro*, sino que con él venían además

treinta hombres de refuerzo. Era casi seguro que el enemigo atacaría resueltamente nuestra fortaleza primitiva detrás del peñasco, y en este caso se apoderaría de nuestras cabalgaduras. Además, el socorro que nos trajera Rube podría ser demasiado débil contra fuerzas tan imponentes como las de los guerrilleros, que sumaban ya unos cincuenta hombres.

No se intentó el ataque, sin embargo, pues el enemigo se limitó a reforzar su cordón de centinelas y a tomar otras disposiciones para continuar el bloqueo.

Sin duda alguna nos consideraban fieras a las que es peligroso atacar en su guarida. Temiendo quizá el destrozo que podíamos hacer en sus filas con nuestras carabinas y revólvers, resolvieron rendimos por el hambre.

XL
UN ESPÍA INDIO

Era ya media noche.

La tempestad había cesado completamente y las nubes no empañaban ya el azul diáfano del firmamento.

Al cárdeno fulgor de los relámpagos había substituido la pálida y suave luz de la luna que acababa de salir matizando de plateados reflejos toda la superficie de la pradera, cuyas hierbas parecían enteramente blancas. La niebla y los efectos de espejismo habían desaparecido; el fluido eléctrico, al purificar la atmósfera, había devuelto al aire su frescura y limpidez. Aunque la luna estaba ya en cuarto menguante, era tan viva su luz, que se podía distinguir un objeto a larga distancia en la llanura, cuya plateada superficie dilatábase hasta los límites del horizonte. Sin

embargo, las nubes, prosiguiendo su marcha silenciosa, producían de vez en cuando algunas intermitencias de sombra, durante las cuales la pradera quedaba nuevamente sumida en la obscuridad más absoluta.

Hasta entonces habíamos permanecido Bill y yo en lo alto de la hendidura por donde habíamos subido a la mesa. Teníamos la luna a la espalda, pues la guerrilla acampaba al oeste del cerro; cuya sombra se proyectaba en la llanura; y, precisamente al lado de la línea de sombra, perfectamente marcada, se extendía la de los centinelas, muy próximos unos a otros. No podían vernos; en cambio, nosotros dominábamos perfectamente su posición, y les oíamos cantar y hablar.

Después de vigilarlos durante largo rato, Garey dejóme solo un momento para examinar la cumbre del cerro, y reconocer la pradera por el lado opuesto, en cuya dirección estaba la ranchería. Si mi escuadrón de caballería continuaba alojado en ella, no tardaría en acudir en nuestro socorro.

Apenas se había separado de mí Garey, cuando me llamó la atención un objeto obscuro que se destacaba en la llanura. Aunque estaba tendido y aplanado contra el suelo, como habíamos visto al Viejo

Rube cuando se escapó, no dudaba que aquel bulto era una forma humana. Lo veía confusamente, porque estaba lo menos a seiscientas yardas de la mesa y más allá de la línea de los guerrilleros. En aquel momento, una nube obscureció a la luna, y lo perdí de vista.

Sin embargo, continué mirando en la misma dirección, esperando que volviera a brillar el astro de la noche; pero cuando la nube hubo pasado, ya no estaba el bulto en el mismo sitio que antes, sino más cerca de los jinetes y en la misma postura que la primera vez. Sólo distaba unas doscientas yardas de los mejicanos, quienes no podían verlo, por haberse guarecido tras una gran mata de hierba, pero desde la elevada posición que yo ocupaba, no me pasaba nada inadvertido, pudiendo distinguir claramente aquella especie de fantasma. La duda era ya imposible: aquel bulto era el cuerpo de un hombre, más aún, el de un hombre desnudo, que brillaba al resplandor de la luna de modo inconfundible.

Hasta entonces había creído que fuese Rube, o, mejor dicho, lo había temido, porque estaba muy lejos de desear que el cazador regresara de un modo tan poco tranquilizador.

Aquel hombre me preocupaba en alto grado, y fluctué largo tiempo entre penosas dudas; pero, al fin, convencíme de que no podía ser Rube.

El misterioso personaje tenía la piel de un tinte sombrío, aunque lo mismo podía decirse de la del cazador, quien, nacido blanco, había adquirido un color cobrizo bajo la influencia del sol, del polvo, de la grasa, de la suciedad, y del humo de las hogueras que solía encender en las praderas, por cuya razón nada tenía que envidiarle, en este concepto, un indio de pura raza. Pero el buen cazador no se habría paseado en cueros, pues jamás se quitaba sus pieles de gamo. Además, el brillo aceitoso de aquel cuerpo no podía ser el de Rube; su piel no habría brillado de aquel modo a la luz de la luna. En resumen, aquel cuerpo tendido no podía ser el suyo.

Pasó otra nube que lo dejó todo envuelto en sombras y dejé de ver al misterioso personaje. Luego, cuando brilló de nuevo la luna, observé que ya no estaba junto a las matas de hierba, sino que se alejaba con ligereza y casi a rastras. Seguílo con la vista hasta que desapareció.

Después, muchas formas humanas se perfilaron confusamente en el límite de la pradera.

Debe ser Rube, acompañado de los voluntarios me dije a mí mismo.

Reconcentré cuanto pude mis miradas en aquella dirección y oí qué eran jinetes, que cabalgaban uno tras otro trazando una prolongada línea que se destacaba bajo la bóveda celeste como los eslabones de una cadena gigantesca. Esta circunstancia me hizo temer que no fueran mis soldados, porque éstos jamás iban de aquel modo, a no ser por un angosto desfiladero o por las sendas de la selva.

No podían ser otra cosa que una partida de indios que seguían el rastro de la guerra.

Entonces me expliqué la conducta del espía; era un explorador. La partida de que formaba parte se proponía sin duda aproximarse a la mesa, para acampar junto al cerro, y lo había enviado delante para reconocer el campo.

No me era posible prever el resultado de este reconocimiento; pero observé que los jinetes, se detuvieron para esperar sin duda, el regreso del mensajero. Un minuto después dejé de verlos a causa de la obscuridad que volvió a reinar en la pradera.

Antes de comunicar el suceso a Garey, aguardé que brillara la luna, para poder precisar los detalles de aquella inesperada aparición.

XLI
LA CABALLADA

Cuando brilló la luna, un cuarto de hora después, vi con sorpresa un grupo de caballos sin jinetes a media milla del cerro. En apariencia eran animales salvajes que se habían acercado a galope durante el intervalo de la obscuridad y que permanecían inmóviles y silenciosos.

Me disponía a llamar a mi camarada para darle cuenta de lo ocurrido, cuando lo vi a mi lado. Había dado la vuelta a toda la meseta sin observar nada, e iba a decirme que la guerrilla continuaba en su puesto.

Pero, ¡calla! exclamó al ver la caballada, ¿qué demonio es eso que hay allá abajo?... ¿caballos salvajes?... Es muy raro que los guerrilleros no los hayan visto. ¡Voto a bríos!...

Ignoro qué pensaba Garey seguir diciendo, porque le interrumpió un alarido salvaje que salió de la línea de los mejicanos. Un momento después todos ellos saltaban sobre sus corceles y se ponían en movimiento, lo que nos hizo suponer que habían visto a los caballos salvajes; pero nuestra sorpresa no tuvo límite cuando advertimos que la causa de aquella alarma: éramos nosotros mismos, pues los guerrilleros, en vez de dar frente a la llanura, acercáronse a la pared de roca, y dispararon sus carabinas, gritando con furia. Distinguimos perfectamente el desmesurado fusil del *Zorro*, y oímos el silbido de su bala que nos pasó muy cerca de la cabeza.

Ya muy alta la luna, la sombra de la eminencia se había reducido, y, al mirar nosotros la caballada habíamos cometido, la imprudencia de ponernos de pie. Nuestras sombras, aumentadas en proporciones gigantescas, se prolongaban en la llanura directamente bajo la vista de nuestros enemigos, que no tuvieron más que levantarla para descubrirnos.

Nos agazapamos precipitadamente entre las malezas, y preparamos las carabinas.

La sorpresa que produjo a los guerrilleros nuestra aparición repentina pareció hacerles olvidar su prudencia habitual, pues muchos acercáronse resuel-

tamente hasta ponerse a tiro de fusil: éstos debían pertenecer al número de los recién llegados. Desde la meseta no podíamos distinguir bien sus formas; pero uno de ellos montaba por desgracia suya un caballo blanco, que le sirvió a Garey para hacer una buena puntería y descargar su carabina. Parecióme oír un gemido ahogado, y casi al mismo tiempo vi al caballo blanco alejarse a escape, pero sin jinete.

Disponíase Bill a cargar su arma de nuevo, cuando resonó un grito que le hizo suspender esta operación para, aplicar el oído. Aquel grito se repitió varias veces con la feroz entonación de los salvajes.

¡El grito de guerra de los comanches! exclamó Garey después de escuchar un momento ¡El grito de guerra de los comanches! ¡Bravo, bravo! ¡Tienen que habérselas con los indios!

En medio de aquellos clamores percibimos las rápidas pisadas de los caballos, que hacían retemblar el suelo. De segundo en segundo hacíanse más distintos aquellos sonidos: era que los salvajes atacaban a la guerrilla.

La luna salió de entre las nubes que habían obscurecido su luz, y la dilatada superficie de la pradera quedó iluminada. Cada uno de los caballos salvajes llevaba un jinete, un indio desnudo hasta la cintura,

cuyo cuerpo teñido de encarnado despedía metálicos reflejos a los argentados rayos del astro de la noche,

Todos los mejicanos habían montado a caballo para rechazar a los nuevos e inesperados enemigos, pero con evidentes muestras de irresolución.

No aguantarán esa carga imprevista dijo Garey; y no se equivoco.

Los salvajes habíanse acercado a menos de cien, pasos de la línea de los mejicanos, cuando los vimos detenerse de pronto; pero sólo el tiempo necesario para reconocer el orden de batalla del enemigo, y dispararle una nube de flechas. Los pieles rojas avanzaron, lanzando sus feroces alaridos, y blandiendo sus desmesuradas lanzas.

Los guerrilleros hicieron fuego, pero no esperaron a cargar sus armas de nuevo. La mayoría arrojaron las carabinas y volvieron las espaldas al enemigo, y huyeron a todo escape. Los indios se lanzaron velozmente en su persecución, sin cesar de gritar furiosamente; estaban, sin duda, tanto más enfurecidos cuanto que los odiados mejicanos iban probablemente a escapárseles. Estos últimos nos debían la voz de alerta que les permitió estar prevenidos, pues a no ser por esta circunstancia fortuita, los indios

habrían caído sobre ellos de improviso, en cuyo caso hubiera sido bien distinta su suerte.

Cuando vimos la dirección que unos y otros seguían, Garey y yo atravesamos corriendo la mesa para mirar por el otro lado. Al llegar al borde del precipicio, vimos pasar a los combatientes a lo largo de la base de la colina, precisamente por debajo de nosotros. Corrían por grupos divididos, separando apenas doscientos pasos a los últimos perseguidos de sus más adelantados perseguidores. Estos no cesaban de lanzar su grito de guerra, mientras que los mejicanos huían en silencio, conteniendo el aliento, y con la voz sofocada por temor a morir en la contienda.

De pronto la guerrilla prorrumpió en un rugido de desesperación, breve y rápido, deteniéndose bruscamente.

En la dirección opuesta y a unas trescientas yardas de distancia, apareció una partida de jinetes que corrían hacia nosotros. Divisamos el brillo de sus armas y oímos los gritos que a su vez lanzaban, así como el sonido de los cascos de sus caballos, sonido en el que adivinamos el paso del caballo americano. Aquellas voces de extraordinaria vehemencia nos eran bien conocidas.

¡Viva! ¡Los voluntarios! exclamó Garey gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

Estupefactos y fuera de sí al tropezar con aquel nuevo enemigo, los guerrilleros habíanse detenido un momento, creyendo sin duda que tenían delante otra partida de pieles rojas; pero, como la indecisa luz de la luna los favorecía, y ya empezaban a entrar en juego las carabinas, torcieron de pronto hacia la izquierda, y se precipitaron al través de la llanura.

Los indios, al ver esta maniobra, trazaron una diagonal para cortar el camino a los guerrilleros; pero los voluntarios, que estaban ya muy cerca, efectuaron el mismo movimiento por su derecha, y los hijos del desierto y los americanos corrieron en línea oblicua al encuentro unos de otros.

La luna, que hacía algunos minutos se mostraba avara de sus rayos, ocultóse por completo detrás de una nube, volviendo a reinar la obscuridad más absoluta. Dejamos de ver la lucha, pero oímos el choque de las dos bandas que llegaban en sentido opuesto, y luego el horrible grito de guerra de los salvajes confundido con los de venganza de los voluntarios, y, por último, los disparos de las carabinas, las rápidas detonaciones de los revólvers, el martilleo de los sables contra las astas de las lanzas, el crujido

del acero al romperse, el relincho de los caballos, las voces de triunfo de los vencedores y el angustioso gemido de las víctimas.

Con el corazón oprimido y los nervios en tensión, permanecíamos en pie sobre la roca, escuchando atentamente aquellos rumores confusos y terribles. No fueron éstos de larga duración; la furiosa lucha concluyó pronto. Cuando la luna iluminó nuevamente la pradera, la batalla había terminado, viéndose tendidos por doquier cadáveres de hombres y de caballos.

A lo lejos, hacia el Sur, vimos un grupo que desaparecía: era la guerrilla. Por el Oeste, otros jinetes huían también con gran celeridad aislados o por grupos, pero éstos no eran los vencedores; las aclamaciones de triunfo que hasta nosotros llegaban desde el teatro de la lucha nos revelaban que habíamos quedado dueños del campo. Los voluntarios habían vencido.

¿Dónde estás, Bill? gritó desde abajo una voz que ambos conocimos enseguida.

Aquí, aquí contestó Garey.

Bien, bien. ¡Qué gran paliza hemos dado a los pieles rojas! He quedado satisfecho; pero más lo es-

taría si los mejicanos, a quienes Dios confunda, no se hubiesen escapado.

XLII
ACLARACIONES

La refriega sólo duró diez minutos. Fue un drama fantástico representado a la claridad de la luna con entreactos de obscuridad. Los movimientos de los combatientes habían sido tan rápidos, que después de disparar, ningún fusil fue cargado de nuevo. En cuanto a los guerrilleros, no parecía sino que él grito de guerra indio les había hecho caer las armas de las manos, porque el sitio donde se les sorprendió estaba sembrado de carabinas, escopetas y lanzas. El gran fusil del *Zorro* fue encontrado también en la pradera.

A pesar de la rapidez del combate, su resultado fue bastante trágico tanto para los mejicanos como para los indios; cinco guerrilleros habían mordido el polvo, y doble número de guerreros salvajes, cuyos

cuerpos relucían a causa de la capa de pintura encarnada de que estaban embadurnados. Los mejicanos yacían cerca de la mesa, donde cayeron al emprender la fuga. Los indios estaban más lejos.

No se crea por esto que los voluntarios no tuvieron que sufrir en la refriega, pues dos de ellos habían sido precipitados de sus sillas, traspasados por las lanzas comanches, y diez o doce resultaron heridos, más o menos gravemente.

Mientras Quackenboss escalaba la roca escarpada, Bill y yo hablamos de los extraños incidentes que, habíamos presenciado, ayudándonos a comprenderlos las explicaciones que nos daban desde abajo.

Los indios eran una banda de comanches, como su grito de guerra lo indicaba, y su llegada en momento tan crítico había sido casual, a lo menos en lo que a nosotros y a los mejicanos concernía. Era una partida armada, que seguía el rastro de la guerra con el deliberado propósito de saquear una rica ciudad mejicana en la orilla opuesta del Río Grande, a veinte leguas de la ranchería. Su espía había descubierto a los mejicanos, enemigos a quienes el arrogante comanche profesa gran desprecio; pero, como no desprecia igualmente sus caballos, sus caparazones plateados, sus vistosas mantas, los calzones con boto-

nadura de plata, y, en fin, todos sus atavíos, armas y equipo, les atacaron para apoderarse de todos esto objetos. Sin embargo, su odio secular a la raza española, odio tan antiguo como la conquista, y el deseo de vengar recientes injurias hubieran bastado por sí solos para justificar aquella agresión.

Un indio que había quedado herido en el campo nos refirió después estos detalles.

Por fortuna para los mejicanos, los salvajes, después de su derrota, desistieron de atacarles, y regresaron tristes y humillados a sus guaridas de la montaña.

El resto quedaba explicado más fácilmente, tanto para Garey como para mí.

Rube había llegado sano y salvo a la ranchería, y a los diez minutos de revelar nuestra situación, cincuenta voluntarios con Holingsworth a la cabeza montaban a caballo y se encaminaban al cerro, guiados por el viejo cazador. Lo mismo que los indios, sólo habían caminado durante los intervalos de obscuridad; pero, como venían en dirección contraria, habían tenido siempre la mesa entre ellos y el enemigo, por lo que confiaban sorprender a los guerrilleros. Estaban ya casi a tiro de fusil, cuando resonó en sus oídos el grito de guerra de los salvajes, y la

guerrilla fugitiva fue casualmente a tropezar con ellos. Sabiendo que todos los que se acercaban por aquel lado no podían ser mas que enemigos, dispararon, y, después, avanzando también ellos, se encontraron frente a frente con los guerreros de las praderas. La reciproca sorpresa causada a los voluntarios y a los indios por aquel encuentro inesperado, favoreció a los cobardes guerrilleros, que, aprovechándose de la momentánea detención del doble enemigo que los perseguía y del confuso choque que se siguió, huyeron con relativa facilidad.

Si los voluntarios no hubiesen llegado al campo de batalla tan oportunamente, los indios nos habrían librado, sin duda alguna y sin pretenderlo, de aquellos otros enemigos no menos salvajes que los pieles rojas, y los recién llegados nonos habrían descubierto tal vez a Bill y al mi, pero hubiéramos perdido los caballos. Lo cierto fue que a los pocos minutos de haberse terminado la refriega estábamos montados en nuestros corceles, libres de todo peligro, y caminado hacia la ranchería, escoltados por el escuadrón.

Wheatley iba a mi lado; pero Holingsworth se quedó en la pradera con un corto número de soldados para recoger el botín y enterrar a nuestros desgraciados compañeros.

Holingsworth, en la llanura, iba y venía entre los cadáveres de los cinco guerrilleros, y los volvía hasta que la luna iluminaba sus lívidas facciones. Eran tan extraños sus movimientos y tan grave su actitud, que se le ha habría creído muy ocupado en buscar el cadáver de un amigo muerto en la pelea, o, tomándosele por un ladrón, merodeando para despojar a los difuntos.

Sin embargo, no se cuidaba de una cosa ni de otra: lo que buscaba era un enemigo, que no pudo encontrar. Cuando hubo examinado los rostros de los cinco cadáveres, separóse de ellos, y por la indiferencia con que se alejó del sitio en que yacían, conocí que entre ellos no estaba el que había buscado.

¿Qué ocurre, Wheatley?

Mucho. Parece que hemos errado el golpe. Dícese que no podemos llegar a Méjico por este camino, y que, por lo tanto, van a sacarnos de aquí, y a llevarnos por mar a un puerto del golfo, a Veracruz, según todas las probabilidades.

Es una gran noticia en efecto.

Pues maldita la gracia que me hace repuso Wheatley.

Comprendía en parte que no agradase a mi teniente la noticia de cambiar de línea de operación. El

alegre Wheatley conocía el aburrimiento; había conseguido pasa alegremente sus horas de ocio con Conchita, la hija de negros ojos del alcalde, y en más de una ocasión, le había sorprendido, sin pretenderlo, en sus amorosos coloquios. Para el buen tejano, la ranchería con sus casas de barro y sus callejuelas llenas de polvo era una ciudad de suntuosos palacios, con sus calles empedradas de oro; era el paraíso para Wheatley, y Conchita el ángel que habitaba esta mansión de delicias.

Tampoco deseaba yo cambiar de cuarteles. Aun no había recibido el escuadrón orden de retirarse; pero mi compañero sostenía que el rumor del campamento tenía visos de realidad, y pensaba que podíamos recibirla de un momento a otro.

¿Y qué dicen por ahí de mí? pregunté a Wheatley.

¿De usted, capitán?... Nada... ¿Qué han de decir?

Alguien habrá comentado mi ausencia...

¡Ah, eso no! Nadie ha dicho una palabra, a lo menos en el cuartel general, por la sencilla razón de que no han advertido que usted faltase...

¡Me alegro! Pero, ¿cómo ha sido? ...

Holingsworth y yo hemos creído favorecer a usted ocultando esta circunstancia a todo el mundo hasta tener seguridad de que había usted muerto, si hubiera ocurrido esta desgracia. Y la verdad es que ya habíamos perdido la esperanza de verle, pues el vaquero que le sirvió de guía volvió a decirnos que habían ido dos cazadores a buscarlo. Por la descripción que nos hizo, conocí que uno de éstos era el viejo Rube, y me consolé pensando que si algo quedaba de usted, él lo encontraría.

¡ Gracias, amigo! Ha procedido usted cuerdamente; su discreta conducta me ha evitado muchas molestias. ¿Y no ocurre nada más? añadí después de una pausa.

No respondió Wheatley; nada que sea digno de mención. Pero, ahora que caigo prosiguió, tengo algo que decirle. ¿ Se acuerda usted de los vaqueros que venían a fisgar alrededor del pueblo en los primeros días de nuestra llegada? Pues bien, se han marchado; todos esos descamisados han levantado el campo y no se les ve por ninguna parte. Ahora puede uno pasearse por todo el establecimiento sin encontrar un mejicano, excepto los viejos y las mujeres. He preguntado al alcalde adónde hablan ido; pero ese viejo estafermo se ha limita-

do a mover la cabeza y a repetirme su sempiterno: ¿Quién sabe? Creo excusado decir que han debido unirse a alguna partida de guerrilleros.¡ Voto a bríos! Y ahora se me ocurre que quizá formaran parte de la cuadrilla que hemos dispersado. He visto a Holingsworth pasando revista a los cinco muertos cuando salimos de la pradera, él podrá decirnos si habla entre ellos algunos de nuestros antiguos conocidos.

Como yo estaba más enterado que Wheatley, me apresuré a decirle quiénes eran los guerrilleros y su jefe.

¡Ira de Dios! Me lo figuraba. ¡ Rafael Ijurra! No me sorprende que Holingsworth haya montado a caballo con tanta presteza; tenía tal prisa por llegar al cerro, que no se acordó, de decirme a quién íbamos a perseguir. ¡Qué majaderos hemos sido dejando escapar a esos tunantes! Debíamos ahorcarlos a todos la primera vez que llegamos aquí; sí, eso debimos hacer, ¡voto al demonio!

Seguimos caminando algún tiempo en silencio.

Veinte veces tuve en los labios una pregunta, y otras tantas me contuve creyendo que Wheatley me diría algo más interesante que lo que hasta entonces había dicho; pero permanecía callado.

Entonces le pregunté con afectada indiferencia:

¿No nos han visitado? ¿No ha venido nadie del campamento?

Ni un alma respondió Wheatley volviendo a su meditabundo silencio.

¿Nadie ha preguntado por mí? volví a preguntar resuelto ya a hablar con claridad.

Nadie replicó el teniente; pero, si... aguarde usted... sí... añadió con cierto tonillo que no me pasó inadvertido, han preguntado por usted.

¿Quién? pregunté.

No puedo acordarme respondió el teniente con alguna sorna, pero parece que hay *alguien* que se interesa por usted. Hay también cierto rapazuelo mejicano que no ha hecho más que ir y venir. Naturalmente, alguna persona habrá mandado a ese muchacho; pero es un tunante muy listo, y no ha querido decirnos ni quién lo envía ni cuál es su oficio. Unicamente ha preguntado si había usted vuelto, y ha puesto una cara muy fea cuando se le ha contestado con una negativa. He observado que ha venido y se ha marchado por *el camino que va la hacienda.*

Wheatley subrayó estas últimas palabras.

Hubiéramos podido detener a ese galopín como espía continuó con calma y acento burlón; pero creímos que debía enviarlo algún amigo de usted.

Más de una vez había yo dirigido indirectas a mi teniente acerca de su Conchita, y él aprovechaba, la ocasión para desquitarse. No me molestó: mi compañero habría podido tomarse todas las libertades posibles en semejante momento, pues sus detalles llegaban a mi oído como la melodía más grata, y proseguí mi camino con la satisfactoria persuasión de que no me olvidaban. Isolina se interesaba por mí.

Al poco rato, detúvose mi mirada en un objeto brillante: era la veleta dorada de la capillita, bajo la cual resplandecían a mis ojos las blancas paredes de la hacienda, bañadas por la pálida y suave luz de la luna. Palpitó mi corazón a impulso de extrañas emociones, cuando contemplé aquella vivienda, pensando en la espléndida joya que contenía tan brillante estuche.

XLIII
APUROS DE QUACKENBOSS

Apenas había la rosada aurora franqueado al sol las puertas del Oriente, cuando llegamos a la ranchería. Había ya satisfecho el hambre, pues algunos voluntarios que más previsores que sus compañeros, llevaban sus morrales bien provistos, pusieron a mi disposición los alimentos que llevaban; satisfice también mi sed con el contenido de sus calabazas, y Wheatley, siguiendo su costumbre, obsequió a todos con su frasco de aguardiente.

Aunque ya no necesitaba vigilar, ni me acosaba temor alguno, me sentía, sin embargo, sumamente cansado, de suerte que me acosté casi vestido, y me dormí al punto. Algunas horas de reposo fueron suficientes para reparar mis fuerzas físicas y mi vigor

moral. Cuando me desperté estaba lleno de salud y de esperanza.

Me vestí con relativa pulcritud, tomé un ligero desayuno, encendí un cigarro y subí a la azotea. Mi arrogante cautivo, el caballo blanco de los llanos, estaba en medio de un grupo, encorvando su airoso cuello, como si comprendiera la admiración de que era objeto por parte de los voluntarios, vendedores y leperos que lo rodeaban.

¡Magnífico regalo, digno de una princesa! pensé.

Había pensado llevar mi presente personal té, y por esta razón me había vestido con mayor esmero; pero, después de pensarlo, renuncié a este proyecto. Varias consideraciones me lo aconsejaron así, y principalmente el temor, que mi delicadeza me imponía, de comprometer con una visita personal a la familia de la hacienda. El sentimiento patriótico aumentaba de día en día; la simple admisión de un regalo podía hacerse peligrosa. Además, el famoso caballo no debía entregarse como un obsequio, sino como una restitución a cambio de la yegua favorita a que yo había dado muerte y no debía investirme con el carácter de un donador.

Mi criado negro llevaría el magnífico prisionero a la hacienda. Rodeé la cabeza del arrogante animal con el lazo blanco de Isolina, y sólo me faltaba ya dar al negro la orden de marcharse con el caballo.

Confieso que en aquel momento me desagradaba que el asunto tuviera publicidad. Mis soldados eran hombres de despejada inteligencia, y, por ciertos cuchicheos que hasta mí llegaron, comprendí que lo sabían todo, y temí las burlas y cuchufletas de mis alegres compañeros. Había pensado esperar que se hiciera de noche, pero un incidente imprevisto me proporcionó la ocasión que deseaba.

El héroe de aquella escena era Elijah Quackenboss.

No había en mi compañía ningún otro hombre que vistiese tan mal como él. Apenas le duraba una semana su traje de paño burdo, no sólo a causa de su mala facha y habitual desaseo, sino también de los desgarrones que se hacía en sus excursiones botánicas, de suerte que siempre estaba hecho un andrajoso.

La escaramuza de la noche anterior le fue bastante provechosa; había muerto de un tiro a uno de los cincos guerrilleros y sus compañeros se le dieron en las barbas, cuando así lo declaró; pero Quacken-

boss les demostró la exactitud de su aserto extrayendo la bala del cuerpo del mejicano y enseñándosela. El calibre particular de su carabina probó hasta la evidencia la identidad del proyectil, y todos reconocieron que Quackenboss había matado en regla a su enemigo.

Según las leyes de la guerra de los voluntarios, el vestuario y efectos de aquel mejicano eran propiedad de Elijah, por lo que éste pudo quitarse su andrajosa ropa, y presentarse en la plaza vistiendo un traje menos estropeado. Jamás se habían visto dos piernas como las suyas metidas en la gruesa pana de Méjico, ni dos brazos tan desiguales embutidos en las mangas de una chaqueta bordada. Toda la persona del voluntario tenía un aspecto tan grotesco que, al aparecer en la plaza, sus camaradas y los indígenas que allí había le recibieron con estrepitosas carcajadas. Hasta los taciturnos descendientes de los indios mostraron sus blancas dentaduras, coreando las risas de los voluntarios.

Además, entre los varios efectos del botín, Quackenboss habíase apoderado de un mustang comanche, y como su caballo de batalla iba haciéndose viejo, esta captura le sirvió para substituirlo. Cuando se presentó en la plaza llevaba de la brida a su mus-

tang, al cual había puesto la silla y riendas de su antiguo caballo.

Apenas se habían calmado las risas, dióse orden de montar a caballo, y Quackenboss saltó en el suyo; pero el pícaro comanche empezó a tirar coces, a encabritarse, a dar botes de carnero, a tratar de morder y, en fin, a hacer todo lo posible por desembarazarse de su jinete. Cayósele a éste el sombrero, se le escapó de las manos la carabina; los ondulantes pliegues de la manta mejicana le entorpecieron los movimientos, y la vaina de acero de su sable le azotaba de lo lindo. Además, le caían sobre el rostro sus largas y despeinadas guedejas, viéndose el pobre muchacho en la situación más ridícula del mundo.

Ninguno de los circunstantes podía contener la risa, y en toda la plaza resonaban los gritos y carcajadas que les producía aquel espectáculo.

Lo que más llamaba la atención a sus camaradas era que Quackenboss se mantenía firme en la silla, pues sabían que era jinete pésimo, pero, esto no obstante, y a pesar de todos los saltos, corvetas y furiosas coces del animal, Elijah permanecía inmóvil. Los voluntarios no salían de su asombro.

El misterio se aclaró pronto. Después de mirar uno de los circunstantes, más astuto que los otros, la

parte inferior del mustang, gritó con todas sus fuerzas:

¡Eh, eh! ¡Se le han enganchado las espuelas!

Todos los ojos se fijaron en un mismo punto, prorrumpiendo la multitud en una verdadera tempestad de carcajadas al conocer la causa de la habilidad de Quackenboss.

Al montar éste a caballo, receloso ya de las intenciones del mustang, habíale oprimido entre sus piernas, las cuales, a causa de su desmesurada longitud, rodearon completamente el cuerpo del animal, de modo que sus talones se tocaban por debajo del vientre del cuadrúpedo; pero se había olvidado de las espuelas, cuyas rodajas de seis pulgadas de diámetro hostigaban al mustang, que pretendía desembarazarse de su enojosa carga coceando a diestro y siniestro. A fuerza de dar vueltas, las rodajas se encajaron una en otra, sujetando a Quackenboss con tanta solidez como si el jinete estuviese atado a la silla con correas.

Al fin, un alma caritativa sacó de aquel trance a Quackenboss. Fue uno de los testigos de la comedia que acudió en auxilio del voluntario arrojando su lazo al cuello del enfurecido mustang.

XLIV
UN ENAMORADO SOBRE LA PISTA

Cuando todos estaban distraídos contemplando la ridícula figura de Quackenboss despaché a1 negro con mi interesante encargo, y aguardé el resultado con verdadera ansiedad. Desde la azotea de mi casa, vi al mensajero subir por la colina, conduciendo el hermoso caballo, hasta que desapareció en el amplio zaguán de la hacienda. No tardé en verle salir de nuevo, sin el caballo, lo que demostraba que el obsequio había sido admitido. Conté los minutos hasta que resonaron en la escalera unos pesados pasos, y apareció en la puerta de la azotea una cara negra y reluciente; pero no trajo ninguna carta, ni más contestación que mil gracias, lo cual me disgustó extraordinariamente porque había esperado recibir algo más que esa mera frase de gratitud.

Mi criado, por lo contrario, volvió muy contento, y no le faltaba razón porque en la rojiza palma de su mano brillaba una onza de oro.

¿Quién te ha dado eso? le pregunté.

Una señorita, mi capitán; la cuarterona mas linda que mis ojos han visto desde que los abrí por vez primera.

Quien con tanta generosidad le había recompensado su servicio no podía ser otra que Isolina.

De buena gana le habría aplastado el cráneo a aquel tunante, a no haber sido por la regia munificencia que demostraba la satisfacción con que se había aceptado mi regalo, porque había esperado recibir, más dulce recompensa. Absorto en mi pensamiento, seguí paseándome por la azotea.

La ranchería estaba de fiesta.

Los ecos de las campanas y otros no menos alegres resonaban a nuestros oídos; iban llegando las aldeanas con sus vistosos trajes, y las indias con sus zagalejos de vivos colores y su artístico peinado lleno de cintas encarnadas. Los moradores de los pequeños ranchos vecinos venían por grupos a la plaza, formando largas filas de paseantes junto a la iglesia. Luego, sonaron las guitarras y en las esquinas de las calles se encendieron fuegos de artificio.

Cansado de aquella baraúnda, mandé ensillar mi caballo para dar un paseo y buscar en el tranquilo fondo del chaparral el reposo que necesitaba mi agitado espíritu. Mientras esperaba que *Moro* estuviera atalajado, algo precipitó las pulsaciones de mis arterias. Como no separaba la vista de la hacienda de don Ramón de Vargas, vi salir un caballo por su portal. El pelaje de aquel cuadrúpedo, de nívea blancura, y la lujosa manta escarlata de la persona que lo montaba no podían pasarme inadvertidos: era el caballo blanco de los llanos, y su jinete Isolina.

Bajó la cuesta que iba desde su hacienda hasta el río, y un minuto después el espeso follaje de los plátanos ocultó a mi vista aquel brillante meteoro. La joven se detuvo un momento en el lindero del bosque, y me pareció que miraba con interés hacia el pueblo; pero la dirección que siguió fue la contraria. Pedí mi caballo con impaciencia y casi con enojo, pues mi primer impulso fue seguir a Isolina, y, apenas me hube montado, salí a escape del pueblo, pasé rápidamente por los plantíos de yucas, y salí a campo raso sin acortar la marcha.

Caminaba yo junto al río por una cañada llena de espesos arbustos, entre los que crecían numerosas plantas bronceliáceas, cuyos plateados festones, ex-

tendiéndose de rama en rama, ocultaban el sol y producían en la cañada una agradable sombra. Allí encontré un muchacho mejicano; pero, como reinaba en el vallecito cierta obscuridad y además era tan rápida mi carrera, no pude hacer ninguna otra observación. El chicuelo me llamó y pronunció algunas palabras, pero éstas se perdieron entre el ruido de las pisadas de mi caballo; creyendo que el muchacho me llamaba para alguna tontería, seguí adelante sin hacer caso.

Cuando ya me había alejado demasiado, parecióme haber oído en otra ocasión aquella voz, y me acordé de cierto criadito de la hacienda, al cual más de una vez había visto en las rancherías. Ocurrióseme entonces retroceder para hacer algunas preguntas al rapaz; pero me encontraba muy lejos, y después de una breve reflexión proseguí mi rápida carrera.

Poco rato después, llegué al pie de la colina en cuya cumbre estaba situada la hacienda; y desde allí metíme por una senda que daba la vuelta a la eminencia. A los doscientos o trescientos pasos me encontré en el mismo sitio donde había perdido de vista desde la azotea el objeto de mi persecución; pero, como estaban impresas en el suelo las huellas de los cascos de su caballo, penetré en el bosque si-

guiendo aquella pista. Esta se desviaba de pronto para dirigirse a un frondoso y ancho barranco donde no vi nada que se pareciese a un camino o sendero frecuentado. A medida que *Moro* avanzaba, la arboleda era más espesa y el paso más difícil: durante media milla lo menos me vi obligado a dar mil rodeos por aquel bosque, ya dando la vuelta a un tronco enorme, ya torciendo a derecha o izquierda para poder pasar entre la inextricable red que formaban las cañas, los bambúes, las zarzaparrillas, las lianas y otras gigantescas plantas trepadoras.

Por último, advertí que el terreno formaba una suave pendiente, y por la marcha de *Moro* conocí que estábamos en una colina. El bosque empezó a aclararse; de trecho en trecho alternaba la espesura con algunos claros; los árboles eran menos corpulentos y su follaje menos compacto. Había llegado casi a la cumbre de la colina; las huellas eran muy recientes allí y aun no habían cesado de agitarse las ramas que el caballo blanco empujaba a su paso; mi amazona no podía, por lo tanto, llevarme mucha ventaja, y hasta me pareció percibir el ruido de las pisadas de su corcel.

Proseguí en silencio mi camino, esperando ver a cada instante la manta escarlata o las blancas crines

del animal, y, efectivamente, a los pocos pasos, se ofrecieron a mi vista Isolina y su corcel, entre el velloso follaje de las mimosas. La joven había llegado a la cumbre de la colina, a un sitio en que terminaba la arboleda, claro rodeado de bosque por todas partes. La cima despejada dominaba todo el paisaje circunvecino, mientras aquel ameno espacio parecía estar destinado a la soledad y al reposo.

Isolina estaba parada e inmóvil escuchando embelesada el gorjeo de las avecillas, y el zumbido de las abejas y aspirando el perfume de las flores. Quedéme algún tiempo indeciso, no sabiendo si avanzar o retroceder. Sentíame como avergonzado, y creo que habría concluido por retirarme, si en aquel momento no hubiera visto a Isolina sacar un reloj para mirar la hora, dirigiendo miradas inquietas en dirección de la llanura que se extendía al pie de la colina. Por poca importancia que tuviera aquella acción me produjo cierto disgusto. ¿Habría corrido hacia mi condenación?... ¿Me habría apresurado a escuchar mi sentencia?...

Entonces comprendí el objeto de aquella carrera solitaria y hasta cierto punto misteriosa por senderos difíciles y extraviados; entonces pude explicarme aquellas miradas afanosas y aquel ansioso modo de

escuchar. Se trataba, sin duda alguna, de una cita amorosa.

Las riendas se me cayeron de las manos... estaba indeciso... oprimíaseme más y más el corazón... los pájaros se burlaban de mí... los papagayos, para mortificarme, repetían su nombre... y los aras gritaban también con infernal algarabía: *¡ 1jurra! ¡ Ijurra!*

Esta idea me devolvió la razón y la energía, lo mismo que el olor de la sangre excita los nervios del tigre. Agarré nuevamente las riendas de *Moro* con crispados dedos, afirmé los pies en los estribos, y mi corazón y mis brazos recobraron su perdido vigor. Tres pasiones, el odio, los celos y la venganza, triplicaban mis fuerzas, y, bajo su influjo poderoso, me sentí lleno de audacia y confié en el éxito de mi empresa Entonces, me creía, en efecto, capaz de dar muerte a aquel rival aborrecido, tan sólo con mis manos.

Los pensamientos sanguinarios que me agitaban debieron comunicarse a mi caballo, porque de pronto levantó la cabeza y relinchó furiosamente. Otro relincho le respondió desde el claro del bosque, y casi al tiempo mismo gritó una voz:

¿Quién va?

No podía ya permanecer oculto. Comprendí que había sido visto, y espoleando a *Moro* hacia el espacio despejado, me encontré poco después frente a Isolina.

XLV
DECLARACIÓN DE AMOR

Al verme, los hermosos ojos de Isolina de Vargas me lanzaron una mirada que reflejaba la sorpresa, y que me hizo bajar los míos, al comprender la incorrección de mi conducta. Buscaba en mi imaginación una disculpa cualquiera que explicara mi audacia, y, como no la encontrase, resolví confesarle la verdad.

¡Adiós, caballero! me dijo, interrumpiendo mis reflexiones. ¡Caramba! ¿Quién le ha servido a usted de guía? ¿Cómo ha encontrado usted solo este sitio?

Fácilmente, señorita, siguiendo las huellas dé su caballo...

¿Pero tan pronto?... No le esperaba a usted todavía.

¡Claro! Esperaba usted a otro.

Justamente. Creí que Cipriano llegaría primero que usted.

¡Cipriano!

Sí, Cipriano.

Señorita; si ese es otro de los nombres de su primo, le confieso que sería preferible que no llegara.

¿De mi primo?... ¿Que sería preferible que no llegara? Pero, por la Santísima Trinidad, ¿qué dice usted, capitán? No le comprendo.

En sus grandes ojos negros se reflejaba el asombro y yo estaba tan embarazado como ella; pero, una vez empezada la explicación, estaba decidido a no callarme hasta terminarla.

En ese caso, señorita, hablaré con más claridad. Si Rafael Ijurra se presenta aquí, dejaremos de existir uno u otro. Ha intentado matarme y he jurado arrancarle la vida donde lo encuentre.

¡Dios haga que realice usted su deseo!

Pues qué. ¿Su primo...?

Mi primo, Rafael Ijurra, es mi mayor enemigo, el enemigo más encarnizado de mi familia.

¿Pero no lo esperaba usted?

¡Esperarle yo! ¡Ja, ja, ja! No. Por poco temor que me inspire, no desearía encontrarme a solas con Rafael Ijurra.

Me deja usted asombrado. Hágame el favor de explicar...

Por Dios, capitán, usted es el que debe explicarse. Le he dado esta cita para manifestarle mi gratitud por el magnífico caballo que me ha regalado; y, sin embargo, se acerca usted con los ojos echando chispas, y hablándome con acritud...

¿Que me ha dado usted esta cita?

Sí, señor. Por razones que no pueden ocultársele, no me he atrevido a ir a su alojamiento y he elegido este sitio como sala de conversación. ¿ Qué le parece a usted, caballero? ¿ Verdad que es muy a propósito?

A su lado señorita, el sitio más agreste y triste sería para mí un paraíso.

¿Vuelve usted a poetizar? ¡Ah capitán! No olvide el dominó amarillo. Nada de adulación, se lo ruego; no estamos en el baile de máscaras. Hablemos pues, francamente.

Acepto esas condiciones porque he venido dispuesto a hacer una confesión y debemos hablar con toda franqueza.

¡Una confesión!

Sí; pero permítame que le haga una pregunta primero.

¡Oh! ¿Desea usted confesarme también?

Así es, señorita.

Bravo, capitán. Prosiga; le contestaré sinceramente.

En ese caso, dígame quién es ese Cipriano a quien espera usted.

¿Quién quiere que sea? Mi criado, el que le ha llevado a usted mi encargo. Pero, ¿por qué me pregunta usted eso?

¿El que me ha traído su encargo?

Naturalmente. Y, si no, véale usted; allá abajo está. ¡Eh, Cipriano! Ya puedes volver a casa. Capitán, muy deprisa debe usted haber venido; no le esperaba hasta dentro de media hora; pero los soldados montan a caballo tan rápidamente... En fin, tanto mejor, porque es tarde y he de decirle a usted muchas cosas.

Todo lo comprendí entonces. Cipriano era el muchacho que encontré en el bosque; llevaba el recado de Isolina, y por esta causa intentó detenerme. Había pasado el momento de angustia, y mi corazón hinchóse de orgullo y de placer. Ella continuaba ignorando que yo había ido allí cediendo a mi propio impulso: Cipriano, obedeciendo la orden que acababan de darle, habíase marchado sin decir una pala-

bra, y mi pronta aparición no había sido explicada aún. Iba ya a disculparme por la brusquedad y rudeza de mi conducta, cuando me intimó que le hiciese la confesión prometida.

Esta declaración era muy sencilla; reducíase a tres palabras dichas en cualquiera de los dos idiomas en que podíamos entendernos, y acercando mi rostro al de Isolina y sumergiéndome en la profundidad de aquellos grandes ojos investigadores, murmuré en español esta frase tan breve, tan dulce y tan repetida:

Yo te amo.

Estas palabras, dichas en el lenguaje que con más elocuencia expresa las emociones del alma, salieron temblando de mis labios; pero su acento revelaba mi sinceridad de alma, sinceridad que debió reflejarse más en la formal actitud con que esperé la respuesta.

Isolina había dejado de sonreír, se ruborizó, frunció sus negras cejas, de modo que velaban casi la mirada que brillaba en sus ojos, y, después, el rostro de aquella doncella tan alegre adquirió de pronto la expresión grave de una dama. A1 pronto me asustó aquel aspecto; pero concebí cierta esperanza al ver el color encendido de sus mejillas, su cuello sonrosado, y su respiración anhelosa.

Hubo una larga pausa que para mí tuvo la duración de un siglo.

Señor repuso al fin con tembloroso acento, me ha prometido usted hablar con franqueza; lo ha hecho, en efecto; pero, ¿es usted también sincero?

Mis palabras son la expresión fiel de los sentimientos de mi alma.

Desarrugóse su entrecejo, y el fuego del amor fulguró en su límpida mirada, cuyos vívidos destellos derramaron un bálsamo divino en mi corazón. El mismo cielo no habría podido hacer llegar a mi pecho un rayo de luz más claro y vivificante. Casi al mismo tiempo dibujáse en sus labios una sonrisa que me pareció indiferente y burlona, dejándome sumido en angustiosa perplejidad.

Y dígame usted, capitán prosiguió diciendo, ¿qué quiere usted qué le conteste?

No supe que contestar a tan extraña interrogación

¿Querría usted por ventura que le dijera que correspondo a su amor, no es así?

¡Ah! No puede hacerlo, no sabría usted...

Pero usted no me lo ha preguntado.

No, señorita, porque tengo miedo de oír la contestación.

¡Oh! Qué cobarde se ha vuelto de pronto. Lástima grande que no esté yo cubierta con un antifaz... Tendré que ocultarme el rostro con el velo. ¡Ja, ja, ja!

Se me oprimía el corazón, y permanecí silencioso e inmóvil en la silla, con los ojos clavados en el suelo. La risa de Isolina resonó algún tiempo en mis oídos, y a lo que me parecía, en tono de zumba; sin embargo, la suavidad de aquel timbre argentino repercutía armoniosamente en mí corazón.

De pronto oí las pisadas de su caballo, y, al levantarlos ojos, la vi alejarse, con dirección al centro del claro del bosque, donde el terreno era más elevado; allí volvió a detenerse.

Venga usted, caballero me gritó acompañando estas palabras con un ademán.

Maquinalmente me encaminé al mismo sitio.

¿Es decir, galante capitán, que a pesar de ser usted tan valiente que arrostra impávido la acometida de veinte enemigos, teme preguntar a una mujer si le ama?

Sonreí tristemente por toda contestación. Aquella broma me parecía muy amarga.

¡Ah, capitán! prosiguió, no lo hubiera creído jamás. Y, sin embargo, alguna vez habrá usted hecho esa misma pregunta, y aun recelo que no una, sino repetidas veces.

La miré sorprendido al advertir el acento ligeramente irónico con que pronunció estas palabras; había desaparecido su sonrisa, y tenía la vista fija en el suelo. ¿Era esto fingido? ¿Sería el preludio de otra ironía? ¿Algún nuevo motivo de burla?

Señorita le contesté, esa suposición, sea real o fingida, no debe importarle mucho.

Corramos un velo sobre lo pasado replicó interrumpiendo mis pensamientos. Ocupémonos del presente, y repítame que me ama.

¡Que si la amo a usted!... ¡Con toda mi alma!

Y que su corazón es mío en absoluto.

¿Acaso podría amar a otra?

¡Gracias, gracias!

¿ Sólo gracias, Isolina?

Sí, algo más dijo al fin después de una pequeña pausa, durante la cual pareció reflexionar Inmensa gratitud, y luego tres cosas más, sí bastan para probarle a usted mi agradecimiento.

¿ Qué cosas son?

He prometido responderle con franqueza. También yo he venido aquí para hacer una confesión. Escúcheme. He dicho que tres cosas: mire usted en torno suyo: la tierra que ve usted me pertenece; desde ahora será suya, si la desea.

¡Isolina!

De igual modo le concedo a usted esto...

Y me alargó su pequeña mano, que me apresuré a estrechar con férvida emoción.

¿Y la tercera? ¿Y la tercera?

La tercera, me es imposible concedérsela, porque nadie dispone de lo que no es suyo... hace ya tiempo que le pertenece.

¿Y es?

¡Mi corazón!

Moro y el caballo de los llanos, como si hubieran poseído inteligencia y comprendido nuestra conversación, fueron acercándose poco a poco hasta que, juntaron sus hocicos, e hicieron resonar sus barbadas de acero al chocar una con otra. Cuando Isolina pronunció su última palabra, nuestros magníficos corceles estaban tan juntos como si los hubiesen unido a la lanza del mismo coche.

E Isolina de Vargas, la más bella y encantadora joven de aquel jirón de tierra mejicana, presentó su

frente alabastrina al esforzado capitán, quien se apresuró a depositar en ella un beso, sellando de este modo el amor que acababan de confesarse.

En el bosque cantaban los pájaros, zumbaban los insectos, y las flores exhalaban sus perfumes...

FIN